

*Almas que  
Escriben*

Vidas en medio del  
conflicto armado

# *Almas que Escriben*

Vidas en medio del conflicto armado

**Alcalde mayor de Bogotá**

Enrique Peñalosa Londoño

**Secretario general**

Raúl Buitrago Arias

**Alto Consejero para los Derechos de las Víctimas, la  
Paz y la Reconciliación**

Gustavo Quintero Ardila

**Líder del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación**

Carlos Arturo Charria Hernández

# Almas que Escriben

Vidas en medio del conflicto armado

Con la contribución de



Alcaldía de Bogotá



## **Almas que escriben. Vidas en medio del conflicto armado**

© Alcaldía mayor de Bogotá, 2019

### **Autores**

Martha Luz Amorocho Micán  
Blanca Nubia Díaz Vásquez  
Mónica Yarima Lara Agudelo  
Luis Rodrigo Piamba Pusquin  
Luz Mary Torres de Gómez  
Rosa Lilia Yaya Cuervo

Claudia Baracaldo Bejarano  
Ana Aidée Forero Yepes  
Alexander Mauricio Mesa Ramírez  
Sandra Milena Sandoval  
María Doris Tejada Castañeda  
Miguel Antonio Vargas Rojas  
Mary Mar

### **Editora, compiladora y conductora del proceso que dio origen al libro**

Mariana Schmidt Quintero

### **Acompañantes del proceso**

Wilmar Mora Sanabria, acompañamiento editorial  
Angélica María Pinzón Bernal, acompañamiento psicosocial

### **Corrector de estilo**

Juan David Ramírez Rojas

### **Revisoras externas de los textos**

Olga Clemencia Montoya Pérez  
Helena Schmidt Quintero

### **Mapas**

Andrea Sánchez Zuluaga

### **Fotografías**

Gabriel Jadue Rivera

### **Concepción gráfica**

Geraldine Lozano Domínguez, Mariana Nossa Lesmes y Gabriel Jadue Rivera

### **Diagramación y armada electrónica**

Mariana Nossa Lesmes

### **Impresión**

Secretaría General – Imprenta Distrital

ISBN: 978-958-717-256-0

## Presentación

**Recordar para que no vuelva** a pasar, entender lo que sucedió y no olvidar que, sin importar de dónde provenga, el dolor de cada víctima tiene la misma importancia, son los objetivos fundamentales del trabajo que realizamos en el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. Un Centro que desde el inicio de la actual administración se ha convertido en un espacio de todos, en donde las víctimas y los distintos actores del conflicto construyen conjuntamente un mejor mañana, de la mano con la ciudadanía, la institucionalidad, los organismos internacionales y todo aquel que esté dispuesto a contribuir, escuchar al otro y trabajar conjuntamente.

Estos objetivos surgen de un análisis profundo y muchas discusiones acerca del papel que debe jugar Bogotá como ciudad capital, pero también como escenario de conflicto en donde el miedo se convirtió en elemento constitutivo de la cotidianidad de quienes residen en la ciudad. Es precisamente ante este desafío que decidimos como Centro de Memoria, Paz y Reconciliación hacer una apuesta arriesgada pero absolutamente necesaria para una ciudad que necesita encontrarse y no dividirse, ponerse metas comunes y caminar hacia una paz para todos, una paz al 100%.

La apuesta consiste principalmente en generar espacios y desarrollar procesos que permitan el encuentro, que desde lo artístico,

lo cultural o lo pedagógico generen el clima de confianza para que quien llegue sienta la tranquilidad de expresar sus opiniones, contar sus experiencias y manifestar sus miedos, sin que esto excluya al otro de hacer lo mismo en las mismas condiciones. Claramente no es una tarea fácil porque como sociedad aún nos queda camino por recorrer, aún no aprendemos a respetarnos, a escuchar y a entender que seremos mejores cuando podamos convivir, discutir sin odio y acogernos a las reglas de juego propias de un Estado de Derecho.

Quienes abran este libro se encontrarán, entonces, con ese instrumento tan poderoso que es la historia contada por quienes han sido víctimas de la guerra y también por quienes hicieron parte de la confrontación armada y decidieron deponer las armas e integrarse a la vida civil. Son narraciones personales que nos hablan desde lo más íntimo de cada uno de los escritores, y a la vez son documentos políticos que nos relatan los estragos de la guerra en la cotidianidad de personas de los más diversos contextos.

Pero el ejercicio de la escritura no solamente fue el vehículo para llevar estas historias invaluable a los lectores, sino una herramienta a través de la cual los autores pudieron dar nuevos significados a sus experiencias y a sus relatos. Les permitió reconocerse verdaderamente en su propia historia, y de reconocerse también en las de otros participantes, propiciando relaciones de confianza y de solidaridad que fortalecieron la experiencia para todos. Fue, por todo esto, un proceso de auténtica reparación a través de la escritura, y el resultado es este libro que contiene y transmite toda la fuerza que se vivió a lo largo de estos meses.

Después de este ejercicio en el cual los protagonistas del conflicto armado se han atrevido a mirarse a sí mismos y a contarnos lo que vieron, nuestra tarea como sociedad es vernos reflejados

en estos relatos y hacernos responsables de nuestras propias historias. Y si llega el día en que no se hable más sobre el conflicto que ha recorrido esta ciudad y este país, y caemos en el riesgo del olvido, estarán las voces de Almas que Escriben para recordarnos que la mejor forma de sanar es relatar lo que hemos vivido.

Gustavo Alberto Quintero Ardila  
Alto Consejero para los Derechos de las Víctimas,  
la Paz y la Reconciliación

# Contenido

11

---

## **Introducción**

Los autores

17

---

## **Gratitud**

Mariana Schmidt Quintero

24

---

## **Tame, un viaje que debo terminar**

Ana Aidée Forero Yepes

38

---

## **La profesora gorda**

Claudia Baracaldo Bejarano

54

---

## **Tranquilo hijo, su papá está en el cielo**

Alexander Mauricio Mesa Ramírez

64

---

## **Ricardo Lara Parada ha muerto**

Mónica Yarima Lara Agudelo

76

---

## **La última conversación con mamá**

Luis Rodrigo Piamba Pusquin

98

---

## **Duelo congelado en el tiempo**

María Doris Tejada Castañeda

110

---

**Retratos de una familia marcada por el conflicto**  
Luz Mary Torres de Gómez

122

---

**¡Opté por la vida!**  
Martha Luz Amorocho Mikan

136

---

**Siempre te pediré perdón**  
Miguel Antonio Vargas Rojas

148

---

**Majayura**  
Blanca Nubia Díaz Vásquez

162

---

**Sin un adiós**  
Sandra Milena Sandoval

178

---

**No tengo fuerzas para rendirme**  
Mary Mar

192

---

**El abrazo que siempre faltó**  
Rosa Lilia Yaya Cuervo



## Introducción

**Los trece relatos que componen** este libro fueron escritos con el corazón en la mano. Cuentan la vida de personas que hemos sufrido el horror del conflicto armado extendido en la historia de Colombia por más de sesenta años. Hablan de lo que nosotros y nuestras familias vivimos, y a su vez, son reflejo de lo que millones de colombianos han padecido en una guerra despiadada que a algunos de nosotros aún nos sigue persiguiendo.

El libro es el fruto de un proceso que comenzó en mayo de 2018 y terminó en los últimos días de diciembre del mismo año. A lo largo de doce talleres que ocurrían los sábados en una jornada de ocho de la mañana a cinco de la tarde, y unos tantos encuentros más cortos, acudimos a la escritura para contar parte de lo que nos ha pasado, apenas una parte. Al intentar llevar los recuerdos y los sentimientos a la palabra escrita, comprendimos que la escritura arroja sus frutos después de dedicación y constancia. La versión final de cada texto es el resultado de un recorrido en el que hubo muchas versiones que iban enriqueciéndose gracias a las actividades que adelantábamos en los encuentros y que nos ayudaban a sacar a flote recuerdos, sentires y pensamientos para luego plasmarlos sobre el papel.

Al comienzo nos encontramos personas desconocidas, situadas en orillas distintas, incluso antagónicas. Así, como si fuera una situación impensable, inimaginable, coincidimos en un mis-



mo espacio una madre de un joven soldado asesinado durante una incursión de las FARC en Tame, Arauca, y una mujer ex combatiente de la misma guerrilla que, a pesar de abandonar voluntariamente la lucha armada, sigue convencida de sus ideales revolucionarios, que ahora defiende de otras maneras, como por ejemplo, con el poder de la palabra. También, personas que quizás no se hubieran cruzado en otras circunstancias, como la madre de un muchacho asesinado mediante la macabra modalidad de las ejecuciones extrajudiciales y una mujer que perdió a su hijo en el atentado al Club El Nogal, dos mujeres que al encontrarse y reconocerse mutuamente descubrieron que no son tan distintas y que el dolor las acerca. Nos encontramos seres provenientes de diferentes lugares de la geografía nacional, cada uno con una experiencia de vida diferente, pero a todos nos unía el dolor y la disposición para hacer parte del proyecto. Por eso, se dejó claro desde el comienzo que la participación solamente podía ser voluntaria, pues nadie está obligado a abrirse ante el mundo de manera forzada.

En este panorama, imperaban los nervios y los que se animaban a participar para tomar la palabra eran pocos. Con el paso del tiempo, lentamente, empezamos a encontrar puntos de convergencia que nos ayudaron a construir un ambiente de complicidad e intimidad que nos unió como grupo. Nos hermanamos en la diferencia alrededor de un mismo objetivo: construir un libro que hablara de nosotros, del daño que nos produjo el conflicto armado, que contara la verdad, nuestra verdad y que rindiera homenaje a las personas que ya no nos acompañan físicamente. A su vez fue una aspiración compartida, aportar a derribar tantos imaginarios y prejuicios que solamente agudizan las formas violentas para acercarse a las demás personas, sensibilizar a la ciudadanía, a quienes no han vivido la guerra en carne propia y darle

a conocer a las generaciones más jóvenes esto que ha ocurrido en nuestro país para que ojalá no vuelva a ocurrir.

Algo que tuvimos claro desde el inicio era nuestra intención de mostrar la complejidad del conflicto armado escapando a posiciones que solo miran de soslayo la realidad y terminan ignorando los matices que puede haber en un conflicto que ha durado tanto tiempo. Por eso, tras escribir este libro, sus autoras y autores podemos decir que no hay bandos, ni vencedores ni vencidos, lo que sí existe es una tristeza compartida en la cual nos reconocemos todos, así como una fuerza de esperanza que anhelamos sea contagiosa.

En cada relato compartimos con los lectores un pequeño trazo de la engorrosa historia que hemos vivido los colombianos; en cada frase, están cristalizados los momentos en los que se nos quebró la vida, pero también la fuerza que nos impulsa a seguir erguidos. Son nuestros caminos: aquellos en los que nos hemos encontrado con la maldad humana, con situaciones desgarradoras que nos sumieron en el más profundo desconsuelo, pero también que nos llevaron a encontrarnos con personas que no escatimaron esfuerzos para brindarnos su ayuda y que nos permiten hoy soñar con un país distinto. Los relatos inician con un corto poema que dice quiénes somos, qué nos caracteriza y qué nos identifica más allá de las experiencias trágicas; acompaña la poesía una foto nuestra, de manera que quienes nos lean podrán conocernos desde las primeras páginas. Luego aparece una dedicatoria, acompañada de un pequeño trabajo manual que da cuenta de un pedazo de nuestra vida, que agradece a quienes consideramos han sido nuestro soporte para levantarnos y continuar. Igualmente, antes de cada narración aparece un mapa que le permitirá a los lectores identificar los territorios de este país marcados por la violencia, y así observar el pequeño espejo roto

que como grupo conformamos, reflejo de un país fragmentado por la violencia.

Hacer este libro no fue fácil. Cada frase plasmada en la escritura obligaba a escarbar en la memoria aquellos recuerdos dolorosos, que por momentos quisiéramos olvidar. Pero al mismo tiempo, el ejercicio de escritura se convertía en una herramienta para lograr liberarse un poco de la tristeza, catalizar en la palabra escrita el dolor para observarlo de otra manera, pensarlo de otra forma y transformarlo. Este proceso estuvo siempre acompañado de la presencia del otro, pues nos dimos cuenta de que al encontrarnos con el otro, al entender que son muchas las personas que también han sufrido y que la propia historia no es la única, lográbamos mirar más allá de nosotros mismos, y entender que la misión de crear un libro que hablara sobre el conflicto armado, sobrepasaba nuestra individualidad, pues se trata de una tarea que nos compete a todos los colombianos, porque a todos, de alguna manera, nos ha afectado.

Si bien cada uno es autor de su relato, puede decirse que este es un libro colectivo. Fueron muchas las sesiones en las que nos contamos nuestra historia y en las que alguien leía su escrito en público y los demás comentábamos nuestras impresiones y, si era el caso, sugeríamos maneras para mejorarlo. Algunas veces los sentimientos prevalecían sobre la razón y no quedaba espacio para las recomendaciones literarias, el silencio y el llanto invadían la atmósfera. Estos momentos, lejos de separarnos, nos fortalecían como grupo, todos estábamos dispuestos a empaparnos del otro y ello profundizaba el vínculo entre todos.

Este libro es un ejemplo de cómo el encuentro con el otro y el reconocimiento de su ser, aceptándolo como alguien diferente que tiene algo para contar y que merece ser escuchado, favorece un espacio de diálogo en el que se dejan a un lado los odios y

se proponen vías alternativas a la violencia para solucionar los conflictos. La firma de los acuerdos de paz en el 2016 entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las Farc es apenas un comienzo de un largo recorrido que se debe ayudar a construir día tras día con el aporte de toda la ciudadanía. El sueño de un país distinto, en el que la muerte no sea una costumbre diaria, no solamente es posible desde el marco jurídico y constitucional, también se construye en el trato diario con las demás personas. Si nosotros, que en un comienzo nos podíamos considerar incompatibles, logramos crear juntos este libro, también es posible que en otros espacios cotidianos se establezcan caminos de apertura para propiciar una verdadera reconciliación.

Los autores  
Bogotá, diciembre de 2018



## Gratitud

**Una vez más la vida** fue generosa conmigo. Me permitió caminar el sendero de la escritura con un grupo heterogéneo de mujeres y hombres que han sufrido el conflicto armado, y con ello conocer la dignidad humana en toda su majestuosidad.

Acudir a la escritura para explorar las huellas de la guerra en el mundo interior es un acto de valentía emprendido por los autores de este libro. Aspiramos a que su lectura conmueva a los lectores tanto como su escritura emocionó a sus autores, no por lo que se narra, sino por el alma que se trasluce detrás de los relatos que lo componen.

El proceso fue lento y hondo. No podía ser de otra manera si lo que se buscaba era acudir a las palabras para nombrar la pesadumbre que anida en el interior, y no limitarse a una mera descripción de los hechos como tantas veces lo había hecho la mayoría de ellos frente a las autoridades, medios de comunicación o investigadores. No, esta fue una travesía de descubrimiento de sí mismos y también del otro, e implicó quitarle el velo a una atroz realidad vivida por millones de colombianos.

Hay quienes le atribuyen a la escritura un poder sanador. Tras palpar el corazón de estos escritores, honestamente no creo en ello. ¿Acaso es así de fácil, de mágico, desaparecer tal sufrimiento humano? Cada persona que ha estado en el ojo del huracán de la guerra lleva una carga de dolor, tan pesada, que me parece irres-

petuoso decirle cómo descargarla, y aún más pretender quitársela con una u otra acción. Respeto es reconocer el daño causado, creer en la capacidad de cada quien para sobrevivir con esa herida y ofrecer escenarios y herramientas que quizás, solo quizás, hagan más fácil su camino.

Eso fue, sin más, lo que buscamos con Almas que Escriben. Propiciar una experiencia habitada por palabras, que cada uno viviría a su manera, aspirando a que ello permitiera ponerle nombre a ese dolor invasivo, sin forma, que obliga a quien lo padece a doblarse y dificulta su andar. Esa pena con la cual se identifica, se funde pensando que es solo eso, dolor. Escribir sería entonces la posibilidad de darle forma, simbolizarlo, ponerlo afuera, mirarlo, reconocerse en sus propias fortalezas y debilidades, sus rencores, ausencias, gratitudes.

Dura tarea, que no es para todos. Por ello, antes de iniciar el proceso sostuve una conversación íntima con las personas interesadas en participar, en la que, además de conocernos, les conté en qué consistía el proyecto y cómo sus aficciones se removerían; serían ellos los que decidirían si era este o no su momento para vivirlo. También en esa ocasión hablamos del carácter plural de Almas que Escriben y de la alta posibilidad de que se encontrarán con alguien que en el conflicto armado estuvo en el lugar contrario. Finalizada la experiencia puedo decir que es un acierto contar con ese espacio en el que se transmite a los futuros participantes la libertad que vivirán durante el proceso, así como la consideración a su vida, sus ritmos y decisiones, incluso la de retirarse de este. A su vez, me permite ir configurando en mi corazón y en mi mente el grupo con el que trabajaré.

Cuidado y respeto constituyeron la brújula por excelencia para hacer el viaje de descubrimiento de sí y del otro. Mi cuidado y respeto y el de quienes me apoyaron en el acompañamiento

hacia ellos, pero también de unos con otros. La creación de un espacio seguro contribuyó a navegar por las palabras; cuán revitalizante resulta participar en un proceso en el que se viven estos principios que tanto se pregonan, pero que les han sido esquivos a quienes han padecido la guerra. Almas que Escriben me deja la certeza de que sí es posible establecer relaciones de enriquecimiento mutuo, aún entre contrarios. Ser testigo de la nobleza de cada uno en ese acercamiento dejó un sello en mi interior, que me lleva a hacer una pausa antes de actuar, cuando en la vida cotidiana me enfrento con seres muy diferentes a mí.

En lo que refiere al proceso de escritura, esta experiencia me confirmó el valor de prácticas que vengo llevando a cabo hace varios años. Por una parte, puedo decir que es muy poderoso contar con un escenario comunicativo real. Me explico: tener la certeza desde el inicio de que los escritos saldrán a la luz en un libro publicado por la Alcaldía ratificada por la existencia de un ejemplar ya producido por personas que, como ellos, habían sufrido los embates de la violencia, ayuda a ubicarse como sujeto que tiene algo para decirles a unos lectores reales, con un propósito determinado. Es saber que la escritura será una herramienta con la cual harán presencia en el mundo, actuarán sobre él, es sentirse ciudadanos cuya voz va a tener resonancia. A su vez, el libro soñado, tejido con las historias de todos, constituye un horizonte común que ayuda a propiciar cercanías y sentido colectivo.

Por otra parte, y relacionado con lo anterior, esta experiencia me reafirmó la importancia de concebir la escritura como proceso. Los lectores han de saber que estos textos pasaron por muchas versiones, que fueron esmeradamente construidos. Al inicio nos dedicamos a identificar un momento o un asunto sobre el cual escribir; es tanto lo vivido que merece y necesita ser contado, que se requiere explorar varios rincones del alma para saber



cuál es el que en este momento de la vida saldrá a la superficie.

De la mano de identificar qué escribir, estuvo la búsqueda de la propia voz. Por experiencias similares sabía que ese sería un tránsito difícil, pues se trataba de romper los moldes, los clichés que han tenido que construir para protegerse del dolor y de paso hacer esa necesaria interlocución con las instituciones para que sus derechos les sean resarcidos.

Pasar de palabras duras a blandas, de palabras prestadas a propias fue un tránsito que hicimos conversando mucho y leyendo otro tanto. En efecto, en todas las sesiones leíamos poemas, uno que otro capítulo de una novela breve, relatos o crónicas; algunos de los textos los mandaba en mensajes de voz a través del WhatsApp, estrategia que de paso ayudó a mantener el vínculo entre una sesión y otra. Debo advertir que este no es un ejercicio al azar, mi mirada cuidadosa de cada participante y del proceso que seguíamos, me llevaba a buscar en mi memoria escritos que me habían llegado al corazón y aquellos que en otros casos han sido bien recibidos. No todos leían siempre lo mismo; así como hacíamos lecturas colectivas, a cada quien le sugería aquella que creía podría ayudarle. Creo que con unas acerté, pero sé también que otras no tocaron con su mundo interior, como lo pensé. El vínculo entre lector y texto sigue siendo un misterio por explorar.

La búsqueda de qué decir y con qué voz también estuvo acompañada de ejercicios de introspección y de simbolización que acuden a otros lenguajes diferentes a la escritura. Así, materiales muy diversos como telas, lanas, cintas, hojas y lápices de colores, estaban al alcance de todos y, a su vez, algunos objetos fueron teniendo un papel importante en la dinámica grupal como lo fue un árbol pintado en una gran tela de color crudo que acogía al término de los encuentros las producciones elaboradas ese día, o un mapa de Colombia hecho con espejos rotos que nos prestó una organiza-

ción de víctimas y representaba lo que estábamos viviendo.

Gracias a estos apoyos y a mucha conversación, cada participante fue aventurándose a escribir, algunos trozos en las sesiones mismas y otros en sus casas. Unos en computador y muchos a mano. Como fuese, era una escritura pausada que combinaba pensamiento y corazón. Mientras sus historias se iban develando me sentía verdaderamente privilegiada de presenciar el nacimiento de unos textos honestos, profundos, sentidos, auténticos.

La lectura colectiva que hacíamos de lo que escribían, los comentarios siempre respetuosos de todos y las reuniones individuales que sosteníamos para hacerles retroalimentación, fueron importantes para encontrar el hilo adecuado que ensartaría los recuerdos. Logrado esto, vino una nueva etapa de perfeccionamiento del escrito, no menos exigente emocionalmente hablando. Aquí ratifiqué que los textos son un todo y que si se mueve una pieza, otras empiezan a transformarse. Hasta el final la estructura de algunos escritos se puso en riesgo; ante una pregunta que parecía sencilla, se abría todo un mundo por explorar. Y los autores ahí, firmes, no se dejaban abatir, recogían de nuevo los pedazos de su vida y volvían a trabajarle al relato. Puedo dar fe de que ninguno ahorró esfuerzos para darle brillo a su escrito y ayudar a que los demás lucieran lo mejor posible. Esa era su manera de honrar sus propias vidas y la de quienes la perdieron por cuenta de la guerra.

Al tiempo con el desenvolvimiento de la escritura se fue dando paulatinamente un acercamiento cuidadoso y amoroso entre ellos, que por supuesto no estuvo exento de contrariedades. Sé bien que internamente se removieron muchos sentimientos, se pusieron en cuestión creencias y hubo quienes tuvieron que volver a armar el mapa de la violencia que tenían configurado en su interior. Lograr un encuentro humano cuando todos eran tan

diferentes fue un desafío que enfrenté invitando desde la primera sesión a la escucha atenta, a hacer preguntas que genuinamente buscaran conocer mejor al otro, dejar a un lado el juicio o la fórmula para resolverle la vida y tener siempre claro que cada uno es dueño de su existencia. También fue importante darles la oportunidad a todos de expresarse a su manera, respetando sus tiempos de modular palabras, de permanecer en silencio o de llorar.

Según dijeron varios participantes, algo que también ayudó a ese encuentro como iguales siendo diferentes, fue la variedad de actividades que contribuyeron a sobrepasar la tiranía del pensamiento, que a veces impone límites a las relaciones interpersonales. Esto me ha llevado a comprender que ver el mundo desde distintas perspectivas, como ocurrió en Almas que Escriben, no es un tema netamente cognitivo y racional; ponerse en el lugar del otro exige solvencias emocionales que pueden desarrollarse, pero que en ocasiones están ausentes, como cuando el miedo invade la vida y limita la posibilidad de interactuar en un escenario como este. De hecho eso ocurrió con varias personas que se apartaron del proceso.

Si bien reconozco el papel de las estrategias a las que me he referido, debo decir que estas cobran valor cuando se despliegan en un escenario de confianza y de libertad, y este solo lo pueden proveer seres humanos sensibles al dolor del otro, que se sienten responsables del devenir de quienes caminan a su lado. En esta experiencia de Almas que Escriben Angélica Pinzón (psicóloga), Wilmar Mora (comunicador social), Juan David Ramírez (pasante de Literatura) y yo (psicóloga y editora) fuimos uno solo y nos constituimos en esa red de soporte emocional sin la cual no habría sido posible liberar las palabras que la guerra ha encadenado.

La vida fue generosa conmigo. La desmesurada esperanza de

quienes escribieron este libro se constituye en una bocanada de  
aire en mis momentos de desaliento. Gracias, autores de  
*Almas que Escriben. Vidas en medio del conflicto armado.*

Mariana Schmidt Q.  
Conductora de Almas que Escriben

Soy amor, soy fuego,  
soy madre en una familia  
hermosa y numerosa.  
Aprendí a vivir  
con los altibajos que el destino quiso,  
un golpe estalló mi corazón en mil pedazos.  
Aunque en nuestra mesa  
hay siempre una silla vacía,  
he aprendido a vivir  
con esta herida.  
Camino lentamente sin rendirme  
en búsqueda de una verdad  
que me ha sido vedada.



Tame,  
un viaje  
que  
debo  
terminar

Ana Aidée Forero Yepes



Para mi querido hijo que partió sin una despedida, sin un abrazo.

Te gustó con tu ternura y tu sonrisa inolvidable.

Hoy estás en otro lugar junto a otros compañeros más cuidando de estas madres que quedamos sumidos en el dolor.

Me haces mucha falta y te llevaré siempre en mi corazón.

te amo.





— Recorrido de Sebastián Galvis Forero

— Recorrido de Aidéé Forero Yepes



**La audiencia de reclamo por** la muerte de mi hijo David Sebastián Galvis Forero estaba programada en Arauca para el 15 de febrero de 2018. Emprendimos el viaje desde Soacha dos días antes a las 6 y 30 de la tarde. Viajábamos siete personas con el mismo propósito: ir y escuchar al único sobreviviente del ataque del 24 de agosto de 2013 en el que murieron doce soldados y dos suboficiales. Sabíamos que era un trayecto largo y muy agotador. El bus iba lleno y para los demás pasajeros éramos personas comunes y corrientes, pero no era así, nosotros íbamos con incertidumbre, tristeza y dolor.

Yo iba relativamente tranquila hasta que nos encontramos con un trancón en la entrada a Villavicencio. Una tractomula se había chocado con una moto y lamentablemente los pasajeros de la moto fallecieron. Mi mente comenzó a divagar: pensaba en las madres de las personas que murieron allí y en el dolor que sentirían, el mismo por el que yo pasé. Aunque las circunstancias del accidente hubieran sido diferentes, sabía lo que es perder a un hijo. Después de dos horas comenzaron a dar paso a los vehículos. El viaje de noche fue muy largo e incómodo, el aire acondicionado iba encendido y todo el camino tuvimos mucho frío. Al igual que mi cuerpo, mi alma estaba fría.

A las 10 y 30 de la mañana el bus se detuvo en Tame, Arauca, para que los pasajeros pudiéramos conseguir algo de alimento. Fue un choque muy fuerte. No podía creer que estuviera allí, en el sitio donde mi hijo perdió la vida. Primero no quería bajarme del bus, pero mi hijo mayor, Edwin, que me estaba acompañando, me insistió y me ayudó a bajar. Le dije que iba al baño mientras la gente pedía algo de comer, pero lo que quería era averiguar dónde quedaba el batallón Rafael Navas Pardo que era donde Sebastián prestó su servicio militar. Pregunté también por

la vereda Flor Amarillo, lugar exacto donde ocurrió el ataque, pero lo único que la gente me respondía con desconfianza, era que esos lugares quedaban lejos.

Edwin, al darse cuenta de mi desespero, afaná a los conductores diciéndoles que estábamos retrasados. Me dijo también que era una imprudencia hacer esa clase de preguntas. Me subí al bus sintiendo que dejaba mi corazón. Había estado muy cerca de alcanzar algo. Dejaba allí los últimos momentos de vida de mi hijo, todo por estar prestando disque un servicio obligatorio. A él lo cogieron en una batida en el Portal del Sur en Bogotá. No fue sino hasta después de su muerte cuando supe que se trataba de un procedimiento ilegal por parte del Ejército. De haberlo sabido, hubiese bajado a mi hijo de ese camión como una leona enfurecida. No sé por qué razón fue a parar allí siendo apenas un bachiller. No tenía que estar en zona roja donde la guerrilla dominaba por completo el territorio. Quién iba a pensar que le quitarían la vida tan vilmente. Siento rabia, dolor, un dolor que es muy difícil de explicar. Es como si se me desgarraran las entrañas.

El bus continuaba avanzando. Miraba hacia ambos lados de la carretera: veía mucha pobreza y me sorprendían esos ranchos con niños en condiciones miserables. También me percaté de unas llanuras en las que había poco ganado. El 14 de febrero, más o menos a las dos de la tarde, llegamos por fin a Arauca. Estábamos muy cansados, lo único que yo quería era descansar, menos mal ya teníamos alojamiento. El lugar en el que nos hospedamos era pequeño.

Reposamos un rato y después nos reunimos. Nos acompañaba un testigo que había sido compañero de Sebastián desde el preescolar, fueron compinches, alcahuetas de sus travesuras escolares; entonces comenzamos a recordar los momentos que pasaron juntos. A él le parecía mentira lo que le había ocurrido

a Sebastián, le costaba creer que después de todo lo que vivieron juntos ya no estuviera para seguir compartiendo la vida. Cuando sucedió el ataque, Sergio estaba en el Putumayo como soldado profesional; al enterarse de la muerte de mi hijo pidió permiso para acompañarlo en su última morada, pero no se lo dieron, así que decidió pintar en la pared de una casa abandonada en el Putumayo el escudo de Millonarios, los dos eran fanáticos de ese equipo de fútbol. Además, escribió en letras muy grandes «Sebastián Galvis», en honor a su gran amigo. Contó que haciendo el dibujo lloró mucho y recordó momentos tristes y alegres que compartieron.

A los demás los dominó el cansancio y se fueron a dormir mientras yo revivía paso a paso la tragedia de mi hijo. Es una situación que no quisiera que otras personas vivieran; como padres siempre esperamos que nuestros hijos nos entierren y no lo contrario. En toda la noche no pude conciliar el sueño. Me preguntaba, ¿qué estoy haciendo aquí?, ¿por qué la muerte de un hijo me trajo a estas tierras tan lejanas, extrañas para mí? Recordé ese sábado cuando Sebastián me llamó al mediodía, diciéndome muy feliz que estaba ranchando, es decir preparando el almuerzo. Lo molesté preguntándole qué había hecho, ya que a él no le gustaba cocinar. Me contestó que había preparado pollo y riéndome le dije, «¿y qué, con plumas y todo?» Soltó una carcajada ahogada, y me respondió, «no madre, hay dos profesionales y ellos me ayudan». Hablamos como por diez o quince minutos. Al despedirse me dijo, «madre, la llamo en la noche para su bendición». «Bueno hijo, espero su llamada», y colgamos. La llamada nunca llegó porque a la 1 y 40 de la tarde los atacó el frente de las FARC encabezado por Alfonso Castellanos, recibiendo apoyo de ELN. ¿Cómo iba a imaginarme que era la última vez que hablaba con mi hijo? De haberlo sabido nunca hubiera colgado.

Me duele mucho porque un mes atrás de ese ataque, el 20 de julio, también murieron doce soldados. Ese día Sebastián me llamó y para alivio mío me dijo, «madre, tranquila, estoy bien». Ante esa situación, el presidente Juan Manuel Santos viajó al sitio de los hechos y se comprometió con mandar apoyo para que no se repitiera. Le pregunto hoy al señor Santos, ¿dónde estaba el apoyo que tanto mencionó si al mes murieron otros soldados, entre ellos mi hijo? Y lo más triste es que todo el pueblo sabía del ataque, pues había sido anunciado por los subversivos a los habitantes del sector durante la mañana del sábado. Les habían recomendado hacer sus diligencias antes de las 9 de la mañana y no salir de sus viviendas después de esa hora.

Por Dios, ¿cómo es que todo un pueblo sabía del ataque donde miserablemente acabaron con la vida de unos inocentes jóvenes que no superaban los 23 años y nadie dice nada? ¿Qué culpa tenían estos jóvenes de la guerra sin sentido? No hay respuestas, me lleno de impotencia.

Ese sábado, día del ataque, alrededor de las tres de la tarde, Alejandra, la novia de mi hijo, me llamó y me dijo preocupada, «mami, hubo otro ataque en Arauca, pero no han profundizado la noticia, la dio Vicky Dávila». Sentí angustia. Lo llamé varias veces y no me contestaba. Prendí la televisión a ver si daban información, pero no dijeron nada más, fue una noticia relámpago. Pasaban las horas y mi intranquilidad crecía porque Sebastián seguía sin contestarme el celular. Alrededor de las 8 y 20 de la noche, estando con mi hijo menor Santiago en la sala de mi casa, entró una llamada preguntando por la señora Ana Elith, respondí que estaba equivocado. La voz insistió diciéndome, «habla con el capellán del batallón de Tame, Arauca, su hijo, David Sebastián Galvis murió en combate». Así fríamente, sin anestesia. Tiré el celular, empecé a gritar, no sabía qué hacer, era una horrible pe-

sadilla. Santiago asombrado me preguntaba «¿qué pasó mami?». A ninguno de mis hijos les había contado del ataque que me anunció Alejandra. Lo único que yo repetía era, «¡mi hijo no, mi hijo no!». Salí a la calle, quería correr sin parar. Los vecinos se alarmaron por el ruido que estaba haciendo y quedaron desconcertados. En ese momento llegó otro de mis hijos, Harold, y me llevó alzada a la casa, le preguntó a Santiago qué pasaba, él le contestó, «recibió una llamada y se puso así». Buscó en el celular, devolvió la llamada y confirmó la terrible noticia.

En segundos la casa y la cuadra se llenaron de gente, algunos ya habían visto la noticia que el comandante del Ejército, el General Juan Pablo Rodríguez, había anunciado. Para mí todo era oscuro, no coordinaba mis movimientos. Harold contactó a Edwin, mi hijo mayor que vivía a unas diez cuadras de la casa y para sorpresa mía, llegó en segundos, descalzo, con los pies ensangrentados, desubicado, sin entender lo que pasaba. Todos llevábamos tiempo viviendo en Soacha Compartir. De inmediato ubicaron a los otros dos hermanos, Nicolás y Jorge Wilson, que llegaron a la casa muy angustiados. Nos abrazábamos, llorábamos y nos preguntábamos cómo había sucedido todo sin encontrar respuesta alguna.

Los vecinos y amigos nos acompañaron hasta que amaneció. El papá de Sebastián llegó como a las 3 de la madrugada. No volvió a sonar el teléfono esa noche, así que no obtuvimos información nueva ni sabíamos cuál era el paso a seguir. Teníamos que ser nosotros los que actuáramos, entonces les dije a mis hijos: «hay que hacer algo, movilicémonos». Pero ninguno tenía cabeza para nada. Edwin llamó nuevamente al batallón y le dijeron que en la tarde de ese domingo los traían a Bogotá a Medicina Legal. Después del ataque, los dejaron allí durante todo el sábado, no les hicieron levantamiento por temor a una nueva ofensiva guerri-

llera. A través del tiempo supimos que el ataque se dio con una casa bomba y con campo minado, que una perrita advirtió que había explosivos y que no atendieron su aviso; luego la guerrilla los remató. Siempre que me encuentro a los compañeros de mi hijo en las ceremonias religiosas me entero de algo nuevo, por ejemplo, hace poco supe que mi hijo se había enfermado de dengue y aunque le habían dado incapacidad durante cuarenta días, lo sacaron a combatir.

El único número de contacto que tenían las Fuerzas Militares era el mío, así que me empezaron a llamar mucho, mi celular no paraba de sonar. Edwin era el que lo contestaba y estuvo en comunicación continua con militares de Bogotá, pero una de las llamadas la contesté yo y me dijeron, «señora, ¿dónde va a velar y a enterrar a su hijo?». ¡Por Dios santo!, era inaudita la frialdad con la que hablaban, sabiendo además que por derecho ellos tienen un panteón al norte de Bogotá. Yo no lo sabía. Pasó el domingo, estábamos con las manos atadas. Lo único que quería era confirmar que mi hijo no estaba entre los catorce muertos.

Fueron dos noches sin descanso, sin saber nada. El fin de semana que mataron a mi hijo hubo un paro camionero nacional muy intenso y no pudimos conseguir transporte para movilizarnos. Ya para el lunes, logramos que nos prestaran un carro y madrugamos para Medicina Legal, pero por el mismo paro de transporte nos tardamos en llegar y ya los habían trasladado a la funeraria Monte Sacro en Teusaquillo. La entrada a la funeraria fue muy dura, era desolador ver allí a todos los muchachos en fila con los ataúdes abiertos para reconocerlos. Quería morirme en ese momento. Las piernas no me funcionaban. Miré a cada uno, tenían su rostro desfigurado y respiré profundo porque no reconocía a Sebastián. Llegué a pensar que mi hijo estaba vivo, la esperanza crecía en mí, pero Harold me trajo de vuelta a la dura

realidad diciéndome, «mami, Sebastián está ahí». El cuerpo que me señaló estaba con el rostro muy inflamado, así que le respondí, «no, él no es». Pero algo lo identificaba: sus dedos pulgares chaticos. Sentí que me iba a desplomar, no quería aceptarlo, me quería morir: sí era él. Le preguntaba por qué se había ido sin despedirse, le decía que aún esperaba la llamada que me prometió.

Éramos los únicos familiares reconociendo. Los demás los enviaban a sus ciudades de origen. Les empecé a gritar muchas cosas incoherentes a los militares que estaban allí; estaba desubicada, muy agresiva, tanto que al que nos atendió lo cogí por los hombros, sacudiéndolo y gritándole, «ustedes se llevaron a mi hijo como carne de cañón para entregárselo a esos buitres». Él asustado me contestó, «señora, siento mucho lo de su hijo, pero yo aquí cumplo con un protocolo y soy el encargado de todo lo relacionado con el traslado de los soldados y sus funerales». Como al mes, haciendo las diligencias de la pensión y el seguro, me lo encontré y me sentí avergonzada por lo ocurrido, le toqué el hombro para disculparme y él se mostró temeroso, pensaría que lo iba a volver a agredir, pero yo solo quería pedirle perdón por mi anterior reacción. Él me contestó que era comprensible por el dolor que en ese momento estaba pasando. Pero nadie entiende este dolor de madre hasta que lo vive; cuando muere el esposo hay una viuda, cuando mueren los padres hay huérfanos, ¿y qué nombre le damos a los padres que pierden a sus hijos? No hay nombre.

Durante este tiempo me he dedicado a enaltecer la memoria de mi hijo para que su nombre no quede en el olvido. Mi empeño y atención hacia Sebastián ha sido tanta que mis otros hijos me reprochan diciéndome que él ya no está, que él se fue, que debo aceptarlo y que, en cambio, ellos aún existen. Es algo que como madre me duele mucho porque es mi manera de estar con



él, que sienta mi presencia, mientras que ellos sí pueden disfrutar estar conmigo.

Después del choque con la terrible realidad nos entregaron a nuestro querido Sebastián entre cuatro palos y salimos rumbo a Soacha, allí lo velamos. El Ejército nos acompañó todo el tiempo, algo que nosotros no deseábamos, pero era el protocolo. Yo no quería que estuvieran porque cómo así que se llevaron a mi hijo en una batida ilegal y ahora me lo entregaban en un cajón. En Soacha, la funeraria estaba llena de familiares, amigos y vecinos. Nos tuvimos que preparar para el martes, para el otro golpe duro en Campos de Cristo, vía Sibaté. Allí dejamos con gran dolor su cuerpo sin vida. No hay sentimiento que se pueda comparar a la pérdida de un hijo, no importa cuáles sean las circunstancias.

Todo lo volví a revivir en Arauca, como también aquí escribiendo. Antes de la audiencia fuimos al batallón donde llevaban el caso disciplinario, donde nos encontramos con la dureza de un soldado que nos dijo, «eso no peleen más, ese caso está perdido». Nos miramos con mi hijo como pensando, «tan atrevido, no comprende nuestro dolor», pero ni las palabras de ese soldado ni la indolencia del Ejército y del Estado, que no se han vuelto a pronunciar, nos desaniman. Lo único que han hecho es un monumento en honor a ellos que está allá en el batallón de Tame, Arauca.

Después de cinco años yo no he podido superar la ausencia de Sebastián y sigo esperando que el Ejército se pronuncie, que cuenten la verdad sobre lo que ocurrió, que reconozcan los posibles errores que cometieron y en un acto sincero pidan perdón, es lo mínimo que pueden hacer.

Tras escuchar el testimonio de Óscar, el único sobreviviente del ataque, se acabó la audiencia. Salimos desconsolados. Ese muchacho contó cosas que nos hicieron estremecer, como los errores que cometió el Ejército al no tomar las medidas necesa-

rias sabiendo que habría un ataque y al no acatar la advertencia de la perrita antiexplosivos.

Regresamos a Bogotá con muchos tropiezos. Desde que salimos de Arauca el bus estaba molestando y a unas dos horas de camino, cuando ya empezaba a anochecer, no anduvo más. Todos tuvimos que bajarnos del bus y esperar a que los conductores trataran de repararlo. Estando en estas aparecieron dos hombres armados y con camuflado, supimos que eran de las FARC. El momento fue muy angustiante porque empezaron a indagar de dónde veníamos y qué hacíamos. Por suerte el bus prendió, todos nos subimos rápidamente y arrancamos. Más adelante volvió a dañarse, pero al poco rato llegó otro bus para hacer trasbordo y regresamos por la vía a Boyacá y no por la de Villavicencio. Mi deseo es volver a Tame y dejar algo conmemorativo en ese lugar. Es un viaje que sigue inconcluso, debo terminarlo.

Soy un recuerdo que vive  
en las viejas paredes de un salón;  
escondida entre los libros,  
puedo escuchar la lección.  
Soy gamitana, soy río,  
victoria regia o jaguar;  
a veces soy un fantasma,  
perdida en la oscuridad.



La  
profesora  
gorda

Claudia Baracaldo Bejarano



PARA todas LAS educADORAS que  
enseñan en el RIO AMAZONAS .

Estas son PALABRAS que lanzo al viento  
para decirte Ga-a (madre Selva)  
que no me olvido de ti.

Cuando el manguaré grito mi nombre,  
anunciando mi llegada,  
sentí cómo tu corazón y el mío,  
se unían en un solo latir.

EL sabor del casabe,  
La caguana y el tucupí,  
el viejo fogón de Leña,  
Todo me hacía sentir  
que estaba en casa,  
que mi hogar estaba allí.





**Desperté de pronto, amarrada a** una cama. Traté en vano de levantarme, llamé gritando por ayuda y un poco de agua, pero nadie me atendió. ¿Cómo llegué aquí? ¿En dónde estoy? Me dolía todo el cuerpo, me sentía vacía y empecé a recordar.

Fue en el 2003 cuando conocí a Carlitos, era un chico muy flaco, hijo de un soldado negro que alguna vez pasó por allá y de una hermosa ticuna que lavaba la ropa a la orilla del río Amazonas. Fuimos juntos por un metro de leña que dejaron a dos kilómetros del internado en donde trabajaba con niños indígenas de varias comunidades. Nunca dimensioné el lugar en el que estaba, no pensaba en el peligro, solo quería internarme en la selva y embriagarme de aquel olor que inundaba mis sentidos. De un momento a otro Carlitos corrió aterrado, trató de subir a un árbol y soltó el machete que llevaba en las manos. Como en una escena de terror, vi cómo un puma de 80 kilos lo atacaba por detrás impidiendo que se subiera al árbol. En medio del pánico, pensé que no tenía la más remota idea de que en nuestras selvas hubiera pumas de ese tamaño. Era hermosa. Mi desconcierto creció al notar que no estaba sola, cazaba en compañía de su cría y tenían hambre. Por instinto reaccioné, le grité como si fuera un perro, «¡chite, chite!», mientras veía cómo le desgarraba de un zarpazo la piel de la espalda al niño que me miró con esos ojos negros que nunca en la vida podré olvidar.

Ninguno de los dos sabíamos que nuestros caminos se volverían a cruzar. Yo tenía en las manos una vara que hacía de bastón, sin pensarlo dos veces, golpeé al bebé puma con fuerza y su maullido de dolor hizo que su mamá volteara a mirarlo y saliera corriendo tras él, que adolorido ya se alejaba del lugar. Tomé al niño en mis brazos y llorando regresamos al colegio.



Viene una enfermera, me trae algo de comer y cinco pastillas. Meticulosamente, la mujer vigila que me las tome, haciéndome abrir la boca para cerciorarse de que las trague. No me gusta sentirme dopada, duermo días enteros y en medio de mis sueños, regresan momentos de mi vida.

Desde el inicio de mi contratación, dejé claro que podía trabajar en cualquier resguardo indígena en donde me necesitaran, siempre y cuando mis dos hijos vivieran conmigo, así podría estar al tanto de su estudio. Fui muy exigente en sus estudios, quería que su rendimiento fuera siempre el mejor. Para ese momento mi hijo mayor se encontraba en Leticia, comprando unas cosas que necesitábamos en el resguardo. Nerviosa velaba el sueño de mi hijo menor, ya tenía 13 años. Salí en silencio de la casa rural en la que vivíamos, asegurándome de dejar bien cerrado, no quería que se despertara. A pesar del miedo, me reuní con ellos, escuché sus decisiones y dispuesta a todo, dejé que mi cuerpo de 45 años se rindiera a sus deseos, fumé y bebí brindando por un encuentro trágico, pero victorioso, porque esa noche tan oscura, logré disfrazar la intención que tenía de huir de allí.

Durante varios días, aterrada y desamparada, esperé a que el gobernador de turno se comunicara conmigo, la situación era de vida o muerte. Estúpidamente pensé que cuando se enteraran de mi situación, enviarían un vuelo por mí, miraba el celular durante horas, esperando con las maletas listas a que nos sacaran de allí. Estaba segura de que cuando el secretario de Educación supiera que tenía que irme, que la vida de mi hijo y la mía corrían peligro, no lo dudaría y él mismo en persona iría en mi ayuda. Era mi amigo y compañero de lucha en el sindicato, pero lo esperé en vano. Cuando el supervisor educativo me dijo que no podía abandonar mi puesto de trabajo porque me declararían insubsistente, y que además el padre, que estaba en Bogotá, se quedaría

otro mes allá recibiendo unas donaciones de la Vicepresidencia para el colegio, y que vendrían a instalar en nuestra precaria biblioteca todo lo relacionado con el programa de Computadores para Educar, ingenuamente olvidé mi problema. Comencé a pensar en cómo funcionarían aquellos aparatos, si en medio de la selva no había luz. Estaba sola y a cargo de todo el colegio, pues las hermanas nunca salían de su casa; ocasionalmente iban a dictar sus clases y a rezar el rosario con todos los niños antes de dormir, pero nunca cruzaban palabras conmigo. Me sentía como una pecadora terrenal y ellas allí, tan arriba, que casi las podía ver levitando por los pasillos del viejo colegio. La otra maestra bogotana estaba en Villavicencio acompañando a unos estudiantes contagiados por hepatitis B, nunca entendí cómo se contagiaron en el internado. Así que me creí el cuento y lo más sano era sacar solo a mi hijo, enviarlo para Bogotá y así y yo me dedicaría a mis alumnos.

Bruscamente me despierta una enfermera, me obliga a tomar un baño de agua helada y me lleva al patio de la clínica a tomar el sol, me dice que revise todos los regalos de Navidad que me dejaron mis hijos y mi madre, ayer que fue 24. El Niño Dios me trajo una pijama, frutas, dulces, galletas y cuajada; me felicitan por el esfuerzo de ella, ya que a pesar de estar en silla de ruedas, hizo ese viaje para visitarme, y por sus comentarios me entero de que mi niño ya está cursando once. Cuánto tiempo ha pasado y yo sigo aquí, perdida en medio de tantos fantasmas, olvidada por el tiempo y la soledad. Me duele no acordarme de nada y me asusta dormirme porque una y otra vez se repite la misma pesadilla. La enfermera me pasa un paño para limpiar la saliva que cae sin control en mi ropa nueva.

Recuerdo por momentos segmentos de lo que pasó luego de sacar a mi hijo escondido en un vuelo de apoyo; los gritos, las

amenazas, los golpes, el sabor de la sangre en mis labios reventados ante un puño que en mi boca se estrelló. Lamento no haberme ido a tiempo, no comprendo por qué me quedé, ¿para qué? ¿Será que la comunidad entendió que no los quería abandonar? Quise quedarme allí para siempre, pues ellos hacían parte de mi vida. No podré jamás olvidar la ceiba gigante en donde pasé muchas noches acurrucada, buscando el calor de un útero que me devolviera nuevamente a la vida; imaginaba que las sogas que me ataban a ese lugar eran como un cordón umbilical que me alimentaba y protegía, y en repetidas ocasiones, cuando algún extraño me impregnaba de un olor nauseabundo, mezcla de coroto, cocaína y cigarrillo, echada de espaldas soportaba aquellos momentos de tortura mirando ese cielo azul, colmado de estrellas tan brillantes que me transportaban a mundos mágicos, en donde una y otra vez, aparecían Yoi e Ipi, dándole vida a la creación del mundo, según me contaron los abuelos ticuna de la selva del Yará.

Alguna vez cuando fui a conocerlos me alojaron amablemente y me curaron con yagé. Fueron tres días preparando mi cuerpo para ese ritual, teniendo una dieta especial que me ayudaría a limpiar todo el organismo. En medio del trance sentí cómo caía en un pozo negro y profundo, vi un salado en donde se alimentaba una manada de dantas y un jaguar de colmillos grandes y blancos que extendía sus poderosas garras para detener mi aterradora caída. Luego me explicaron el significado de las luces y las alucinaciones: era la manifestación de que a pesar de los momentos difíciles, yo iba a sobrevivir. Pero con mi mirada occidental, a pesar del enorme respeto que tenía por la sabiduría indígena, pensé de inmediato, ¿sobrevivir a qué?

Vienen a mi mente nuevas imágenes, mi muerte y mi regreso a la vida que vieron los sabios. Me esfuerzo por lograr que mi mente se limpie para ver con nitidez ese acto atroz. Fue así

como llegó el mal llamado «consejo de guerra» y me condenaron a morir fusilada. Sólo guardaba la esperanza de que en cualquier momento me rescataran, pues ya había denunciado ante las autoridades que estaba siendo amenazada y presionada para abandonar el Amazonas, pero pasaron los días y nadie se dio cuenta de que aquella maestra que vivía sola, no llegó a dormir. Nadie me extrañó, así como nadie escuchó mis denuncias, nadie investigó, me abandonaron a mi suerte. Recordé las palabras de aquel profesor «amigo», un indígena nacido en Puerto Santander, ahora dedicado a la política, «deje de darme problemas, no hable mal de mis paisanos ni de la gente de mi tierra, allí no pasa nada, simplemente es que a usted no la quieren allá y no sabe mantener la boca cerrada, no perjudique mi carrera».

Quisiera dormir para siempre, no despertar a esta realidad que me duele, extraño mi amada selva, las tardes en el río lavando la ropa, las caminatas hasta el chorro en donde se tejieron tantas historias que fueron contadas muchas veces en la maloka de la comunidad, relatos acerca de la vida y todo lo que ocurría en la prisión del Raudal. ¿Dónde habrá quedado el libro que me regaló el profesor Mariano Useche, en pago de unos datos que le conseguí? El fogón de leña parecía enviar señales de humo directamente al cielo. ¿Dónde está Dios? ¿Será que se dio cuenta de todo lo que me pasó? Fui todos los domingos a escuchar la Santa Misa, comulgué, hice penitencia, lloré consolando a los niños que cada vez llegaban de menor edad a estudiar. Es cierto, quebré ciertas reglas cuando haciendo mis rondas en las noches, debía constatar que cada quien ocupara su lugar, pero no me atreví a separar a los hermanitos que asustados buscaban refugio con sus hermanos mayores, tal vez queriendo llenar la ausencia de mamá y papá. También mi cama se llenaba de nostalgia al no escuchar la respiración de mis hijos en nuestro nido; si era tan

triste para mí, para los niños debía ser peor. Perdón Señor por el pecado de omisión, perdón por callar ante el dolor de las niñas y los niños de esa comunidad, perdón por el silencio que no fue cómplice, me silenciaron con el miedo de perder mi hogar, el sustento de mis hijos, y ciega ante la realidad de aquellos hechos, sólo me preocupaba enseñarles algo, con mis palabras, con cada grado de escolaridad, con cada danza que preparaban para izar la bandera en fechas especiales, aunque muchos me preguntaran, sin esperanza, para qué me sirve el cartón a la hora de pescar.

Quiero y no quiero recordar. Permanecí amarrada durante varios días, lo que menos importaba era la falta de agua o alimentos; a veces algunos centinelas me regalaban un poquito de fariña que masticaba para calmar el hambre. Llegó el mencionado consejo de guerra y fui declarada culpable, nunca supe de qué, pero ese día iba a pagar todas mis culpas. Marché resignada hacia un lugar en el que me esperaba un hueco cavado en medio de la selva, era muy grande para ser una fosa común, y por el clima lluvioso propio de estas zonas tenía agua, parecía una piscina. Llevaba las manos atadas atrás, no sé por qué no lloré, sentía que la lluvia lavaba mi cara, parecía como si el preciado líquido se llevara todo el dolor. Siempre he amado la lluvia, para mí es símbolo de oportunidad; recordé el pacto de Dios con los hombres y miré hacia el cielo buscando mi arco iris, pero no estaba allí. Quise guardar en mi memoria la sonrisa de mis hijos, todo valió la pena, sólo por ellos; lamenté no haberme podido despedir de mi madre, la imaginé en su silla de ruedas llorando en medio de mi sepelio y sufrí por causarle tal dolor, «perdóname madre mía, por tantos años alejada de ti, no fue por ingratitud, simplemente nunca me resigné a quedarme en la comodidad de tu casa a pesar de la certeza de que allí tendríamos amparo mis hijos y yo; pensé en valerme por mis propios medios, me propuse volar alto, estu-

diar, ser ejemplo para mi familia, pero este momento tan trágico en mi vida, destruyó todo a mi alrededor».

La hora de la ejecución llegó en medio de un grito cargado de soberbia y odio, «yo mato a esa perra blanca». Nunca pude ver su cara, quería preguntarle por qué su odio contra mí, pero yo estaba vendada con mi blusa y sentí cómo me sujetaron con fuerza, lastimando mis brazos, y me arrastraron en medio de gritos de victoria, risas y aplausos, y esta vez sí lloré y oré pidiéndole a gritos a Dios que cuidara a mis hijos y a mi madre. Entonces recibí un trago de ron, que bebí a grandes chorros para adormecerme, quería que todo pasara rápido, no quería sentir más temor.

Uno de mis verdugos, que para ese momento estaba a solas conmigo, pues el grupo grande no sé a dónde fue o si se alejaron, se me acercó por detrás; pensé lo peor, pues estaba desnuda de la cintura para arriba, luego con una mano rodeó mi cuerpo, estaba tan pegado a mí que podía escuchar su agitada respiración, mi corazón palpitaba tan fuerte que me hacía recordar los sonidos del manguaré<sup>1</sup> cuando viajaba por toda la selva enviando mensajes o invitando a alguna reunión. Lentamente me dijo al oído, con un castellano mal hablado y un acento inolvidable, «profesora gorda, ¿qué está haciendo aquí?» mientras su otra mano halaba fuertemente mi cabello por detrás. Esa pregunta me paralizó, quería saber quién era, intenté decir algo, pero su mano rápidamente me tapó la boca, con fuerza me volteó y quedamos frente a frente, noté que era un hombre alto, fuerte y me sentí tan frágil en esos brazos que lloré y sentí cómo me desvanecía aterrada por lo que me estaba pasando. Él besó suavemente mis mejillas y me ofreció otro trago, quise ocultar mis senos descubiertos, encorváb-

---

<sup>1</sup> Tambor propio de las etnias indígenas de la Amazonía que suele usarse para comunicarse en la distancia.

ndome un poco, él con compasión bajó la blusa que hacía de venda y me los cubrió.

Entonces vi sus ojos, esos ojos negros que nunca en la vida podré olvidar. Sin decir una palabra, ambos sabíamos que nuestras vidas, desde aquel momento, estarían para siempre entrelazadas; me dijo, «profe, recuerdo perfectamente sus clases de teatro, le voy a disparar y se tiene que quedar muy quieta, pase lo que pase». Me lastimó los labios cuando sin aviso previo me metió la blusa en la boca, me llevó a la orilla del hueco y me dio un golpe tan fuerte en la cabeza que literalmente vi estrellas, caí boca abajo y los pies quedaron hacia arriba. Tiempo después me contaron que él lloró al ver cómo mi cabeza se hundió en el barro y el agua me la cubrió, luego hizo varios disparos y rápidamente se alejó de allí.

Otros me han ayudado a reconstruir la historia y así he podido enlazar momentos eternos y dolorosos. Pasaron varios días y noches, no se sabe cuántos con certeza. Unos indígenas pasaron por allí y se les hizo extraño ver tierra al lado de un hueco, se asomaron y vieron unos pies, los halaron y con sorpresa se encontraron con que era una mujer y que estaba viva. Me llevaron alzada hasta la carretera. Cuentan que se turnaban para llevarme en hombros y repetían sin cesar la manera como me llamaban en casi todas las comunidades en las que estuve trabajando: «La profesora gorda». El trayecto hasta llegar a la carretera por donde pasaban los colectivos fue largo. Un conductor me llevó rápidamente hasta un puesto de Policía y ellos me trasladaron a Leticia, al Hospital San Rafael. Llegué en muy malas condiciones y de inmediato me entraron por urgencias. A pesar de tantas heridas estaba viva, mi corazón seguía latiendo. Entonces supe que había caído en un pozo y no sabía cómo iba a salir de él.

Mi secuestro fue en febrero del 2010. Luego de mi tragedia y sin conciencia de todo lo que me estaba pasando, terminé en Santa Marta gracias a la presión de aquella fiscal que desde que conoció mi caso se volvió mi ángel guardián. No quise llegar a Bogotá, no quería que me vieran tan vulnerable, tan derrotada. Sentí que este proceso de recuperación emocional y mental debía ser en soledad.

Ir y venir en el mundo de los recuerdos fue mi cotidianidad. Entraba y salía del psiquiátrico, nunca pude volver a trabajar, me aterraba ver uniformes, tableros, ya no tenía nada que enseñar, eso pensaba, no quería encariñarme con ninguna comunidad para después sufrir otra separación. Cuando podía levantarme, corría a refugiarme en las olas del mar, permanecía todo el día en la playa, me hice amiga de los pescadores y muchas veces tuve la oportunidad de irme mar adentro. Me enamoré de Taganga, de la Sierra Nevada, de cada playa del Parque Tayrona, de las Fiestas del Mar, de la zona bananera y espero regresar algún día al hermoso pueblo de Tucurínca, en donde fui tan feliz. Agradezco la hospitalidad de los costeños, su alegría, su sabor. Cada una de las comidas que probaba me ayudaban a olvidar aquel pasado que me perseguía. A cada persona que me brindó su casa, su tiempo, su apoyo, espero volver a verlos.

Muchas veces el abandono del Estado me dolió, me perjudicó, pero debo reconocer que también encontré instituciones que me dieron la mano; mi gratitud con el gobernador de esa época, siempre oro por él, porque su gestión fue inmediata y por eso no pudieron echarme de mi trabajo. La Defensoría del Pueblo me ayudó a entutelar al gobernador del Amazonas que sin miramientos me abandonó a mi suerte y lo obligaron a devolverme mi trabajo y a darme el estatus de docente amenazada, aunque sigo peleando por una pensión justa, ya que no tuvieron



en cuenta mis quince años de servicio a la educación y sólo me reconocieron un salario mínimo.

En 2012 volví a Bogotá, llena de dudas y temores. Pude comprobar que los amigos y las personas leales se conocen en los momentos difíciles, en la enfermedad y en la adversidad. Cuando estaba bien y venía de visita para Navidad, cargada de regalos e historias con muchas anécdotas en otros países, llovían las invitaciones, las bienvenidas, las fotos, las palabras de admiración y de respeto. De pronto me di cuenta de que estaba sola, y que tendría que seguir sola. Entonces me dolió recordar a mi familia del Amazonas. Hoy añoro cada momento compartido en torno a la etnoeducación; gracias a cada una de las maestras que trabajaban en las escuelas y colegios de los resguardos, a las que enseñan a la orilla del río Amazonas y Caquetá, gracias por lo que me entregaron.

Después de tres años entrando y saliendo de distintas clínicas psiquiátricas, luego de la pérdida de mi madre y tras dos intentos de suicidio, nadie quería saber nada de «la loca», calificativo de algunos familiares que no se daban cuenta de cuánto los necesitaba y cuánto me dolían sus palabras y su abandono.

En el 2015 llegué al Centro Local de Atención a Víctimas de Bosa para iniciar otro tratamiento psicológico por parte del Estado que me ayudara en mi recuperación. Para ese momento presentaba crisis psicóticas y convulsionaba frecuentemente, me perdía en las calles. Entré al Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas y a través de él me vinculé a una huerta a cargo de víctimas. Desde el primer momento noté que los funcionarios no eran tan fríos, tan ajenos a mi situación, como lo habían sido en otros lados; allí una mujer me devolvió a la vida, Selene, gracias por tu apoyo y comprensión. Pertener a esa huerta me pintó la vida con los colores de cada rosa y flor que sembré; ver crecer las lechugas, la cebolla, los tomates, fue

una verdadera terapia de sanación. Gracias a todas esas personas que conocí en ese pequeño espacio lleno de vida, mariposas y pájaros, que me alegraron con sus cantos y que hicieron parte de este camino tan difícil.

Hoy en día mi hijo mayor es profesor, logró sus metas con mucho esfuerzo; a pesar de llevar en sus hombros la carga de mi enfermedad y del hogar, nunca se queja y apoya a su hermano menor que en este momento cursa octavo semestre. Valió la pena mi esfuerzo. Ambos escogieron seguir mis pasos y estoy segura de haber sembrado árboles grandes y fuertes, que darán frutos para un mejor mundo. Los dos son hombres de bien y sé que podrán ubicarse en colegios en donde necesiten unos buenos maestros.

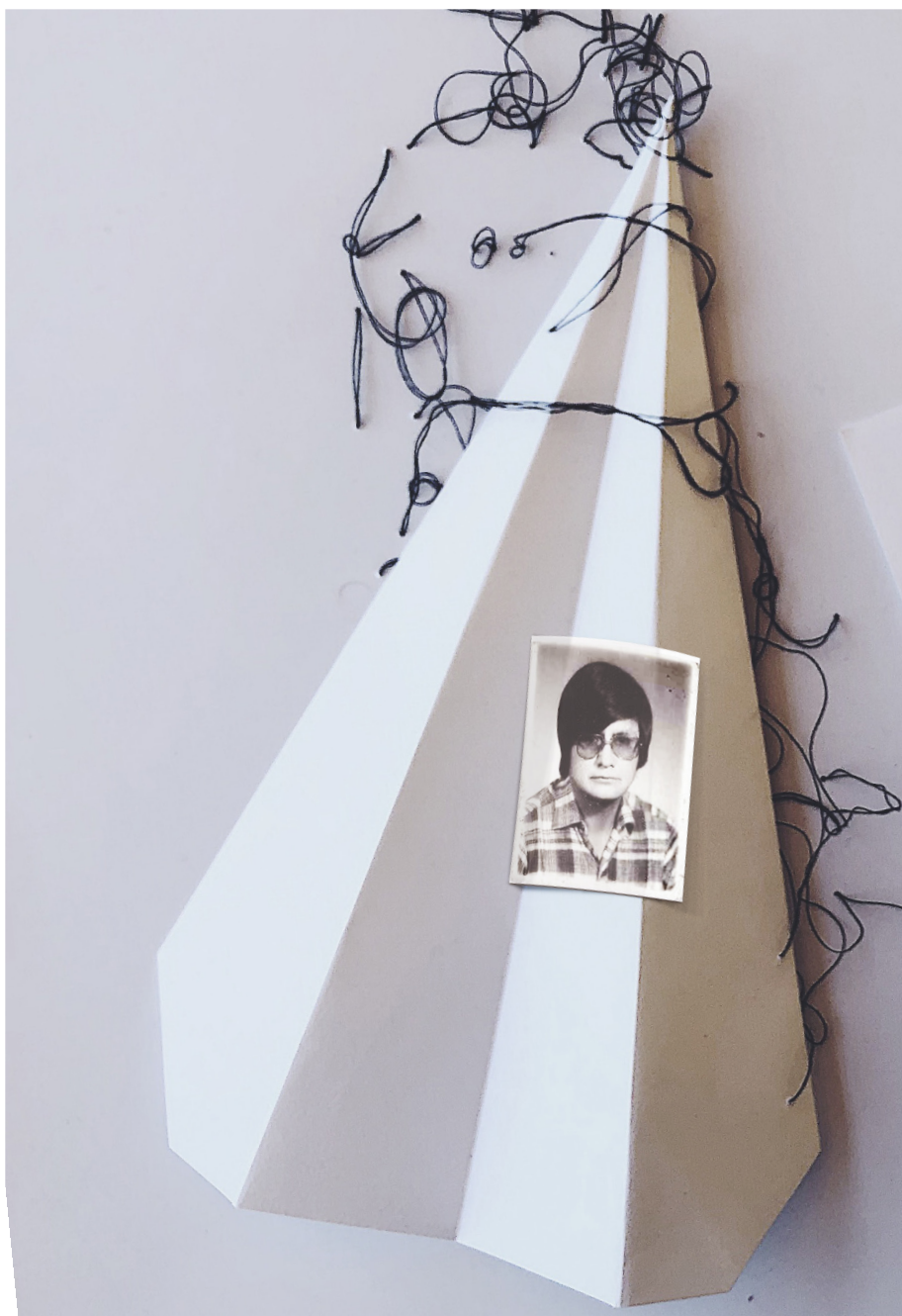
No volveré a detenerme, ha sido largo el camino de la recuperación, por eso quiero seguir adelante, la vida me dio otra oportunidad. Quiero que cada persona con la que me cruce me recuerde con una sonrisa o cuando vean mis terrarios o los arreglos florales, disfruten de ellos pensando que crezco en medio de aquellas plantas. Sueño con terminar aquel proyecto inconcluso que aún espera por mí: voy a volver a la academia, terminar la maestría y volver a las escuelas donde muchas niñas y niños necesitan una maestra. Creo en la institucionalidad y estoy segura de que se abrirán puertas para la creación de mi empresa, con un poco de apoyo voy a conseguir mis metas. Voy a seguir viviendo con tanta intensidad que el tiempo terminará por sanar las heridas y al ver las cicatrices ya no volveré a llorar, porque ellas simplemente serán señales que me recuerdan que, a pesar de la oscuridad, Dios nos regala el sol de cada mañana.

Nosotros siempre queremos que la vida  
salga como la soñamos y deseamos,  
proyectamos una imagen y a ella nos aferramos.  
Pero cuando el destino con su capricho  
cambia el gui3n y el camino,  
son la fuerza interior y la convicci3n,  
las certezas que impiden marchitar el coraz3n.  
El mejor homenaje que se les puede hacer  
a los que se fueron es  
seguir viviendo.



Tranquilo  
o mijo, su  
papá está  
en el cielo

Alexander Mauricio Mesa Ramirez



A la mujer guerrera que aguantó todo.  
A quien ama con profundo amor a mi padre.  
y me enseñó que el amor eterno sí existe.  
A ti, madre, por permanecer a mi lado y  
darnos fuerza a todos.





- Recorrido de Rafael Mesa Barbosa
- Recorrido de Alexander Mauricio Mesa Ramírez y su familia



**Me pareció que mamá estaba** haciendo mucho alboroto. Solo habían dicho «posiblemente es una avioneta que se dirigía a Medellín...» y papá iba para Cali y en un avión. Mamá era muy exagerada a veces. Mi hermano Javier se levantó asustado por los gritos y se puso lo primero que encontró: unos jeans rotos que estaban de moda en ese momento, tennis, una camisa y la chaqueta.

Mi madre no me llevó, me dijo que estuviera atento al teléfono por si pasaba algo. Encendió el auto y los vi alejarse en la esquina. Yo solo quería que mi día fuera normal, encendí la radio y me puse a escuchar ese programa de la mañana que me hacía reír. En ese momento quería reír más de lo normal.

Iban a ser las diez de la mañana, el sol brillaba y el día estaba resplandeciente. El teléfono aún no sonaba y el programa no me había parecido tan divertido. Apagué la radio y hubo un silencio fuerte, incómodo, de esos silencios que perturban. Me sentí terriblemente solo y encendí la radio de nuevo, busqué la emisora de noticias y escuché: «Un avión de la aerolínea Avianca con matrícula HK-1803 con el vuelo 203 que viajaba para la ciudad de Cali, explotó a los cinco minutos de despegar mientras sobrevolaba el municipio de Soacha con 107 personas a bordo...». Ahí tuve miedo.

El teléfono seguía sin sonar, estaba sentado en el sofá escuchando las noticias, era la primera vez que lo hacía con tanta atención, a los 12 años mis prioridades eran otras. Una llamada telefónica se escuchó en la radio, eran los llamados «Extraditables» atribuyéndose el atentado, según dijeron, para que el gobierno supiera que ellos no estaban jugando.

Pablo Escobar se creía Dios y daba orden de quién moría y quién vivía. Yo tenía fe en que mi padre no estaba en ese avión y



permanecí sentado, viendo el equipo de sonido como si fuera lo más importante de la vida y el teléfono seguía sin sonar. «Tenemos el listado de los pasajeros del vuelo», escuché, y empezaron a nombrarlos en orden alfabético. Los apellidos de mi padre son Mesa Barbosa. Llegaron a la L, luego pasaron a la M y siguieron con la O. Entonces salté, salté mucho. «¡Mi papá no está en la lista, mi papá no está!» gritaba mientras seguía saltando. De pronto lo nombran: «Mesa Barbosa Rafael». Quedé frío. Esos segundos fueron eternos, empecé a llorar, ¿a quién abrazaba?, ¿quién me consolaba? ¿Odié a Dios, lo odié como nunca! No entendía nada, no quería nada. Luego pensé en mamá. ¿Dónde está? ¿Ya se enteraría? No podía dejar de llorar. ¿Dónde está papá? Y el teléfono empezó a sonar.

Ese día me marcó tanto que creo que soy quien soy, por ese momento. No soy un hombre amargado, de hecho me gusta hacer reír a los demás y aún tengo fe en Dios, pero sí trato de ser lo más lógico posible. Desde entonces creé una burbuja en torno mío, no de protección, sino de razón. ¿Para qué? Para entender a la gente que me hablaba en ese instante.

Levanté el teléfono en llanto:

—¿Aló? —contesté con resignación.

—¿Qué pasó con su papá? —me dijo un hombre que nunca supe quién fue.

—No sé... se fue...

—¿Dónde está su mamá?

—En el aeropuerto, con mi hermano —respondí.

—¿Está solo?

—Sí —y colgó.

El timbre del teléfono no era una melodía, ¡hacía mucho ruido para mí! ¿Cómo explicarle a la gente que solo había dejado a mi papá en el aeropuerto y que sabía lo mismo que ellos? ¡Que

no sabía dónde estaba mi mamá y que la necesitaba! De nuevo sonó el teléfono y se repetía la frase: «Tranquilo mijo, su papá está en el cielo». ¡Cómo odiaba eso! De tantas veces que daba la misma explicación de lo que había pasado, empecé a calmarme. «Sé fuerte», me decían, pero no sabía si la fortaleza era dejar de llorar y explicar las cosas de mejor manera o entender que mi vida iba a cambiar radicalmente, que el eje de la casa no iba a entrar más por esa puerta en las noches, que no íbamos a jugar más los sábados fútbol y que mi oportunidad de entrar al equipo y demostrarle que sí estaba aprendiendo no iba más, que jamás iría a la entrega de notas, ni a mi grado y que jamás, jamás ¡volvería a verlo!

¡Cuánto admiro a mi viejo! Ahora que soy grande y tengo hijas, me pregunto cómo hacía para mantener a la familia y darnos gusto en todos nuestros caprichos. Papá aprendió leyendo y preguntando cuando no sabía, es algo que le heredé. «Si él pudo, yo también», me digo a menudo.

Ustedes recordarán algunas máquinas industriales, como la que hacía maíz pira de sabores, quienes fueron a cine en la década de los noventa seguramente las conocieron. Pues bueno, esa máquina la ensambló mi padre. Y ¿se acuerdan de Rapipapa? La máquina que preparaba esas papas fritas, también la ensambló él. Un día, justo cuando revisaban el proceso de corte y empaque en la empresa Margarita, la máquina se averió y se trabó. Él la revisó y se dio cuenta de cuál era la falla, pero al meter la mano para arreglarla, la cuchilla bajó y le cortó la mano. Perdió parte de la extremidad del dedo anular, un poco más de la mitad, y le quedó inmovilizado el dedo meñique. Después del hospital y de llegar a casa estaba muy triste, «me quitaron mi herramienta de trabajo», le decía a mi madre y ella a su lado trataba de consolarlo, «tranquilo mijo, saldremos de esta». Pero este señor, con dedica-

ción y la cantaleta de mi mamá, estaba armando y desarmando máquinas a los tres meses. Nunca se detuvo en lo que se propuso y por eso lo admiro tanto.

Fue amante del fútbol y siempre lo practicó. Le escuché decir muchas veces que no fue futbolista profesional de Millonarios, club del que era hinch, por culpa de mi mamá, pero jamás supe la razón. Fundó un equipo de fútbol que llamó 'El Cardinj'. Lo entrenó con mi madre y ganaron algunos campeonatos, esa era su diversión de los sábados, y los domingos hacía parte de otro equipo como jugador. Las jornadas futboleras dominicales sí que eran una completa diversión. Era un momento sublime en el que papá compartía con la familia entera. Ver a esos 22 barrigones correr detrás de la pelota es de las mejores cosas de mi vida, es un recuerdo que nadie me puede quitar.

Me acuerdo del último campeonato en el que jugaron, llegaron hasta la final. Después de cinco años estaban disputando ni más ni menos que el partido definitivo para consagrarse campeones. Con gritos, bullas y canciones todos alentábamos. En un momento del partido le pasaron el balón al número 9 en la camiseta (mi padre), se acercó a la portería rival, entró al área grande y lo derribaron; el árbitro decretó falta y penal faltando tan solo diez minutos para la culminación del partido. Él mismo lo quiso cobrar; entonces ubicó el balón en el punto penalti, tomó distancia y cogió impulso. Fue tanto el impulso, que terminó pateándolo mal, tan mal que ni siquiera pasó cerca del arco. Al final quedaron subcampeones, pero no se desanimó, dijo que había aprendido que no hay que alejarse tanto del balón para patear un penalti.

¿Y mi mamá? ¿Qué pasaría ahora con mamá? Ella era una mujer aguerrida que organizaba todo y papá confiaba en ella, era su amor eterno. El 17 de febrero iban a cumplir 25 años de estar

casados, era un amor tan bonito que es lo que siempre quise en mi vida cuando tuviera una novia o una esposa.

Se abrió la puerta de la casa y era mamá con mis hermanos, se habían encontrado en el aeropuerto. Estaba llorando mucho y tenía la mirada perdida, me dio miedo verla así, tampoco la quería perder. A pesar de tener cuatro hombres en su vida, todos estábamos sin fe, sin decisión y no supe cuál de nosotros debía tener esa fortaleza de la que tanto me hablaron por teléfono.

El resto simplemente ha sido un absurdo acto de la vida no por vivir, sino por sobrevivir. Me he tenido que aguantar que se exalte a un asesino como Pablo Escobar a quien no le importaba ni su gente, ni su patria, como tanto lo pregonaba. No le interesaba la vida de nadie, solo el poder y el dinero. Me incomoda y perturba verlo representado en camisetas, fotografías, restaurantes, novelas, series, películas y hasta ver niños disfrazados como él, oírlos hablar como él y saber que muchos desean ser él. De ese hombre se habla por todas partes, incluso en otros países lo conocen y lo admiran, y en cambio, han quedado en el olvido muchas de las personas que injustamente murieron a causa de su crueldad y avaricia.

Pero yo no olvido a mi padre. Rafael Mesa Barbosa, mi padre, era un hombre como la mayoría de los colombianos, con sueños y anhelos, con una familia grande que amaba, a quien amamos y seguiremos amando. Un padre que me enseñó que haga lo que haga, hay que hacerlo bien y sin hacer daño a los demás. Él es mi héroe. Con frecuencia me imagino cómo sería mi vida si viviera y sé que sería maravillosa porque cuando quisiera, podría darle un abrazo y decirle ¡te amo papá!


Soy alma guerrera y soñadora,  
y un recuerdo que se niega a morir.  
Soy la voz de mis gritos silenciados  
que no desisten de vivir.  
El dolor causado me ha hecho fuerte,  
fui en mi pasado y voy siendo en mi presente.  
Sé que soy ahora,  
cuando respiro hondo,  
siento que estoy viva,  
aunque a veces esté inerte.



Ricardo  
Lara Parada  
ha muerto

Mónica Yarima Lara Agudelo





Papato, como lo dijeron tus  
compañeros del Movimiento  
Amplio del Magdalena Medio:  
"Habrá callado tu voz, pero no  
tu pensamiento, que es la voz del pueblo."





- Recorrido de Ricardo Lara Parada
- Recorrido de Yarima Lara Agudelo



**Me levanté de un sobresalto**, con dolor en el pecho y con un sabor a sal en mi boca. Mis ojos estaban hinchados, apenas podía abrirlos y me ardían. Un tanto desubicada, sentí mis mejillas tirantes por las lágrimas que rodaron por ellas, aquellas que seguramente amargaron la boca producto de una pesadilla.

Unos rayitos de luz asomaban en esa habitación, para mí desconocida; los muebles, el colchón en el que dormí, el olor a humedad que respiré, me desorientaron, estaba perdida, todo me era extraño. Por un instante no supe dónde estaba, cuando de golpe se me vino al pecho una punzada aguda y filosa, pensé, «mi papito, ¿será verdad? mi papito».

Caminé hasta la ventana temblando, las piernas me flaqueaban, miré a través de la ventana al otro lado de la calle donde estaba la casa de mi abuela. En seguida detuve la mirada sobre una tarima y varios papeles de color café en los que alcancé a leer «Ricardo Lara Parada ha muerto»; junto a los avisos había un charco de sangre aún fresco. Rompí en llanto y recordé que mi pesadilla era real: vi caer a mi padre muerto en la puerta de nuestra casa. Recordé cada momento, el llanto de mi hermano, la cara de mi madre, su risa nerviosa cuando le dije que había un hombre muerto en la puerta, un hombre que no pude siquiera reconocer. Sólo supe que era él, en el momento en el que ella se asomó, se llevó las manos a la cabeza y con una voz y un llanto desgarrador dijo, «¡Ay, sí es Ricardo!».

Volvió a mí la sensación de un machete destrozando mis piernas, no pude sostenerme, me tiré al piso y empecé a gritar, «mi papá, mi papito, ¿por qué?». Mi llanto fue desolador. Todo fue confuso, mi abuela gritaba casi asfixiada. La gente se aglomeró, decían consignas, apareció el Ejército, estaba la familia, los vecinos y la prensa. La situación era caótica. En ese momento perdí la

noción de la realidad. Me sentía como suspendida en el tiempo, sin nada, por primera vez en mi vida, sentí en carne y alma lo que era estar cerca de la muerte.

Recordé la masacre de los siete campesinos de Yondó que habían llevado a Barrancabermeja y el profundo dolor y miedo que sentí por la forma en la que los dejaron. Eran los primeros muertos que veían mis ojos a los ocho años; pensé en sus familias y en sus hijos, en qué sería de sus vidas. Y las gallinas y demás animalitos que habían dejado ¿quiénes los cuidarían? ¿Cómo era posible que existiera gente tan cruel capaz de matar? Sin embargo me reconfortaba saber que yo tenía a mi papá vivo. Jamás imaginé que esa historia se repetiría, pero esta vez la viviría en carne propia; se avecinaba la época del terror y muchos niños y niñas vivirían lo mismo que yo, pues hombres con odio en sus corazones y con armas, nos marcarían para siempre. Así fue como llegó la violencia con toda su furia al Magdalena Medio, y con el asesinato de mi padre se abrió la compuerta para la oleada de homicidios sistemáticos en la región. Luego llegaron y se instalaron en mi pueblo «los macetos», como llamaban a los paramilitares. De hecho, años más tarde, mi madre, mi hermano y yo tuvimos que salir de Barranca por amenazas. Decían que iban a matar a todo lo que oliera a guerrilla, que nuestros nombres estaban en una lista negra. Así nos arrancaron de nuestro terruño, de nuestra casa, de nuestras cosas, de nuestra vida. Tuvimos que venirnos para Bogotá a reconstruirnos, estábamos rotos.

Cuando conocí a mi padre yo tenía cuatro años. Fue en Nicaragua. Mi mamá me vistió con un conjunto de marinero azul y blanco, y me dijo, «vas a conocer a tu papá». Yo estaba feliz, pues solo lo conocía por su voz en las grabaciones de casetes que nos enviaba con algunos compañeros, en las que me cantaba canciones, me contaba cuentos y me expresaba su cariño, su amor y siempre

me decía que pronto nos íbamos a ver. Al fin había llegado ese día tan esperado. Y apareció él, alto, delgado y barbado. Se agachó y me abrió los brazos, corrí y me escondí detrás de las piernas de mi mamá, me dio pena verlo y algo de enojo. Así comenzó mi aventura con mi padre.

Estábamos en Nicaragua, en pleno fervor de la revolución sandinista y mi madre había decidido encontrarse allí con él y «echar el ancla» juntos por segunda vez, pues la primera había sido cuando ella se fue para la guerrilla. Ahora que llegan a mi mente esos momentos reflexiono y caigo en la cuenta de que desde mis casi cinco años empecé a entender la lucha y el ideal de mi padre.

Vivíamos con otras tres familias en una casa quinta, cada una dormía en un cuarto y compartíamos todos los espacios de la casa, éramos una gran familia de la revolución. Los niños fuimos criados como hermanitos, llamábamos tíos a los padres de nuestros amigos de juego. No éramos ricos, ni teníamos lujos, pero había mucho cariño, comida y educación.

Una compañera de mis papás era quien nos enseñaba; con ella construimos casas en los árboles a donde nos refugiaríamos «si algo llegaba a pasar» y ella nos hacía juegos para que supiéramos cómo debíamos actuar. Nos enseñaba también canciones con contenido social y humano, recuerdo en especial una que se llamaba «Quincho Barrilete»; era la historia de un niño pobre que vendía bolis en los buses para que sus hermanos pudieran estudiar. Escuchar esta canción y la explicación que nos daban me ponía muy triste, creo que desde entonces fui consciente de las desigualdades sociales y de la injusticia.

Mi padre nos explicaba a todos por qué debíamos ser niños humanos. Nos contaba que la quinta donde vivíamos la ocupaban antes apenas dos personas a costa de los pobres y que por esa

razón se vulneraba el derecho a la educación y había niños que vivían como Quincho Barrilete.

Evoco con mucha nostalgia ese momento y llegan a mí cientos de imágenes. Recuerdo que me gustaba jugar con una niña que vivía en una casita de tablas en un cafetal; corríamos por entre los cafetos y comíamos el fruto rojo del café, su sabor era dulcesito. Un día en el que ella estaba con su hermano chiquito, vi que tenían la cara llena de tierra y la ropita rota, así que los invité a la casa y nos encerramos en el baño; empecé a bañar al niño a escondidas, mientras la niña estaba en la puerta vigilando que no llegara nadie. Pero los papás lo saben todo, así que mi padre allá llegó, abrió la puerta, me dijo que estaba orgulloso de mí y me dio un gran abrazo. Le pregunté si podía darles ropa de la mía porque la de ellos estaba rota; obviamente me dijo que sí. Desde mi vida a corta edad en Nicaragua, «nicaragüita» como dice la canción, supe que había una división de clase y que mi padre estaba a favor de los más vulnerables.

Mi padre nació en 1939 en Barrancabermeja, Santander, el 12 de octubre, fecha emblemática para nuestra América Latina, día de la resistencia indígena. Pareciera que la vida hubiera elegido su destino desde antes de nacer. Fue profesor a sus 21 años en un pueblito de Santander llamado Charalá, pero antes, ya había sido profesor en el colegio Diego Hernández de Gallego en su ciudad. Siempre buscaba una forma diferente de enseñar y reforzaba a los estudiantes con clases extracurriculares en casa de mi abuela Ulda. Los muchachos del pueblo le tenían mucho cariño y admiración por la manera jocosa, dinámica y empática de dictar sus clases de matemáticas, historia y geografía; tenía un encanto especial, utilizaba ejemplos cotidianos para explicar las cosas.

Su sueño era la medicina, pero como no había cerca una facultad, optó por la Ingeniería Química en la Universidad In-

dustrial de Santander, institución a la que entró cuando tenía 22 años. No fue el mejor estudiante porque sus intereses sociales, políticos y revolucionarios a menudo lo alejaban del estudio. Sin embargo, en 1962 ganó una beca para estudiar medicina en La Habana y viajó a Cuba, donde vivió la Crisis de los misiles y el intento de invasión militar de Estados Unidos. Fue ahí cuando decidió dejar los estudios y recibir entrenamiento militar, con otros 21 colombianos, para defender la isla caribeña de una posible invasión gringa. De estos 22, apenas siete culminaron el duro entrenamiento en la Sierra Maestra cubana, pasaron a conformar la Brigada José Antonio Galán y después, empezaron a regresar a Colombia de forma escalonada para iniciar una lucha guerrillera, formando el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Después de casi diez años en el monte y de ser segundo al mando de esta guerrilla, decidió abandonar las armas e iniciar una nueva lucha por medio de la palabra. Para él, la revolución era más que un fúsil: la entendía como transformación que solo se lograría con la gente y con la dignidad de la palabra, no con las balas. Así fue como inició un movimiento social y político en Barrancabermeja, el Frente Amplio del Magdalena Medio (FAM).

El «viejo Richard», como lo llamaban sus compañeros del movimiento, hizo creer por primera vez al pueblo de Barranca que la lucha política desde los barrios populares era posible. No solo fue querido y apreciado por su tierra natal, sino que su pensamiento traspasó las fronteras de Colombia: lo conocieron en la Nicaragua sandinista, en el Panamá de Torrijos, en la Libia de Gaddafi, en la Cuba de Fidel e incluso, el escritor Gabriel García Márquez lo tuvo entre sus afectos. Lo reconocían como lo que siempre fue, un hombre del pueblo y un gran revolucionario.

Debo reconocer lo complejo que ha sido crecer siendo hija de Ricardo, el revolucionario, el concejal, el líder social. A veces,

solo algunas veces, me preguntaba dónde estuvo el padre. Esto me generaba sentimientos adversos, pasaba de amarlo a odiarlo, lo odiaba por haber heredado su pesada mochila, tener que conocerlo a través de los otros y sentir el deber de buscar la verdad. Un día leí una carta que le escribió a mi madre, en la que le expresaba su dolor por no poder estar al lado de su niña y cumplir con su deber de enseñarle desde pequeña las responsabilidades históricas que creía debíamos tener los hijos de un revolucionario, ser una persona al servicio del pueblo. Entonces lo comprendí, supe de su absoluta y total convicción por la que entregó su vida. En consecuencia, hoy estoy, como muchos de mi generación, entregando el corazón, dejando mi piel en cada acto que hago para reconstruir su historia y reivindicar su nombre. Ahora, ya no solo con su mochila, sino también con la mía.

Siento orgullo de llevar su sangre y poder reconstruirlo en toda su grandeza, pero me genera una tristeza profunda que lo hayan asesinado. Una sensación de impotencia me embarga al ver cómo después de toda la entrega política y social por un cambio, queda un hombre con sus sueños truncados, tirado en el piso manchado de sangre, con letreros denigrantes que lo señalan como traidor a la causa guerrillera.

Después de muchos años de tener enterrada su imagen y su historia, la vida me lo trajo de vuelta una tarde en la universidad, en la que tenía que exponer acerca de las guerrillas colombianas. A mí me tocó trabajar e investigar sobre el ELN. Recuerdo que expuse y no lo mencioné, por miedo, pero el profesor me dijo, «Mónica, le hace falta mencionar a un personaje que tuvo repercusión internacional». Lo llamé aparte y le dije que yo no podía hablar de ese señor porque era mi padre; el profesor me miró sonriendo y me dijo, «¿por qué cree que le puse a usted el ELN?». Quedé sorprendida, ¿cómo es que ese profesor sabía de

mi papá? Fui a donde unos amigos heredados de mi padre y les pregunté por él. Les consulté quién había sido y cómo es que lo conocían en mi universidad. Así, con mucha nostalgia y frustración, empecé a descubrir con conocimiento social y político, una historia enterrada.

Desde entonces me siento con más fortaleza, aunque por momentos desfallezco. A veces tengo confianza e ilusión al reivindicar su nombre y su lucha. En otras ocasiones, me consumo en la tristeza por los hallazgos encontrados al reconstruir la memoria. Siempre me impulsa el propósito de lograr que quienes perpetraron su asesinato, reconozcan el error histórico y político que cometieron para poner en alto su nombre y su historia injustamente denigrada y tergiversada en la historiografía oficial del ELN, un registro en el que su lucha visionaria y revolucionaria, adelantada a su tiempo, quedó reducida a connotaciones, que a mi parecer y al de muchos, no se ajusta a la realidad de lo que significó su entrega por y para el pueblo.

Cada día que escribo una línea es una huellita que dejo en su nombre, en la memoria naciente. Solo espero que donde él esté se sienta orgulloso de mí y que sepa que he heredado su fuerza y la esperanza de construir un país mejor.



Soy hijo de un pueblo que milenariamente ha luchado por mantener y fortalecer nuestra cultura. Mis padres entre las tullpas y al calor de taita Inti, enterraron mi cordón umbilical como pacto con mi pueblo, pacto que conservo y atesoro.

Alrededor de las tullpas y al calor de taita Inti aprendí a escoger y sembrar las semillas, a escuchar las enseñanzas, a respetar y enaltecer mi espiritualidad, a vibrar con el canto de los pájaros y el sonido de las flautas y la chirimía.

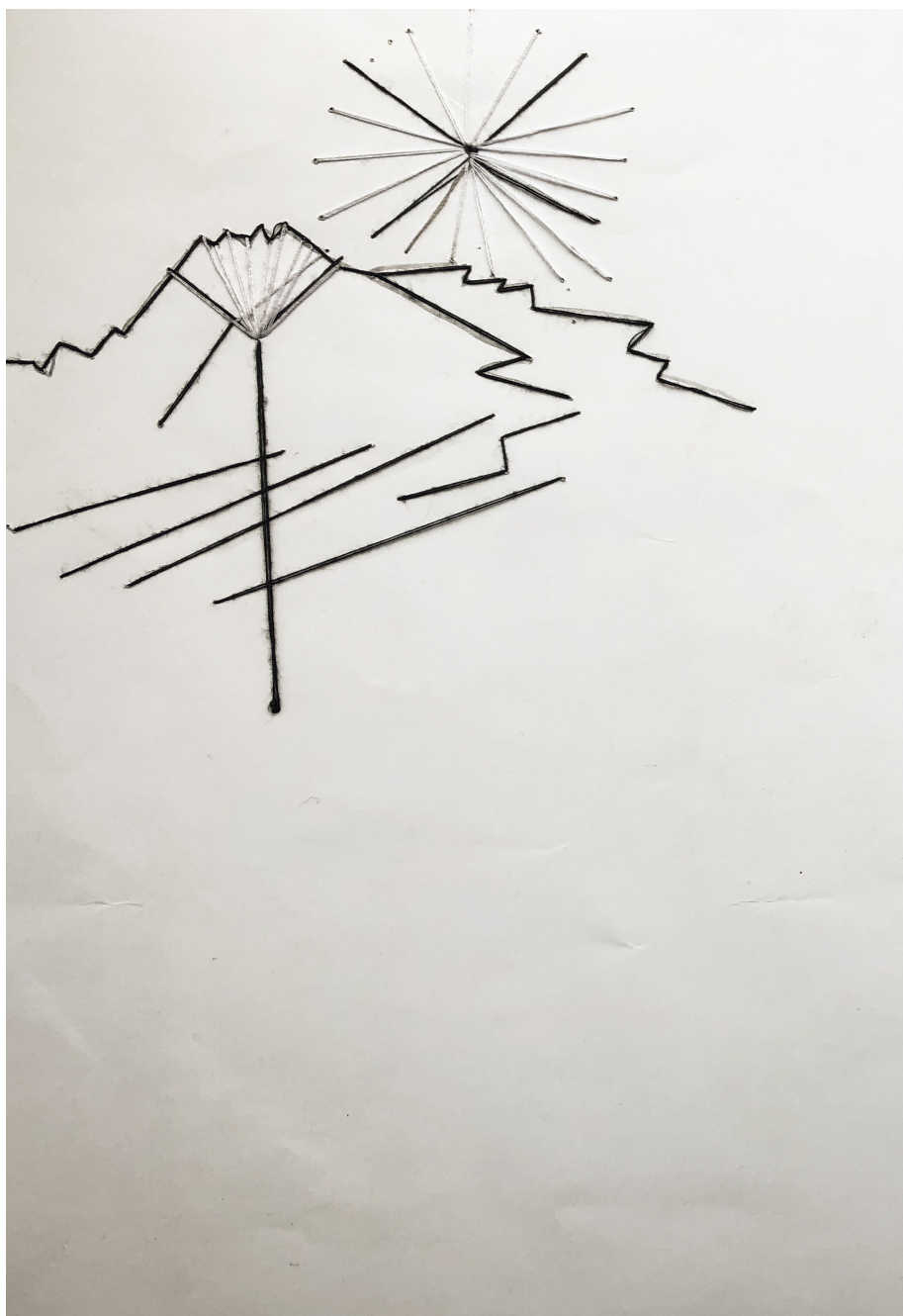
Quiero seguir viviendo con las cosas simples, pero hermosas de mi tierra, con mi gente, la que le teme al Jukas y respeta a sus ancestros, que comparte en las mingas, que anda sin prisa, pero con paso firme.

Quiero vivir en un territorio de paz y que mi cultura perviva en el tiempo.



La  
última  
conversación  
con mamá

Luis Rodrigo Piamba Pusquin



A Los guardianes y protectores de la madre tierra,  
a mi padre, mi madre y mi familia,  
a cada taita mayor, mamá señora, uñwas de mi pueblo  
que han sobrevivido a la barbarie de La guerra  
y que orgullosos Luchan con ahínco.  
por la pervivencia de La cultura,  
el territorio y por nuestros derechos individuales y colectivos.



**Hace catorce largos años tuve** mi última conversación con Maruja, la mujer que me trajo a esta vida y quien me enseñó junto a mi padre a amar la tierra, mi tierra. Fue ella la que me transmitió la cultura y me inculcó que se debe compartir con amor lo poco o mucho que se tiene y no lo que a uno le sobre.

Aunque ya no está conmigo, es la que mantiene la llama encendida de mi lucha constante por pervivir y dar lo mejor de mí, creciendo en mis capacidades, soñando, dejando huella y buscando pasarla bien en el trasegar de mi existencia.

Mi pueblo está anclado en las estribaciones del volcán Sotará. Está habitado por indígenas pertenecientes al pueblo yanacona, somos los guardianes del macizo colombiano. Nuestros mayores nos inculcaron la necesidad de proteger y conversar con la madre tierra, tratarla con mayor respeto e inclinarnos ante ella para sacar de su regazo nuestro sustento diario.

El 14 de enero de 2004, junto con algunos compañeros indígenas que me ayudaban en la labor del campo, salí para la chagra muy temprano, a eso de las 5 y 30 de la mañana a arañar la tierra. Era un día hermoso, pero hacía mucho frío; mi tierra estaba cubierta por un cielo azul y resguardada por el majestuoso volcán con su cima revestida de muchas canas, como le decimos a la cúspide de nieve que se ve cuando está despejado. Los chiguacos<sup>1</sup> revoloteaban entre los lecherales y alisos<sup>2</sup> con su rezar de madrugada como agradeciendo a los espíritus mayores por el día tan especial; su «chiguaquiar»<sup>3</sup> me animaba a caminar con rapidez por el sendero empinado, para comenzar la jornada de trabajo.

---

1 Mirla negra.

2 Los lecherales y los alisos son dos arbustos de nuestra región.

3 Canto de los chiguacos.

Después de dos horas de camino llegamos a la parcela en donde realizaríamos las labores programadas.

Al caer la tarde los compañeros de faena expresaron entusiasmados, «¡pasó la chicharra!» sentenciando el fin de nuestra jornada. De regreso a casa, tras el inquieto revolotear de los chiguacos y de las tórtolas en busca de comida, y entre risas y chistes, dijimos, «bueno, de para abajo las piedras ruedan» y celebramos que la jornada había sido buena. Yo les comenté que a pesar de que el día estuvo hermoso, sentí mucho frío. A eso de las 6 y 30 de la tarde llegué a la casa de mis padres.

Al entrar a la habitación donde descansaba mi madre, y después de pedirle la bendición, pasé a la cocina a tomarme un café con unas deliciosas arepas que había preparado mi hermana junto con mi pequeña hija de nueve años y mis dos sobrinos; me pareció tan delicioso ese café que hasta el día de hoy tengo ese sabor en mi boca. Al instante salí, pero antes, mi madre me dijo, «mijo, no se demore que tengo que conversar con usted urgente».

Eran como las siete de la noche y mientras caminaba por la calle polvorienta, sentí un viento helado que traspasó y recorrió mi cuerpo; no le presté mucha atención y pensé, el Sotará está con la ruana puesta, otra expresión que utilizamos los yanaconas de Rioblanco cuando la cumbre del volcán está cubierta de nieve.

Iba a casa de mi amiga Irma, punto de encuentro para conversar con los amigos, el sitio de la tertulia, de contar las anécdotas ocurridas en la jornada diaria, recordar a nuestros ancestros y vivir nuestra espiritualidad; allí hablábamos del guando, de la viuda, del alkurruna, del coco y hasta del Jukas<sup>4</sup>.

---

4 Espíritus que guían nuestro actuar.



Había caminado unos cincuenta metros cuando entre los matorrales que cercan la escuela del pueblo, chilló el pichón<sup>5</sup>. Pensé dentro de mí, solo falta que el cuscungo<sup>6</sup> le dé por cantar, pero tampoco le presté mucha atención.

En medio de la conversación con varios amigos no sé cómo pasaron tan rápido dos horas, entonces, recordé que mi mamá me esperaba y me despedí. En el camino pensaba, ¿qué será lo urgente que me quiere contar?

Llegué a eso de las 9 y 10 de la noche, entré, saludé de nuevo a mamá y ella me preguntó:

—¿Cómo le fue?

—Bien, estuve hablando con los amigos.

—Vaya coma que su hermana le guardó la comida.

—Mamá, ya comí, me dieron donde Irma.

—Ah bueno mijo, entonces venga y me carga un ratico, estoy cansada, a ver si así logro conciliar el sueño.

Entonces me acomodé en la cama y puse a mi madre sobre mis piernas, ella aprobó que estaba bien y de manera desprevenida, le pregunté:

—¿Qué era lo que me quería decir?

Después de un largo suspiro, me preguntó:

—¿Usted qué ha pensado?

—¿Sobre qué?

—¡En lo del estudio, en qué va a hacer con su vida!

Esas dos preguntas y los siguientes hechos que ocurrieron en aquella larga y fría noche me marcaron y aún retumban en mi cabeza todos los días. Desde entonces cada cosa que hago tengo

---

5 Gorrión.

6 Búho que según nuestra creencia, cuando aparece en el cementerio, pronostica la muerte de alguien.



que hacerla bien, tiene que ser de mi agrado y busco que mis acciones estén enfocadas en ayudar a los demás.

No entendía a qué se refería. Para ese momento yo ya llevaba un año de haber regresado a mi pueblo ancestral, luego de permanecer por fuera cerca de cinco años, así que no entendía su pregunta. Comenzando la década de los noventa, la violencia tocó la puerta de nuestro resguardo y al cruzarla, a la fuerza, nuestro territorio fue invadido por grupos armados ilegales, cultivos ilícitos, irrespeto a las autoridades y a nuestra cultura, desintegración social y comunitaria, fumigaciones y el doloroso asesinato de líderes amigos. A ello se sumaba la falta de tierra, una de las problemáticas más sentidas de nuestra comunidad. Estas situaciones me afectaron tanto que poco a poco me llevaron a tomar la decisión de abandonar mi territorio.

Decidí ubicarme en la vereda de San Antonio, inspección de Puerto Quinchana, municipio de San Agustín, en el departamento del Huila. A esta vereda la irriga el río Magdalena; desde allí comienza su serpenteo que luego atraviesa el territorio nacional. También la cruza el camino ancestral, que comunicaba el departamento del Cauca con el sur del Huila; camino empedrado por donde los indígenas yanaconas transitaban para comercializar o intercambiar con las comunidades del sur del Huila, productos como el maíz, la sal reina y la coca tostada para el mambeo<sup>7</sup>.

—¿Qué va a hacer con su vida? —recalcó mi madre.

Así fue como comenzamos la conversación sobre el estudio. Le contesté de manera enfática:

—Lo voy a aplazar o a lo mejor voy a desistir. Por otro lado, ya estoy viejo, eso de seguir estudiando no creo que sea la opción.

---

7 Masticar la hoja de coca tostada con piedra caliza, práctica ancestral indígena.

Le dije también que mi decisión era acompañarla, apoyarla en la recuperación de su enfermedad y buscar todos los medios para que se mejorara. Le manifesté que no la abandonaría, porque quería que siguiera con vida para tenerla más tiempo acompañando mi trasegar por este mundo.

Mamá sabía que me había presentado a la convocatoria de la Universidad Nacional de Colombia y que había logrado un cupo en la Facultad de Ciencias Humanas, programa de Historia. Ese proyecto de vida había nacido desde que estaba en la escuela de mi pueblo. Mi deseo era entrar, permanecer, graduarme de «La Nacho» y regresar a trabajar con mi gente, pero este sueño ya se había aplazado desde 1988 por falta de recursos económicos y otra vez parecía esfumarse.

La citación para comenzar a estudiar en la universidad de mis sueños estaba programada para el 19 de enero de 2004, pero justo en esos días los médicos le habían diagnosticado a mi madre un problema en el corazón. Dijeron que se le había atrofiado la válvula tricúspide, que según entendí es la que permite o regula el bombeo de la sangre en el corazón. Al no tenerla o al estar atrofiada, las posibilidades de vida eran muy pocas. Los médicos decían que solo la podría salvar una operación, pero que, además de ser muy costosa, no se podía hacer en Colombia.

Frente a qué iba a hacer con mi vida, le contesté, «tengo que ver por mi hija y tratar de rehacer mi vida, no puedo seguir viviendo en el miedo o corriendo de un lado para otro, quiero volver a trabajar donde estaba, las cosas pueden cambiar y creo que me puede ir mejor, la gente está esperando más de mí, no puedo volver a comenzar en otro lado».

Mi mamá no sabía mi historia, no con tantos detalles, así que esa noche le conté lo que me había pasado después de dejar Rio Blanco con mi pequeña hija Yinna y Mery, mi compañera en ese

entonces. Empecé contándole que a pesar del dolor e incertidumbre que significaba dejar todo atrás por las amenazas, el viaje había sido llevadero gracias a la niña. Mi hija iba al anca del caballo alazán que cargaba las pocas cosas que teníamos; ella disfrutaba del paisaje por el camino de herradura y no hacía sino hacer preguntas: ¿Qué es esto? ¿Qué es aquello? ¿Cómo se llama este lugar? El trayecto duró dos días en los que fui contestando a todas sus preguntas. Algunas veces, cuando estábamos cansados, le buscábamos cupo al caballo y nos montábamos los tres. Parecía carro de cacharrereros, las ollas colgadas por los lados y nosotros encima.

Le conté a mamá que al pasar por la laguna de La Magdalena, un lugar majestuoso y de mucho respeto, nos detuvimos a contemplar ese sitio sagrado y a dejar ofrendas, pedimos permiso para pasar y rogamos a la madre naturaleza y a los espíritus mayores para que todo nos saliera bien. Le enseñé a mi hija que lo que hacíamos era parte de nuestra espiritualidad y que nuestros taitas mayores nos lo habían enseñado para que le tuviéremos respeto a la naturaleza.

Mamá sabía que al llegar a San Antonio nos habíamos instalado en la finca de don Alvaro, el abuelo de mi hija. Su casa era muy grande y llamativa. Las paredes, el piso y el cielo raso eran de cedro negro y mestizo, resistente a la humedad; las barandas en cedro rosado le daban un color especial; su techo era en teja de zinc y tenía cinco habitaciones donde cabían hasta seis camas sencillas en cada una. La cocina era como otra casa, tenía cuatro metros de ancho por seis de largo y el piso era de madera; en ella había un fogón anclado en un cajón alto de madera relleno de tierra al que llaman ‘pisao’. Hacia un lado de la cocina, por fuera de esta, existía un caedizo o enramada en donde se prendía

el fogón para que se calentaran los cuyes<sup>8</sup> y los visitantes pudieran abrigarse alrededor del fuego.

Era la última casa que se encontraba del Huila hacia el Cauca y la primera del Cauca hacia el Huila, no había pierde, ahí llegaban todos los caminantes. En buenos tiempos era paso obligado de turistas nacionales y extranjeros que iban a conocer el Macizo y el lugar de nacimiento del río Magdalena.

Hubo un tiempo muy bueno en el que se trabajaba y se aprendía de todo en la finca, a las buenas o a las malas, desde herrar el caballo hasta ingeniárselas para suplir cualquier necesidad. En ese lugar mágico no se necesitaba dinero porque la madre tierra lo daba todo. Si se quería un buen filete de trucha, se podía encontrar en la despensa de los ríos Magdalena, Claro, Ovejeras, o en las quebradas de San Antonio o La Cuscunguera. Si se quería pollo, gallina o curí, sólo había que ir al patio o a la cocina de la casa. Cuando se acababan los fósforos o la panela, eso sí era un problema, pero en la mayoría de los casos se conseguían con los caminantes o paisanos que pasaban por el lugar y paraban en la casa a tomarse un tinto. Allí solo se necesitaba tener la «chulla pinta»<sup>9</sup> para ir al pueblo y esta podía durar toda la vida, pues solo se usaba cada quince o treinta días para bajar a San Agustín. Lo que eran las botas de caucho y el pantalón, se les daba uso hasta que no les cupiera un parche más.

Mamá seguía muy atenta a mi relato. Le confesé que al comienzo me había ido muy bien pese a las dificultades para adaptarme, especialmente al clima y a los zancudos, pero que lo había logrado. Le dije que había conocido gente maravillosa, que después de un mes de estar en la zona ya me visitaban y me daban

---

8 Roedor herbívoro propio de nuestra región que constituye uno de nuestros platos para ocasiones especiales.

9 Ropa destinada para ocasiones especiales.

la bienvenida. Decían que la vereda necesitaba gente y repoblarse, ya que por miedo muchos se habían ido de la región en la década de los ochenta, cuando empezaron a aparecer grupos armados en la zona, y de cincuenta familias que la habitaban, solo quedaban unas pocas que se alcanzaban a contar con los dedos de la mano.

Así empecé a narrarle a mi mamá todo lo ocurrido por allá; que en una de estas visitas me habían invitado a una reunión de la Junta de Acción Comunal, la que acepté con agrado y que el día de la reunión había salido muy temprano de la casa hacia la escuela de Piedritas, lugar del encuentro. El recorrido de más o menos hora y media fue un viaje tranquilo, acompañado por el chasquear de las herraduras, que se sentía en cada pisada del caballo por el suelo empedrado, el cantar de los pájaros, el revolotear de las pavas, el sonido del agua que entonaban riachuelos y quebradas, y que se confundía con un serpentear. El choque del agua contra las piedras del lecho del majestuoso río La Patria y el olor a montaña me trajeron una sensación de paz inimaginable que contrastaba con las muchas casas abandonadas que encontraba por el camino, entre esas la escuela, que otrora era el centro de aprendizaje y reunión de la comunidad.

La llegada a la escuela me impresionó. Los matorrales de chilka tapaban el establecimiento, eran más altos que la edificación y la casa de madera estaba en ruinas. Al contar esto a mi madre, dejó salir un suspiro como de dolor y luego dijo, «con su papá ayudamos a construir esa escuela y ayudamos a gestionar para que llegara la primera profesora a comienzos de los años setenta. Recuerdo que hacíamos fiestas, la música la colocábamos en una radiola con pilas y en la noche nuestra luz eran velas o lámparas de petróleo, en ese tiempo había mucha gente».

Yo seguí con mi narración y le conté que antes de entrar y aún en el camino, noté que apenas me vieron iniciaron los murmullos de quienes ya habían llegado. «Este es el nuevo vecino que vive donde el Palechor con una hija del viejo», alcancé a escuchar. Me bajé del caballo y saludé a todos de la mano. Estaban los Jiménez, los López Jiménez, los Narváez, los Palechores y los Paz Jiménez, había por lo menos unas quince personas. Les pregunté, «¿dónde nos vamos a reunir?», a lo que ellos contestaron prácticamente en coro, «estamos esperando al presidente de la junta para que nos preste la llave y mirar si podemos hacer la reunión». Pasó casi una hora y por fin llegó el señor presidente, abrió el único salón que existía y comenzó la reunión.

Empezamos presentándonos, me sentía como en mi pueblo, todos eran amables. Fui concreto y dije mi nombre, de dónde venía y quiénes eran mis padres. Cuando los presentes escucharon, dijeron, «es el hijo del Elvio y la Maruja, ellos ayudaron a construir esta escuela cuando vivieron acá, recordamos que hacíamos mingas y con ellos trajimos a la primera profesora».

En la época en que yo aparecí había que elegir nuevos dignatarios y los asistentes insistieron en que tenían que hacer elección de nueva junta. El presidente, que llevaba mucho tiempo en ese cargo, se molestó un poco, pero le tocó aceptar convocar a una nueva reunión. Mi mamá permanecía en silencio como conteniendo la respiración o a sabiendas de lo que seguía.

Llegó el día de la elección, asistieron unas cuarenta personas a la asamblea y como era costumbre, el presidente vitalicio llegó tarde. Ese día fui elegido presidente y se cambió la directiva. De inmediato programamos actividades, la primera fue hacer una minga para limpiar la escuela y hacerle algunos arreglos para tener un lugar agradable donde reunirnos. Sí, mi mamá parecía saber todo.

Después de algún tiempo empezamos a hablar del tema indígena, e indagando, me enteré de que todos éramos yanaconas. Los mayores habían llegado de los resguardos ancestrales en los tiempos de la violencia de la década del cincuenta en busca de refugio y se habían ubicado en la zona tratando de olvidar todo, ¡hasta de la importancia de mantener su cultura! Otros habían nacido en la región y no reconocían sus orígenes, decían de manera jocosa «la india es mi mamá, nosotros somos huilenses»

Después de tanto recalcar la importancia de ser indígena, con mucho orgullo le conté a mi mamá que se reconocieron como yanaconas y se empezaron a interesar por el tema; se hicieron capacitaciones, mingas de pensamiento, invitábamos a personas de otras veredas y finalmente se logró constituir el Cabildo Indígena Yanacona del Alto Magdalena.

Le detallé a mi madre que todo marchaba bien hasta que nuevamente aparecieron los grupos armados ilegales en la zona. Un día, casa por casa, nos citaron a una reunión a todos los de la vereda; se dieron a conocer como integrantes del XIII frente de las FARC de la columna Teófilo Forero. Desde ese momento decían que los jóvenes no podían irse para el Ejército y que teníamos que cumplir algunas normas, entre ellas no caminar en horas de la noche, no pescar y sembrar cultivos de pancoger<sup>10</sup>; si alguien llegaba a tomar lo ajeno, sería castigado, así como quien incumpliera las demás normas. En el peor de los casos decían que sería declarado objetivo militar.

Aunque era como si ya supiera, le seguí contando a mi mamá que de nuestra parte habíamos continuado con nuestras mingas

---

10 Así se denominan los cultivos que incluyen variedad de plantas propias de una región y suplen las necesidades alimenticias de una familia o una comunidad.

de labor comunitaria. Arreglábamos el camino, los puentes y seguíamos reuniéndonos para fortalecernos organizacional, cultural y participativamente, en especial con nuestra presencia en las reuniones que hacían las autoridades del pueblo yanacona en el Cauca.

Al comienzo todo parecía estar bien, cumplíamos las normas impuestas por el frente guerrillero e incluso hubo militantes que eran muy dados al trabajo comunitario y apoyaban el proceso que llevábamos como comunidad. Les manifestábamos siempre que nuestra organización era independiente y que no compartíamos la violencia como una forma de reclamar o restablecer los derechos.

Esa noche hablando con mamá me acordé de un joven que se hacía llamar James, quien me contó que se había incorporado a la guerrilla porque pensaba que desde allí podía hacer muchas cosas por la comunidad, pero que después de varios años se había dado cuenta de que esas ideas se estaban esfumando. También le conté de varios adolescentes que estudiaban en el colegio de la región, que habían ingresado al grupo armado, pese al ruego de sus madres para que no lo hicieran.

La historia se iba volviendo tensa, pero ya no quería parar de contársela a mi mamá. En la zona empezaron a aparecer muertos y se rumoraba que no habían cumplido las normas. Algunos se atrevían a decir, «algo debía». De estas muertes las que más me impactaron fueron las de dos compañeros integrantes de la Junta de Acción Comunal y del Cabildo. Una de ellas, la de «Barato», que al parecer lo asesinaron porque un hijo suyo se había ido para el Ejército y él no había querido irse de la zona; la otra, la de «Beto», quien fue encontrado muerto un Miércoles Santo, en plena montaña, en el camino que conduce de la vereda al pequeño centro poblado que queda a tres horas a caballo.



Yo no estaba en la vereda en ese momento, le aclaré a mi mamá. Estaba en el centro poblado tratando de pasar la Semana Santa en tranquilidad, pero a eso de las nueve de la mañana, y luego de haber viajado por tres horas, llegó la hermana del occiso y contó lo ocurrido. Como por allá el Estado no hacía presencia y mucho menos los órganos de investigación, me solicitó que como presidente de la junta hiciera el levantamiento. Lo pensé dos veces, había estado en varios levantamientos de cadáveres como perito, pero que me tocara realizarlo a mí... ¡Nunca!

Por tradición, en Semana Santa no podíamos montar a caballo, pero a una sola voz, los presentes dijimos, «nos tocó», así que cogimos las bestias y arrancamos para el lugar. Al llegar al sitio encontramos a «Beto». Yacía boca abajo y su hijo de apenas cinco años lloraba inconsolablemente a su lado; su tía había tenido que dejarlo allí para que cuidara su cuerpo mientras fue a avisarnos del crimen. Era una escena dantesca, así se la describí a mi mamá y aún hoy la sigo recordando igual, pero la gente decía, «así toca en la montaña»: la costumbre indica, que después de encontrar un muerto, alguien tiene que quedarse acompañándolo hasta que lleguen más personas, y en ese momento no hubo nadie más que el niño.

La violencia y la arremetida militar contra los grupos insurgentes en el Cauca se había acrecentado. Los pueblos indígenas en el marco de la defensa de nuestro territorio, impedíamos que los grupos, legales e ilegales, se asentaran en los resguardos, pero la guerrilla empezó a transitar de manera más continua por la zona esta terminó convirtiéndose en el corredor estratégico para ocultarse y trasladarse de una región a otra.

Estos hechos repercutieron en nuestro proceso, pues el grupo armado que vio en algún momento con buenos ojos a nuestra organización, pasaría a considerarla como una amenaza. Fue entonces cuando comenzó la persecución a nuestro cabildo. Nos

manifestaron que no podíamos reunirnos, ni hacer actividades, y finalmente, que teníamos que dejar de trabajar como organización indígena. Pese a las advertencias, nosotros insistimos en continuar. Fueron incontables las veces que me citaron a encuentros con los comandantes; siempre asistía acompañado, pero la zozobra era cada vez más fuerte, no sabíamos si regresaríamos a casa. Las advertencias siempre fueron las mismas: el comandante John desaseguraba su fusil y decía, «si ustedes siguen con esa joda, los vamos a matar y los que lideran serán los primeros», y continuaba, «los dichosos cabildos se fortalecen, después nos empiezan a decir que no podemos transitar por el territorio y ahí comienzan los problemas, nos toca matarlos».

Recuerdo que en una de esas citas nos presentaron a un indígena nasa que había ingresado a las filas del grupo armado, era un joven de unos 18 o 19 años. Este muchacho hablaba con rabia y en contra de la organización indígena, cosa que nos parecía absurda. Uno de sus comentarios fue, «las autoridades de los cabildos se creen mucho cuando están en el poder» y ponía por ejemplo que por estar en las filas de la guerrilla lo habían sacado del sistema de salud, además de castigarlo, y que por eso no permitiría que los indígenas se organizaran.

Le pregunté que él qué esperaba, ¿que las autoridades lo felicitaran por coger otras costumbres que no eran las de su pueblo y de paso desobedecer la autoridad?, y le puse un ejemplo, «cuando uno es mayor de edad y se va de la casa y no quiere obedecer a los padres, pues le toca afrontar». La advertencia estaba y fue clara, o desistíamos de la organización o nos mataban.

En otro encuentro con los alzados en armas, les decía que nos dejaran trabajar, que para los indígenas la organización como cabildo era la forma de luchar por el restablecimiento de nuestros derechos. Un guerrillero afrodescendiente, fornido, de una

estatura aproximada de un metro con noventa o más (o sería del miedo que tenía que lo veía tan alto), desasegurando nuevamente su fusil y apuntándolo hacia mí, replicó, «con esto es que se reclaman los derechos y no queremos saber de cabildos». Le contesté con voz firme, pero sintiendo que me temblaba todo el cuerpo, «ustedes tienen su forma de reclamar sus derechos, los indígenas tenemos otra, lo hacemos mediante ideas y propuestas».

Con asombro mamá me preguntó si eso lo había informado a los gobernadores del pueblo yanacona. Le conté que ellos tenían conocimiento y que en una asamblea general se los había manifestado, pero que justo ese día, todas las autoridades habían sido amenazadas por el Bloque Calima de las Autodefensas y les daban 48 horas para salir del país. Entonces mi denuncia no tuvo eco.

Le detallé también que el 1.º de noviembre de 2002 habíamos participado con la comunidad en el encuentro anual del pueblo yanacona, en el marco de la conmemoración de la desaparición de Dimas Onel, y que allí me había sentido apoyado por la comunidad, más no por las autoridades indígenas. Mamá seguía escuchándome con mucha atención. Creo que cuando empecé a narrarle los hechos ella advirtió que algo nada bueno me había ocurrido, pero a esas alturas ya no parecía saber qué venía con la historia.

Unos quince días después, a mediados de noviembre, iba por un camino apartado cuando de repente me encontré de nuevo a James, con quien se había gestado una medio amistad surgida de las mingas que hacíamos y en las cuales le gustaba participar. No olvido que luego de saludarme me dijo, «Luis, yo lo estimo mucho y sé de su valor, del trabajo que realiza y lo importante que es para su comunidad, pero le digo algo como amigo y frente a esto no puedo hacer nada: usted está en la lista de ‘Malicias’ y hay orden de matarlo». Esa fue la última vez que lo vi.

Llegó diciembre, pero esta vez no con su alegría y su parranda, como dice la canción, sino con inmensa nostalgia porque era hora de salir de la zona. Aún con la duda, tomé el camino ancestral para regresar al resguardo de Rioblanco. Justo cuando salía del territorio me encontré al comandante ‘Malicias’, iba por lo menos con cien hombres fuertemente armados. Recordé las palabras de James y pensé lo peor, que había llegado mi fin. En mi caballo llevaba una carga de panela, el tipo se me acercó y cuando la vio me pidió que le vendiera dos panelas y se las llevara monte arriba por el camino que yo iba, que allá me las pagaban. Por supuesto no podía decir que no. En el trayecto mi único pensamiento era: me van a matar. Al llegar al lugar indicado, quien me recibió la panela me conocía, se la entregué, me la pagó y me dejó continuar mi marcha. Pensé, hoy no era mi día, aún tengo mucho por hacer. Fueron tres días de viaje que duraron una eternidad. Solo cuando llegué de nuevo a mi resguardo ancestral, pude respirar tranquilo.

Al terminar de relatarle todo lo sucedido a mamá, le confesé que tenía el deseo y la esperanza de regresar al Huila para continuar con el proceso que había tenido que abandonar y que guardaba la ilusión de que la guerra algún día acabaría o por lo menos se minimizaría. Pero la conversación se tornó muy triste. Mamá me repitió, «¿qué va a hacer con lo del estudio?, ¿qué va a hacer con su vida? Yo al fin y al cabo me voy a morir» De inmediato le reclamé:

—No diga eso ni por chiste —pero ella replicó:

—Usted no puede estar pensando primero en los demás, si usted está bien, puede ayudar a los otros.

Le insistí en que no se iba a morir y que seguiría con nosotros. Además, le dije que cómo no iba a pensar en los demás, si eso era lo que ella me había enseñado, pero mi madre muy sabia

respondió:

—Claro que se lo he enseñado, pero uno debe estar bien para poder dar lo mejor, si una persona no sabe cómo cuidar su propia casa, tampoco podrá cuidar la de los demás.

Mi madre parecía estar feliz. Al parecer, esa era la conversación que por muchos años había esperado. Después de dos horas me hizo prometerle que el 19 de enero me iría para la universidad a sacar la carrera adelante y que haría todo lo posible por ser feliz y rehacer mi vida. Me recomendó que no volviera al Huila, que esa tierra no era para mí. La conversación la terminó diciéndome que no olvidara de dónde venía y que nos apoyáramos entre hermanos.

Después de esto me pidió un último favor, «mijo, caliente agua, tengo mucho frío, parece que ese volcán se ha puesto la ruana». Así lo hice. Calenté agua en una olla, la envolví en una cobija y se la puse cerca a los pies. En ese momento, 11 y 15 de la noche, entró mi sobrino a la habitación, mi madre lo saludó y nos dijo que la acompañáramos. Le ordenó a su nieto que la cargara un ratico en sus piernas mientras yo le hacía los masajes. A él le habló que se portara bien y a mí me recalcó que no olvidara lo que habíamos conversado. Insistió en que tenía mucho frío y dio el último suspiro. Mi madre murió a las 11 y 25 de la noche, del día 14 de enero de 2004.

Desde el 19 de enero de 2004 estoy en Bogotá y en la distancia recuerdo a mi amada tierra, allá está mi ombligo sembrado en el centro del fogón y es custodiado por tres tullpas<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Para saber más sobre las enseñanzas de mis padres, que cuando

niño llevaban a la chagra<sup>12</sup> a mochar lombrices<sup>13</sup>, a jugar con los tábanos que eran nuestros aviones, a chagriar<sup>14</sup> para que los gavilanes no se llevaran los pollos, a compartir, dar y recibir en las mingas, a respetar la autoridad, llevar en alto mi cultura y no avergonzarme de ella.

Hoy creo que he cumplido los mandatos de mi madre en su lecho de muerte: me gradué de trabajador social en «La Nacho», la universidad dejó de ser de un sueño para convertirse en realidad; reorganicé mi vida, trabajo en lo que me gusta con mi comunidad y no desistiré en regresar a mi tierra junto con muchos hermanos indígenas que, al igual que yo, tuvieron que salir del territorio y refugiarse en la ciudad. Sigo trabajando por la paz y el restablecimiento digno de los derechos de mi pueblo.

Nunca es tarde y sé que todavía puedo dar más. Mi lucha será hasta que me quede el último aliento de vida, y las enseñanzas que me dieron mis padres las transmito a mis hijos para la continuidad del ciclo y con la esperanza de que ellos sí puedan conocer la verdadera paz.

---

12 La huerta.

13 Trabajar la tierra.

14 Gritar.

Soy fuerza,  
que no sé de dónde ha salido,  
soy incertidumbre,  
porque aún no te encuentro hijo mío.  
Al principio me sentí vencida y derrotada,  
esperando un perdón que no llegaría.  
Aunque a veces me ahogue en llanto,  
callada no me quedaré,  
la herida es para siempre y hasta el último día lucharé



Duelo  
congelado  
en el tiempo

María Doris Tejada Castañeda





A las mamás que como yo luchan  
día a día para encontrar a sus  
hijos y devolverles la honra que  
un día les arrebataron.



- Recorrido de Óscar Morales Tejada
- Recorrido de Doris Tejada Castañeda



**Eran las 10 de la noche** del 16 de enero del 2008. Darío y yo ya estábamos durmiendo. Me despertó un escalofrío y un dolor fuerte en mi vientre, sentí que algo se me desprendía: en el sueño había un potrero inmenso, con unos árboles grandes y mucha, mucha, lluvia. Óscar estaba allí tirado en el suelo sangrando. Vi que la vida se le iba lentamente. También vi una piedra grande con un huequito en el centro donde el agua se depositaba. Era tan real el sueño que me desperté llorando y desperté a mi esposo para contarle lo que estaba soñando. «Mamita, no te pongas así -me dijo tiernamente- piensa que pronto vamos a saber de él. Brégate a dormir y mañana seguimos averiguando qué pasó». Yo me quedé quietica y me volví a dormir; seguí soñando con él, era muy real. Sé que me estaba transmitiendo su dolor, claro, como yo lo tuve en mi vientre, podía sentir lo que él sentía.

El 18 de diciembre del 2007 Óscar había comprado ropa, camisas, camisetas, bluyines, correas y otras cosas, y partió para Cúcuta. En ese viaje, visitó de paso a su hermano Carlos que vive en Ureña, en el estado de Táchira, en Venezuela; hacía rato que no lo veía y me había pedido su número de teléfono para llamarlo. El 21 de diciembre se encontraron, charlaron, compartieron unas cervezas y pactaron volverse a ver el 29 para viajar juntos a Fusagasugá, donde vivíamos y nos reuniríamos en familia para el fin de año. El día programado para el viaje Carlos lo esperó en el terminal de transporte hasta que salió el último bus, le marcó y le marcó al celular, pero Óscar no contestaba, entonces decidió viajar solo. A eso de las 9 o 10 de la mañana del 30 llegó a la casa. «¿Y Óscar?», le pregunté. «No madre, no llegó, pero tranquila, él llegará más tarde, o mañana, no se preocupe, él llegará».

Siempre nos reuníamos toda la familia, los compadres, nietos, nueras, yernos, en fin, todos. El 31, a las once de la noche, cuando

estábamos en los preparativos para la cena, sonó el celular: era mi Óscar. Sentí alegría al escuchar su voz, pero a la vez le dije que estaba preocupada por su ausencia. «Ay mijo, ¿qué pasó?, ¿dónde está?, ¿ya casi llega? Se le notaba muy triste, pedía a gritos que lo escuchara, «madre, no pude viajar, estoy en Cúcuta, la ropa la fíe y no me pagaron, por eso no pude viajar». «¿Estás tomado?» le pregunté. «No madre, muy triste por no haber podido viajar. No me he tomado ni una cerveza. Estoy por la calle de Cúcuta. Escúchame madre, te quiero mucho, perdóname si en algo te hice sufrir y te hice llorar. Te pido perdón si en algún momento he sido grosero contigo, perdóname. Mamita linda, recuerdo cuando tú decías, que siempre tenía que trabajar para ganarme el pan de cada día, que si no trabajaba no tenía derecho a comer. Le doy gracias a Dios por la madre más maravillosa del mundo. Gracias por enseñarme a ser una persona responsable, honrada, trabajadora, respetuosa y correcta. Luego me pidió su bendición y dijo: «Este es mi nuevo teléfono. Grabe el número. Le puse recarga para hablar harto con todos. Madre, yo voy en los primeros días de enero. Me pagan y me regreso. No pienso volver a este lugar, me llama». Y colgó, parecía afanado. Durante varios días intentamos comunicarnos con él. Le marcábamos al número del que nos había llamado, pero se iba a correo de voz. Seguro no había señal por esos lados, tendríamos que esperar a que él nos llamara. Le pedí a Dios que me lo cuidara.

Pasaron días, semanas y meses y nada, Óscar no aparecía, no había noticias de él. Lo pensaba a toda hora. «¿Dónde estás hijo mío?». Cada día la angustia era mayor. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué, no había señas de él ni de cómo buscarlo. Un día vi en la televisión que las Madres de Soacha estaban sacando los restos de sus hijos de una fosa común en Norte de Santander y trayéndolos ellas mismas en bolsas negras. Se sabía que habían

desaparecido y luego los encontraban muertos como si hubieran sido guerrilleros. Vi eso y sentí un escalofrío por todo el cuerpo, se me vinieron las lágrimas, me eché la bendición y pensé «tengo que buscar a mi Óscar». No me atrevía a poner una denuncia por su desaparición porque no confiaba, y sigo sin confiar, en las instituciones del Estado y porque siempre he guardado la esperanza de que Óscar aparezca; poner un denunció era, de alguna forma, resignarme a perderlo. Pero la angustia crecía, y aunque con mis propios medios y con la ayuda de mi familia lo empecé a buscar, me di cuenta de que no podía sola, que tenía que buscar apoyo. Entonces le rogué a mi hija que fuera y pusiera la denuncia a la Fiscalía en Fusagasugá. Ella me decía, «no mamá, tú lo puedes hacer», pero yo sabía que me iba a poner muy mal, entonces ella lo hizo, pero no sirvió de nada, nunca lo buscaron.

Después de un año de que mi hija pusiera la denuncia por desaparición, y el 13 de junio del 2011 decidí ir a la Fiscalía a preguntar si había alguna respuesta y fue muy grande mi sorpresa cuando me dijeron que nadie había ido a poner una denuncia, ni mi hija ni nadie más. Me pidieron en cambio que si él llegaba a aparecer, que fuéramos y avisáramos. Quería gritarle, pero logré calmarme y le dije a la funcionaria que si me podía ayudar a buscarlo, que me estaba volviendo loca, que ya había pasado mucho tiempo sin saber nada de él. Me respondió que sí, que le dejara los papeles, que en dos días lo localizaría. Me acuerdo que le dije, «Dios la oiga y Dios me la bendiga». Yo no me aguanté y fui al día siguiente; la misma persona me atendió y me dijo: «Doña Doris, ya lo encontramos». «¿Está vivo?», le pregunté; guardaba la esperanza de que me dijera que sí. «No, está muerto. Pertenecía a un grupo subversivo y participó en un enfrentamiento con el Ejército donde lo dieron de baja. Él está en una fosa común». Casi me muero, eso no podía ser verdad, mi hijo era un buen

muchacho, no le gustaba pelear con nadie, trataba de llevar las cosas bien. No sé de dónde saqué fuerzas y le pregunté, «¿dónde está su cuerpo, cómo hago para recuperarlo!». Ella solo me respondió, «yo le doy el número serial y no más, hasta aquí la ayudamos, no podemos hacer nada más por usted».

Salí de ese sitio tan mal que me caí y se me partió la mano izquierda; me tuvieron que hacer una cirugía y me pusieron un yeso, pero eso no me impidió que siguiera con la búsqueda. Me fui para Soacha a buscar a las mamitas que había visto en la televisión y allá comprendí que Óscar era también un mal llamado «falso positivo». Desde ese día me uní al colectivo Madres de Falsos Positivos de Soacha y Bogotá –MAFAPO– y empecé a caminar con ellas, es un camino muy largo. También entré al costurero de la memoria Kilómetros de Vida, hice un diplomado en derechos humanos, participo en talleres y trabajo por los desaparecidos, denunciando lo que está pasando en nuestro país, porque no es normal que nuestros hijos se pierdan y luego aparezcan muertos y enterrados en una fosa común como N. N.

Por esa época empecé a sufrir de vértigo. Aun hoy tengo constantes desequilibrios que me hacen sentir que todo a mi alrededor se mueve con rapidez y me mareo. Esto me ha obligado a llevar una vida más lenta, a mi ritmo. Recuerdo que el médico otorrino me dijo: «Doña Doris, usted no puede salir sola a la calle, no puede subir ni bajar escaleras. No puede caminar tan rápido, hágalo despacio. Usted tiene desequilibrio». Al escucharlo me sentí muy triste, mi vida iba a cambiar por completo y no iba a poder seguir luchando por mi hijo. Encima me recetaron un montón de pastillas; al principio me las tomaba todos los días, como lo indicaron, pero eran muy fuertes, me producían vómito y me sentía peor, así que dejé de tomarlas. Tuve entonces que manejar el desequilibrio de otra forma, sin dejar de hacer lo que

hacía antes, pero con calma, sin afanarme. Así logré sobrellevar los trastornos y me di cuenta de que podía seguir luchando.

Desde entonces no he dejado de moverme. Retomé mi labor con las madres de MAFAPO. Volví a construir memoria mediante el tejido y el bordado: a través de las telas cuento mi historia, denuncio lo que pasó y exijo una verdad. Pero también lo hago para honrar el nombre de mi hijo, para que la gente sepa quién era él realmente y que su nombre no quede en el olvido.

En este duro camino me he encontrado con gente que comparte conmigo el dolor de ser víctima de la guerra y que me han ayudado poco a poco a sanar. También he compartido con mujeres lideresas de la organización Ruta Pacífica de las Mujeres y con el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, —MOVICE—. Hacemos plantones en plazas y parques, mostramos las fotos de nuestros seres queridos, hablamos con la ciudadanía y contamos nuestra historia. Nuestra consigna es: «¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos. A los desaparecidos que nos los devuelvan!».

Otro modo que he tenido de rendirle homenaje a mi hijo es llevándolo para siempre en la piel: hace unos años, la representante de MAFAPO, nos contó que con motivo de la conmemoración de los siete años del asesinato de los jóvenes perpetuado por el Ejército, unas personas querían ayudar y aportar, y su propuesta era hacer un tatuaje alusivo a la memoria de nuestros hijos y familiares. Sin dudarle un momento, mi respuesta fue no, ¡cómo me iba a hacer algo así! Les dije que conmigo no contarán, pero me pidieron que lo pensara mejor y les avisara. Le conté a mi esposo y a mis hijos, y también sin dudarle, me aconsejaron que no lo hiciera; me dijeron que a mi edad era peligroso, que eso daba cáncer, que era malo. Pero yo cada vez lo pensaba más y cada vez me gustaba más la idea de un tatuaje para recodar a mi hijo. El otro problema era que yo quería tatuarme la cara de Óscar y me



habían dicho que rostros no hacían. Así que dejé ahí el tema, solo estaba dispuesta a tatuarme si era su cara.

En ese tiempo, por el trabajo de Darío, vivíamos en Girardot. Un lunes, me acuerdo muy bien que fue un lunes, me llamaron y me dijeron: «Doris, te tengo buenas noticias, sí te podemos hacer el rostro de tu hijo, ven mañana mismo al estudio y lo hacemos». No le conté a nadie de mi familia y al otro día me fui para Bogotá. El tatuaje sería abajo del hombro, en el brazo derecho. El trabajo comenzó a las cuatro de la tarde y terminó a las nueve de la noche. Esas cinco horas fueron de mucho dolor, porque duele, claro que duele, y bastante. En un momento me dio la pálida y tuve que pedir una pausa. Cuando acabaron de hacer el tatuaje y lo vi, me sentí muy feliz. Se parecía mucho a Óscar, era como ver una foto. Desde entonces, mi hijo no está solamente en mi corazón y en mi mente, también lo tengo tatuado para siempre en mi piel. Es una forma de sobrellevar su ausencia.

Darío me ha ayudado mucho en la búsqueda: hicimos un acuerdo y es que mientras yo busco a nuestro hijo, averiguo qué pasó y consigo que se haga justicia, él se encarga de los oficios de la casa: cocina, lava la loza y arregla la ropa. Ha sido mi gran apoyo durante todo este tiempo de incertidumbre y angustia. Yo lo quiero mucho, es mi amigo, mi confidente, mi paño de lágrimas, mi viejito lindo.

En el 2014 se hizo una peregrinación al Copey, Cesar, en donde fue asesinado y está sepultado mi hijo Óscar, junto con otros jóvenes, entre ellos Germán Leal Pérez y Octavio David Bilbao, y puede haber como 60 jóvenes más. Fui acompañada por un grupo de personas del Centro Nacional de Memoria Histórica, de MOVICE y de otras organizaciones que colaboraron para que fuera posible. Éramos en total unas 40 personas. Cuando llegamos, me sorprendió ver la misma piedra de mi sueño con un

huequito en la mitad y agua adentro. Con eso confirmé que la noche de mi sueño y en ese lugar, asesinaron a mi hijo. Allí cantamos, oramos y rendimos homenaje a los jóvenes; yo lloré mucho. En un momento, como a las 5 y 30 de la tarde, miré al cielo y vi un arco iris hermoso. Para mí, fue otra señal de que allí está mi hijo y que pronto, si sigo luchando, lo voy a encontrar. Yo lo empecé a llamar, grité duro su nombre y en las nubes se me apareció su rostro, era él sonriendo, lo veía con claridad. Me sentía tan feliz de verlo que le conté a algunas personas a mi lado, quienes asombradas me dijeron, «sí, sí, Doris, pero mejor vámonos que ya es tarde». Yo sabía que no me creían. Entonces empecé a dudar de mí misma, pensé que podía ser una alucinación, así que volví a mirar y allí estaba Óscar, sonriendo otra vez, mandándome fuerza. Yo lo vi.

La Fiscalía dijo que iba a sacar de esa fosa común tres cuerpos para analizarlos. El 13 de diciembre de 2017 fue la primera exhumación. Yo no pude ir porque tenía que hacerme una resonancia magnética. Ese día sacaron un cuerpo, que en este momento están analizando y estudiando para determinar su identidad. El 4 de mayo de 2018 sacaron un segundo cuerpo y esa vez sí pude ir, fui con Darío. Para mí fue muy duro estar allí, me atacó el desequilibrio, me mareé y tuve que retirarme del lugar. Es muy difícil llevar este dolor, pues por más de que a veces siento que estoy sanando, la herida me acompañará el resto de mi vida. Además, los procesos judiciales se demoran tanto que a veces parece que la lucha es en vano, pero debo llenarme de valor y de fuerza. En el 2019 sacarán un tercer cuerpo y según dice la Fiscalía, darán los resultados.

Tengo fe de que los dos cuerpos que ya se sacaron y el que aún falta por exhumar sean los que estamos buscando. Dios quiera que uno de ellos sea Óscar, porque voy a enloquecer. Tengo la necesidad de darle cristiana sepultura. Solo así podré cerrar mi duelo.

Soy el fruto de la vida  
con amores, desamores,  
carcajadas y dolores.

En momentos de amarguras,  
penumbras y sinsabores,  
mi familia es mi apoyo,  
mi fuerza y mi alegría.

Dios es mi soporte  
para luchar cada día.



Retratos  
de una familia  
marcada por  
el conflicto

Luz Mary Torres de Gómez



La vida ha sido cruel  
con el caminar de nuestra familia.  
Los recuerdos con el mismo amor  
con el que mis padres y abuelos me  
contaron sus historias,  
como las de tantas y tantas familias,  
marcadas por décadas de violencia  
en este país.

Soy parte de ustedes.





**Pertenezco a una familia que** ha vivido el conflicto armado desde hace cien años. Aquí comparto solo unas de las historias, tal vez las más tristes.

### *Ausencia sin respuesta*

24 de junio de 2018, día del Padre. Como es habitual desde que me conozco, estaremos reunidos en familia, pero no hay padre para celebrar. Vendrán a almorzar todos los miembros de la familia Torres, hermanos con sus esposas, hijos con sus esposos y nietos. Incluso tenemos unos invitados especiales, nuestros primos Frank, y Franklin con su novia; ellos vivían en Venezuela, se vinieron por la crisis y apenas los venimos a conocer. Es mucha la familia nuestra que vive en el vecino país. Son las 12 y 30 y empiezan a llegar. Todo está listo para ver el partido de nuestra selección Colombia y preparar un buen sancocho.

En medio de gritos y algarabía transcurrió el partido. Para nuestra alegría ganamos contra Polonia, estábamos felices compartiendo en familia, eso era lo importante. Hacia las 3 de la tarde almorzamos. El día pasa despacio entre charlas, historias y risas. Quizás hoy sea diferente, pero no, hacia las 9 de la noche el trago cumple con su función. Yo no sabía qué sucedía, Franklin estaba cantando y de pronto todo quedó en silencio, pregunté qué pasaba y mi primo me mostró con un gesto lo que a mi espalda ocurría: todos estaban llorando por la ausencia de un padre en el Día del Padre. Entonces me paré y empecé a abrazarlos uno a uno con voz de consuelo, cuando yo también estaba en las mismas, con ese dolor que nunca lograremos sacar de nuestros corazones y esa mezcla de angustia, impotencia e incertidumbre que nos seguirá acompañando todos los días de nuestras vidas, porque después de seis años y medio no sabemos qué pasó. ¿Dónde está?



¿Está vivo? ¿Muerto? ¿Fue un falso positivo? ¿Estará vagando por ahí? Así se diluyó, como casi siempre, la alegría de nuestra celebración familiar.

Ahora sé que mientras no sepamos qué pasó, esa tristeza siempre estará rondando nuestras reuniones familiares, porque aunque queramos negarlo o evadirlo, todos sentimos ese gran vacío que dejó Gonzalo. Y parece que no tiene remedio, las autoridades encargadas de investigar estos casos ya cerraron el proceso.

A veces es como si el tiempo no hubiera pasado y estuviéramos en los festejos de Navidad de 2011 cuando no volvimos a saber de él. Era el 23 de diciembre, día de comprar los regalos, el mercado para la cena de Navidad y las cosas para el asado del 25. Todo iba bien, pero eran ya las 4 de la tarde y Gonzalo no aparecía a la cita, ni contestaba el teléfono. Él y yo estábamos separados, pero las fiestas siempre eran con su mamá y hermanos. Echamos cábalas sobre su paradero tratando de tranquilizarnos: que se fue para el campo con unos compadres y no pudo comunicarse, que esto y aquello. Así nos quedamos durante los ocho primeros días, seguros de que para el 31 llegaría. Espere, espere y espere. No llegó el 31 de diciembre, ni el 1.º de enero. «Fulanito, llámelo, ¿por qué será que no llega?». «No contesta, sigue en buzón».

De ahí en adelante todo se nubló. Apareció el llanto, la amargura. Preguntamos en muchos lugares, organizamos cuadrillas de búsqueda en carros, fuimos pueblo por pueblo, a las clínicas, a los hospitales, hasta fuimos a Medicina Legal y a la Fiscalía, donde nos dijeron que lo buscáramos vivo, que ellos lo buscaban muerto.

Luego de averiguar por todo lado sin encontrar nada, volvimos a nuestras vidas cotidianas, yo a mi trabajo después de un mes que me dieron de licencia, los niños a estudiar y todos los demás a sus labores. Siempre que teníamos la oportunidad, sa-

líamos a los pueblos, hasta que nos dimos cuenta de que era en vano. Pero yo lo sigo viendo en todas partes, en la flota, en el Transmilenio, en el pobre, en el limosnero, en el que pasa junto a mí en la calle. Esto es muy cruel.

### *La horfandad de mi mami*

15 de abril de 1932. En casa de mis abuelos en Vélez, Santander, nace una hermosa niña a quien llaman Eva María Torres Camacho, y aunque eran muchos, doce de padre y madre, y 24 sumando los del abuelo con su primera esposa, fue recibida con amor por todos, seguro por lo linda. Era mi madre. Pero la felicidad no duró mucho tiempo, pues la guerra entre liberales y godos estaba declarada y se fue agravando en las fiestas decembrinas llevándose su primera víctima en nuestra familia. Afuera de la casa se armó una balacera tan tremenda que la señora Leonor, mi abuela, se murió de un infarto mientras le daba de comer leche a Evita que tenía nueve meses y quedó prendida de la teta toda la noche cuando ya su mamá había fallecido. Ahí empezó su calvario; cuentan que todos en la casa lloraban, niños grandes y chiquitos corrían, gritaban, era el caos completo.

El abuelo Adán se refugió en el alcohol y no les prestaba atención a los hijos. Muy pronto los mayores tuvieron que salir de la vereda amenazados por los godos y se fueron para Venezuela. Los otros quedaron ahí, pasando de mano en mano en las fincas vecinas entre familiares y conocidos. Andaban al garete, de un lado para otro: que si van a coger café, que vengan; que si van a cuidar los marranos, que vaya fulanito con la labaza; que hay que recoger los terneros temprano, vayan sutanitos a hacerles el encierro.

Mi mamá creció sin horizonte, sin una guía, sin un hogar estable. Por el año 1944 un señor, que nadie sabe quién fue, ni cuál era su nombre, creo que era un ángel caído del cielo, al ver

el peligro que corría la niña que para entonces tenía 12 años, se la trajo a Bogotá y la internó en un colegio de monjas. Fue de allí de donde mi papá, que manejaba una ruta escolar, se la robó y se la llevó a la casa de mis abuelos cuando tenía 16 años; dicen que seguía siendo muy linda. En ese tiempo mi mamá no tenía contacto con nadie de su familia.

Ellos sí sufrieron la violencia. Cuentan mis tíos que la vida se volvió insoportable en esa región de los Santanderes. La chusma amenazaba con ratones muertos colgados en las puertas de las casas, mandaban sufragios y sacaban panfletos. Con eso lograban que los campesinos abandonaran sus tierras, igual como sucede ahora, nada ha cambiado. Y eso le pasó a mi abuelo. Dos veces lo sacaron de su tierra, la última vez lo alcanzó la muerte.

### *Glorita quedó sin mamá y sin papá*

Contaba mi mamá que la familia se dio cuenta de que algo había pasado en la casa del tío Ángel María porque llevaban días sin ver salir el humo de la estufa, hasta que fueron a ver y se encontraron con una escena muy triste: mi prima Glorita de unos seis meses lloraba a moco tendido en su cuna y en la cama de al lado el tío yacía muerto con balas en el cuerpo. Todo indicaba que lo habían matado mientras dormía. Lo raro es que la mamá de la niña no aparecía por ningún lado, y nunca apareció por más esfuerzos que hicieron por buscarla. Cuando mi prima creció se empeñó en buscar a su mamá para conocerla, pagó detective, puso avisos en emisoras, periódicos, pero nunca se supo de ella.

Le va a pasar a Gloria lo que nos pasa a nosotros, nos vamos a morir sin señales de que aparezcan nuestros seres queridos.

### *La tragedia del tío Luis*

Cuentan que a la finca de los abuelos llegaron unos hombres y sin mediar palabra mataron a la mamá de mi tío que tenía apenas 8 años. Él y mi abuelo Adán Torres lograron escaparse y esconderse en una cueva que construyeron rasguñando como topos debajo de una piedra. Durante más de dos meses estuvieron refugiados ahí sin abrigo y sin comida; vivían de las frutas que encontraban en los alrededores, pero de nada valió el sacrificio pues sus días estaban contados.

Un día escucharon un tiroteo, mi tío se abrazó a su papá y de pronto sintió que él se desgonzó. Pensando que estaba desmayado, salió corriendo a buscar ayuda, hasta que varios días después encontró a una tía, hermana de su mamá, y la llevó al refugio, pero mi abuelo había sufrido un paro cardíaco fulminante. Las autoridades dijeron que llevaba tres días de muerto. Nuevamente la historia se repite y el niño de 8 años queda huérfano de padre y madre en pocos días. Esto ocurrió en Cimitarra, Santander.

### *La historia de mi hermano Ricardo*

El 22 de mayo de 1961 nació un hermoso niño de ojos café oscuro, cabellos rizados y de carácter fuerte, eso lo sabríamos con el tiempo. Era una mañana fría, nuevamente mi madre estaba con otro hijo sin padre para alimentar, porque «cada hijo nace con el pan debajo del brazo», eso fue lo que aprendió con sus hermanos que llegaron a ser 28 y con las monjas donde estudió. No podría ser de otra forma.

Del padre de Ricardo, que se llamaba Alfonso Bojacá, solo se sabía que era músico y un moreno muy alegre. Mi hermano era el hijo de una aventura más de su vida alocada. Para esa época mis hermanos y yo vivíamos con mi abuela paterna, mi madre nos había abandonado cuando se dio cuenta de que el padre de

sus cuatro hijos, mi papá, se había casado con otra mujer y ella pensó castigarlo, pero los castigados siempre fuimos nosotros sus hijos, Aidée, Pablo y yo, de 7, 5 y 3 años; en su carrera alocada solo se llevó a Consuelo que tenía 6 meses. Cuatro años después de dejarnos vino a visitarnos con otro hijo más, con Ricardo.

Ese niño era muy lindo, era moreno, crespito, tenía dientes blancos y una sonrisa amplia, rebuscador desde chiquito. Ricardo rondaba los 9 años cuando un día desapareció, lo buscamos por todas partes, con la Policía, los familiares y amigos, pero el niño nada que aparecía, no había rastro alguno. Pasaron veinte días cuando llegó un primo, Enrique Peña Torres, de Chipatá, Santander, a contarle a mi mamá que en la emisora la Voz del Río Suárez habían pasado un aviso que decía que un hijo de María Eva Torres estaba perdido y decía tener familia en Santander. Mi mami inmediatamente armó viaje para traer al niño, pero para su sorpresa, el coronel de la Policía le había cogido tanto cariño que no se lo quería entregar, quería que se lo regalara, pero ella moría por él y se lo trajo.

El destino de Ricardo no era con nosotros. Creció y se fue a vivir a la finca de un tío en Cartagena del Chairá. Siempre se rodeó de gente problemática, jugadores, parranderos y gente del bajo mundo. Dicen que un día, antes de las fiestas decembrinas del 2001, cerca de la finca de mi tío, fue reclutado por la guerrilla junto con dos amigos.

Nosotros sufrimos la pérdida de un hermano y mi tío quedó con un gran vacío, ya que Ricardo era su más grande compañía, su sobrino favorito, quien le sirvió de guía y a quien confiaba el cuidado de sus hijas. Pero no solo eso, él y sus amigos le ayudaban con el trabajo, pues mi tío ya era muy mayor para desempeñar las labores de la finca. Desde entonces no se supo más de él, aunque se puso la denuncia en la Fiscalía.

*El día que las balas pasaron frente a mi casa*

El 29 de noviembre de 1982, no recuerdo exactamente la hora, pasamos con mi familia un momento de infinito terror. En ese entonces vivíamos en una casa que quedaba al frente del parque Santander en Chía. Los niños y algunos adultos estaban en el garaje que daba hacia la calle, los más pequeños jugaban mientras los grandes los supervisaban y conversaban. Justo en el momento en el que yo atravesé la puerta, un sórdido sonido que se asemejaba a varias explosiones nos dejó aturridos. Al principio pensamos que podía ser pólvora, pues era frecuente el uso de fuegos pirotécnicos para cualquier celebración, pero esos estallidos sonaban distinto. De pronto empezamos a oír los gritos de muchas personas y entonces supimos que se trataba de una balacera.

Todos corrimos a resguardarnos en la casa. No sé por qué, debió ser por el pánico y la adrenalina que produce el miedo, a mí lo único que se me ocurrió para cuidar a mi familia fue cargar uno de los bultos de cemento que había en la sala debido a unos arreglos que estábamos haciendo, y ponerlo en la puerta para trancarla. El peso era enorme, pero pude.

Alguno de nosotros dio la orden de que nos acostáramos en el piso al lado de los muebles y que los adultos tratáramos de proteger a los niños con nuestro cuerpo. Cuando se dejaron de escuchar las balas y los gritos, y la calma parecía haber regresado al pueblo, salí a la calle. Al igual que yo, la gente empezó a salir de sus casas con cara de terror y algo de sigilo. Fue entonces cuando supimos que el M-19 había atracado el Banco de Bogotá y que en medio de las balas que intercambiaron con agentes de la fuerza pública habían muerto civiles y miembros del grupo insurgente. Ahí sí la angustia se apoderó de mí, jamás había llegado a pensar que algo así pudiera pasar en Chía y menos al frente a mi casa. A todos nos ha tocado un pedacito de esta guerra.

¡Soy bendecida! ¡Soy mujer!

De manos cálidas para acariciar,

de mente abierta para aprender.

De ojos expresivos para conversar,

de hombros firmes para apoyar.

De brazos fuertes para abrazar y pies ágiles para bailar.

Disfruto cada instante con amor y novedad.

Creo en la bondad, el amor y la felicidad.

Confiar, sembrar y dejarse llevar,

es el mensaje que quiero regalar.



*¡Opté  
por la  
vida!*

*Martha Luz Amorocho Mikan*

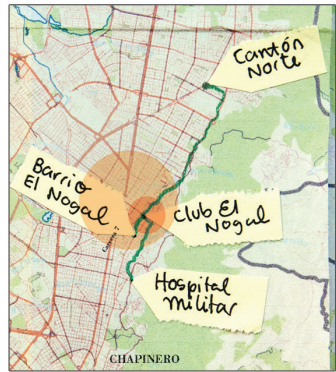




¡Opté por la vida!

125





**Miedo... evasión.**

**Negación... esperanza.**

**Incertidumbre... certeza.**

**Vacío... seguridad.**

**Abandono... amor.**

**Soledad... amparo.**

**Angustia... fe.**

**Tristeza... regocijo.**

**Dolor... amor.**

¡Qué frío hace! Va a comenzar el «pico y placa» y no voy a alcanzar a llegar al apartamento. Como todos los viernes, mi esposo Francisco, a quien le decimos Paquito, nuestros hijos Juan Carlos de 22 años y Alejandro de 20, y yo, saldremos a comer. ¡Alcancé! Paquito y Alex también llegaron de la oficina. Juanka avisa que está en el Club El Nogal, con su novia en clase de ajedrez. Lo esperamos viendo una película; no recuerdo cuál era, seguramente de acción, que era de las que nos gustaban en ese entonces. Nos acobijamos los tres en la cama y con la usual y permanente tomadera de pelo de Alex intentamos seguir la trama.

Cuando está terminando, Juanka vuelve a llamar y propone encontrarnos en el club, que nos queda muy cerca, para comer y acompañarlo luego a llevar a la niña a su casa. Paquito y yo no nos animamos, pero Alejandro salta de la cama, nos levanta las cobijas simulando un acto de magia y diciendo, «los voy a desaparecer y con ustedes, yo», sale del cuarto como si fuera un bailarín de ballet. Yo le sigo sus bromas y con un tono burlesco prestado de la vieja película Mommie Dearest que nos encantaba le digo, «no te demores hijito querido».

Pasan apenas unos minutos cuando oímos un ruido; a mí se me parece al que produce un talego de papel al estallar. «¿Qué sería?», pregunta Paquito. Me acerco a la ventana, levanto las cortinas, miro hacia el club y ¡no veo nada! Paso a la habitación de ellos, luego al estudio, me acerco a las ventanas y ¡sigo sin ver nada! Vuelvo a nuestra habitación, me comunico con el portero, quien responde, «una bomba en El Nogal señora Martica». ¡Y yo no había visto nada! ¡Y el ruido que escuché no era el de una bomba! Hoy, todavía, padezco molestias en la escucha y la visión. Quedo como anestesiada y solo repito: una bomba en el club.

En menos de nada estamos en la esquina de la calle 77 con carrera 7ª. Las calles están cerradas. La gente se aglomera. Del club bajan personas corriendo y gritando muy asustadas. Algunas heridas levemente, otras que estaban en las zonas húmedas corren medio desnudas, cubiertas apenas con toallas. Reconocemos a alguien y le preguntamos si sabe algo de Alex y Juanka. Nos dice que estaban en el baño turco y que deben salir pronto. Sabíamos que no podía ser cierto, pues ni estaban en ese sitio ni tampoco juntos, pero les creímos. ¿Miedo? ¿Evasión?

Estaba aturdida. En medio de tanta confusión y mientras insistíamos en comunicarnos con ellos a sus celulares, escuché a un joven decir, «¡huele a político corrupto chamuscado!». ¿A qué se refería? ¿Qué teníamos nosotros que ver con la política? Logramos atravesar la 7ª y acercarnos a la entrada del club por la carrera 5ª. Todo era negro, como la boca de una cueva, salía humo y la zona estaba cercada. Sacaban heridos en camillas, pero nosotros no miramos. No se nos ocurrió pensar que nuestros hijos estuvieran entre ellos. ¿Negación? ¿Esperanza?

Nos pidieron retirarnos para que los socorristas y los expertos pudieran continuar con el rescate: el edificio y toda la manzana peligraban. Tomados de la mano, volvimos al apartamento con la



esperanza de que se comunicaran. El mundo ya se había enterado del atentado perpetrado contra el Club El Nogal ese viernes 7 de febrero de 2003. Y nuestros hijos ¿dónde estaban?

Pasadas las 9 y 30 de la noche, comenzaron a aparecer los ángeles, esas personas que Dios pone en nuestro camino y que nos amparan, son compañía, piensan por nosotros y nos ayudan a sostenernos en pie. Estaban en nuestro apartamento mi mami, mis hermanos, unos primos, el hermano de Paquito y algunos amigos. El teléfono no dejaba de sonar, todo el mundo llamaba a preguntar si nos había pasado algo, cómo estábamos y en qué podían ayudar. Inmediatamente se organizaron en brigadas para buscar a nuestros hijos en las clínicas y hospitales a donde habían trasladado a los heridos. Nadie daba razón de ellos. Me angustiaba pensar que nuestros hijos estuvieran atrapados entre los escombros, los imaginaba abrazados y protegiéndose uno al otro como solían hacer desde pequeños. Las horas pasaban sin noticia alguna y la angustia crecía. Hacia las 3 y 30 de la mañana del sábado y sin tener ninguna información todavía, hicimos la cuarta ronda, volvimos al Hospital Militar, nos dieron de nuevo los nombres de cinco heridos y nos repitieron que el sexto era un N. N. de 42 años. Definitivamente no estaban allí.

Entre el desconsuelo y la esperanza, regresamos al apartamento; tratamos de dormir para descansar un poco y esperar el amanecer. En el club dijeron que todos habían sido evacuados, que no quedaba nadie. ¿Dónde están? ¿A dónde ir entonces? ¿A quién preguntar? Tenemos amigos y familiares en los medios de comunicación y todos estaban pendientes, pero nadie lograba saber nada. Por fin, sobre las 8 de la mañana del sábado llama Alcira, la asistente de mi esposo y le dice, «Ingeniero, encontramos a Juan Carlos, está en el Hospital Militar, golpeadito pero está vivo. Seguimos buscando a Alejandro». Como si fuera uno de

los trucos de Alex, justo en el instante en el que salíamos para el hospital, aparece nuestro amigo Eduardo que es médico y vive en Villavicencio; está en Bogotá por un congreso y al enterarse de lo acontecido madrugó a acompañarnos.

Al llegar nos encontramos con que el N. N. de 42 años, era nuestro Juanka. En el momento de la explosión estaba en la cafetería que colapsó; se había desplomado un piso y como si fuera poco una viga le había caído encima. Era tal su estado, que se confundieron al establecer su edad. Se encontraba en coma profundo. Al entrar a la unidad de cuidados intensivos y verlo lleno de heridas y mangueras, me devolví y le pregunté a nuestro amigo, mirándolo a los ojos, «Eduardo ¿cómo está?». «Martica, está estable. Están haciendo todo lo que hay que hacer». Su respuesta y el tono de voz me dieron la tranquilidad que necesitaba para sentir que Juanka estaba en buenas manos y seguir con la búsqueda de Alejandro.

Hoy sé lo que significa «estable» y también que podría haber seguido estable por el resto de sus días, o que habríamos tenido que decidir desconectarlo. Volví al cubículo de Juanka y como pude, me metí por detrás de la cama hasta encontrar la forma de darle un beso en un rinconcito de la frente diciéndole, «hijo, haz todo lo que te digan porque vas a estar bien; vamos con tu papi a buscar a tu hermanito». Cuando bajábamos al parqueadero nos avisaron que nuestro Alex estaba en la lista de fallecidos. Sin mirarnos, nos tomamos de la mano y emprendimos el camino al club donde se suponía lo encontraríamos. Había que reconocerlo. Sin embargo, allí nos dijeron que a donde tocaba ir era a Medicina Legal. Nuestros hermanos hicieron esa dura tarea. Nunca sabré si hubiese sido mejor verlo y poder darle un abrazo de despedida.

Iba de la funeraria al hospital, del cementerio a cuidados intensivos como una zombi. Pero Juanka estaba vivo y nos nece-

sitaba: no eran tiempos de pensar, ni siquiera estaba en capacidad de hacerlo. Entré como en un profundo letargo, me sentía abrumada, flotando en el vacío. Ver a mi esposo consumido por el dolor y la amargura, me derrumbaba aún más y sin embargo, habitaba en mí la certeza que da la fe. La necesidad de sacar a mi familia a flote me alentaba y me daba una fuerza inusitada. Además, los ángeles me acompañaban. ¿Qué hubiera hecho si Dios no pone a mi prima María Eugenia a cuidarnos en cada instante de la hospitalización? Todo estaba en orden y fluía gracias a su hacer amoroso y silencioso. La familia y los amigos nos cuidaban y nos acompañaban. Chucho y Luz nos llevaban y traían. Yo seguía suspendida en el vacío de la incertidumbre, la impotencia y la esperanza. Sí, la esperanza: soy una mujer de fe y siempre confío. ¿Vacío? ¿Seguridad?

Nuestro hijo salió del coma a los trece días. La imagen que teníamos de alguien en coma la habíamos visto en las películas, jamás habíamos tenido cerca a una persona en ese estado. ¡Qué distinto! Permaneció mes y medio en el hospital y cuando salió su situación de invalidez era casi total, como la de un bebé. Paquito no quería comer ni recibir a nadie; aún hoy no logramos empatar con todos los roles de antes. Solté la casa y el trabajo, solo acompañaba a Juanka en sus tratamientos y terapias aprendiendo mucho del doctor Durán, uno de los neurólogos, y de Neidy, la enfermera. Tuve la gracia de aprovechar las enseñanzas de cada médico, cada terapeuta, cada persona que Dios ponía en mi camino y hoy sigo agradecida con Él, con la vida y con cada uno de los amigos del alma que dijeron o hicieron algo de lo que yo me valí para ascender otro escalón. ¡Cómo los recuerdo y cuánto les agradezco! También por ellos pude entender que la vida de mi hijo no me pertenecía, que yo no era la única persona que existía para él y que entre todos lo ayudaríamos mejor



a recuperarse y a vivir su nueva vida. ¡Nunca más tendría a su compinche, su cómplice, su amigo, su socio, su compañero! Ya no tenía con quién tocar guitarra, con quién practicar fútbol, con quién planear ni aterrizar sueños y proyectos. Sin embargo, la vida continuaba y él se reinventaba con lo que su hermanito, así le decía, le había venido a enseñar.

Al volver del Hospital Militar, la ausencia de Alejandro, de su alegría, de sus trucos y también de su geniecito, porque no era un santo, se conjugaba con la profunda tristeza de Paquito y el estado plano en el que nos encontrábamos Juan Carlos y yo. El silencio hería. No había emoción alguna. Se acabó la música, terminaron las bromas, las risas no volvieron a escucharse. Se acabó la magia. Entró el silencio y nos limitamos a vivir un día a la vez. Sin embargo, en medio de tanta urgencia y dolor, sabía que saldríamos adelante.

Por fe entendí que la hora de Alex había llegado y dediqué todo mi tiempo, mis fuerzas, mi día a día, a acompañar a Juanka en su proceso de recuperación y a reconstruir nuestra familia. Recuerdo cuando el doctor Durán me decía, «Martica, Juan Carlos no va a ser el mismo. Puede ser mejor o peor, pero nunca el mismo». Él se refería a su físico y a su mente. No se sabía si quiera si volvería a caminar. No se sabía qué iba a pasar ni cómo. Y yo llena de confianza en Dios y su misericordia, no entendía esa alerta. Mi real angustia era que se volviera rencoroso, amargado, que se dejara consumir por el odio y el deseo de venganza y destrozara su vida. No tiene sentido dejarnos quebrantar por los odios y los resentimientos. ¿Angustia? ¿Fe?

Por misericordia de Dios reaparece Francisco, ese costeñito amable, alegre, serio pero simpático, distante pero dedicado, ese internista que había salvado a Juan Carlos al tomar la decisión loca de entubarlo a su llegada al hospital pese a su condición, lo

que muchos habrían descartado por el alto costo del procedimiento. Al año del atentado nos lo encontramos por casualidad, pero no, nada es casualidad, Dios nos lo envió y él aceptó ser nuestro salvador de nuevo, acompañándonos, haciendo parte de nuestra familia, compartiendo la mesa, las salidas, las conversaciones, devolviendo la alegría, las bromas y la música a nuestro hogar. Sí, empezamos a ser hogar nuevamente. Gracias por siempre.

Entender que cada persona es diferente, se expresa diferente y siente diferente, fue otra bendición que recibí. Así, solo así, pude vivir mi duelo y acompañar a mi esposo en el suyo, entretejiendo nuestras diferencias, aceptando las distancias, sintiendo el abandono, resguardándome en el aislamiento, pero comprendiendo a la vez el amparo, el amor verdadero, el compromiso y la certeza de contar siempre el uno con el otro. Agradezco que seamos complemento y me anima pensar que vayamos a terminar la vida unidos desde el disfrute y el apoyo incondicional.

Vuelvo a constatar que la misericordia de Dios es grande cuando hoy veo a Juan Carlos recuperado, alegre, amoroso y comprometido con aportar a la construcción de un mejor país edificando desde su familia y enseñándole a su hija a dar lo mejor de sí y a ver lo mejor de los demás y potenciarlo. Al reconocer la entereza y el compromiso con que dio cada paso para alcanzar su recuperación, comprobé el alcance de la tenacidad, el carácter y el respeto por uno mismo. Desde entonces atesoré su enseñanza.

A tan solo un mes del atentado de las FARC en el que perdió la vida nuestro hijo Alejandro junto a 37 personas (12 socios, 12 empleados, 12 invitados y los 2 guerrilleros que entraron la bomba), y en el que hubo más de 200 heridos, el 8 de marzo, y acabando de salir Juan Carlos del coma, recibí por primera vez la llamada de una emisora. Después de cerciorarse de que todos

los oyentes entendieran el dolor y la gravedad de lo que yo estaba viviendo, el entrevistador me preguntó, «¿entonces, señora Martha Luz, qué mensaje tiene para las mujeres colombianas, hoy, día de la mujer?». La verdad, no recuerdo qué dije, pero sí lo que pasó por mi mente en ese instante: supe que tenía en mis manos el poder de construir o destruir con mi respuesta y desde ese momento decidí construir, como homenaje al sacrificio de Alejandro, como ofrenda de gratitud por la vida de Juan Carlos y para dejarle un legado esperanzador a mis nietos. Como dijo Juanka al aceptar la primera entrevista, unos meses después, «no tengo la verdad revelada pero algo de lo que me sirvió a mí, quizás le pueda servir a otro y lo quiero brindar». Desde entonces me he dedicado a dar testimonio a donde me llamen.

Por eso acepté la invitación a participar en la tercera delegación de víctimas a La Habana. Tuve la gracia de poder despersonalizar y entender que no era mi caso el que llevaba. Al revisar mi historia, comprendí que la violencia en nuestro país lleva mucho más de los 50 años que confesamos. Mi abuelo Amorochó en El Socorro, Santander, hace casi 130 años y a la edad de 7 años, vio cómo sus padres y cinco personas más eran asesinadas en su casa.

Más adelante, en los 50, mis abuelos Micán, en Une, Cundinamarca, también sufrieron la violencia bipartidista.

Comprendí que compartir ese testimonio era mi verdadero aporte. Al encontrar a mis compañeros de delegación y conocer sus historias confirmé que el país entero es víctima y que todos por acción u omisión hemos contribuido a llegar a donde estamos. Que la pérdida de un hijo por la violencia va contra la naturaleza y duele lo mismo a cualquier madre. No siempre escogemos lo que nos sucede, y muchas veces, equivocadamente, naturalizamos métodos violentos que solo llevan a crecentar el número de víctimas. En La Habana viví un espacio de escucha

que sentí solemne, y al poder compartir la mesa con representantes de las FARC y mirarlos a los ojos, comprobé que la vida es de decisiones y que al quitarnos los rótulos y encontrarnos con respeto, somos capaces de conversar y avanzar en la construcción de la verdadera paz.

En este caminar dando testimonio, he encontrado más bendiciones, más amigos, maestros, compañeros de viaje y muchos dolores. He podido entender qué es un duelo, y la necesidad apremiante de nuestro país de resolver los duelos pendientes que la violencia instalada ha dejado a través de tantos años y nos hace víctimas a todos. Entonces acompañé a personas en su proceso a través de talleres y conversatorios y participo en los retiros del Hospital de Campo, espacios que permiten encuentros personales con esos «yo dolidos» que habitan tantos corazones; una idea sugerida por el Papa Francisco, tomada por la Fundación Víctimas Visibles. Es enriquecedor y esperanzador el compartir de cada uno de estos encuentros. Siento que estoy siendo fiel a mí misma, a mi familia, a mi patria, al mundo y que es mi aporte a la no repetición que para mí es la verdadera reparación. Para algo tiene que servir tanto sufrimiento, tantas muertes, tanto dolor. Las nuevas generaciones no merecen vivir lo que hemos vivido nosotros por tantos años.

Nunca recuperaremos lo que perdimos. Nunca podrán devolvernos lo que nos quitaron. Nadie volverá a ser el mismo. ¿Seguiremos esperando que los demás resuelvan nuestra existencia o asumiremos con dignidad la tarea de reconstruirnos como seres humanos, como país, desde el lugar que cada quien ocupa en la sociedad, empezando por sí mismo? Está en nuestras manos la decisión de cambiar la historia.

Soy un árbol cuyos tallos  
fueron cortados y quemados  
a fuego lento.  
Convertido en cenizas  
me lanzaron al abismo,  
donde encarné en otro árbol  
o en otro yo,  
que para la historia es lo mismo.  
Mi secreto es la savia  
que guardo en mi raíz.



Siempre  
te pediré  
perdón

Miguel Antonio Vargas Rojas





A mi hijo Juan Antonio Vargas  
Investigador especial del C.T.P.I.  
Grupo Especial Operativo (GEO)

Al momento de escribir esta dedicatoria,  
solo estoy pensando en las travessuras,  
de mi niñez y adolescencia, la responsabilidad,  
disciplina, honestidad y compromiso que  
asumí desde el inicio de mi juventud,  
mi lucha en favor de los debiles, mi  
actuar justo a la hora de cumplir la  
ley.

Acudo a la fortaleza del alma, al  
sentimiento del corazón, a la voluntad  
y al amor de padre para decirle,  
"no te rindas ahora muchacho"





**Caminaba lentamente, el pequeño** cerro parecía haberse empinado con el paso de los años; el camino irregular, resbaladizo y polvoriento que recorrí mil veces en mi infancia, me parecía ahora desconocido. Quizás el tiempo borró las huellas dejadas hace más de medio siglo, o tal vez se borraron tan solo en mi memoria. La temperatura oscilaba entre los veintisiete y veintiocho grados, sudaba copiosamente, me detuve en una curva del camino, miré mi reloj, daba las 11 y 45 de la mañana. Quise ver el sol, pero mis cansados ojos no resistían sus destellos; aprecié el cielo azul totalmente despejado, ¡una maravilla!, pensé.

Respiré profundo y continué mi camino a paso largo, creí avanzar muy rápido, pero en realidad iba lento. Unos metros atrás venía mi compañero de aventura sin pronunciar palabra, respetaba mi silencio. Antes de emprender el recorrido aclaramos algunas cosas. «¡Ole pingo! ¿Qué bicho le picó para volver por allá? ¡No joda!», me dijo. Sonreí por lo de pingo, una expresión de mi amado Santander y le dije: «Quiero escribir, no tanto sobre los múltiples hechos de violencia de aquellos tiempos, de los que solo tengo retazos de recuerdos, sino de lo que sentiré al volver al lugar de donde tuve que salir por primera vez, hace más de sesenta años. Lo he soñado noche tras noche». Le pregunté si quería ayudarme con el escrito, pero reaccionó muy serio y tajante, me dijo que no, «si acaso ponga que soy Alberto, pero nada más, no estoy tan loco como usted».

Media hora más tarde llegamos al punto acordado: Meseta de los Cucharos, un terreno semiplano con una extensión de cerca de una hectárea, cuatro kilómetros arriba de la carretera, que de Bucaramanga conduce a California, y tres kilómetros arriba del lugar donde nació. No parece escogido al azar o por casualidad, pues desde allí se divisan los cuatro puntos cardinales.

Avancé un poco más y me detuve a la sombra de un árbol de cucharo que no generaba mucha sombra por su poco follaje, pero no había más. Me senté en la vieja piedra marrón, tan vieja como el mismo mundo, me tomé el pulso como parte de una rutina instaurada en mi vida durante los dos últimos años: 88 pulsaciones por minuto, «¡muy bien!», me dije, y me puse de pie.

Alberto me miró preocupado, forcé una sonrisa, y le dije, «¡todo bien mano!» y nos dimos un abrazo. Alberto no solo fue mi amigo y compañero de pupitre en la escuela, también era mi compinche, aliado y alcahueta en travesuras de infancia y adolescencia, una etapa que, a pesar de limitaciones, temores, peligros y amenazas, la vivimos intensamente, tanto que formamos un grupo musical, el único y más famoso de la vereda. Con guitarra, tiple y guacharaca, en las noches de luna llena o guiados por la luz de las estrellas y los cocuyos, vigilados por los búhos y lechuzas con sus enormes ojos de visión nocturna, recorríamos los caminos hasta llegar a donde algún vecino. Después de degustar una tasa de guarapo fermentado, se escuchaban las canciones de moda, «Métale candela al monte», «Juan Charrasquiado», «La puya guamalera», «Mi canoa», «La múcura está en el suelo» y otras de nuestro repertorio. Disfrutábamos el momento sin saber qué nos depararía el destino al día siguiente. «¡No joda!» dijo Alberto, «usted sí es muy toche ponerse en esto», y me señaló al oriente, pero yo miraba al lado opuesto, quería mirar todo alrededor antes de enfrentarme al lugar donde un día dejé mi viejo rancho.

Al occidente está la cordillera de La Cuchilla y el cerro de Monte Chiquito, donde al atardecer se esconde el sol a observar la salida de la luna que se asoma acompañada de mil estrellas. Recordé familias cuyas casas ancladas en los faldones aún están allí: los Moreno, los Suárez, los García, los Lizcano, los Chacón,

los Flores, los Corredor y los Serrano. Ya nada se ve igual, como dice la canción de Rocío Durcal, «cómo han pasado los años / cómo cambiaron las cosas». Miré al sur, allí está El Corral de Piedra, la hacienda de mis primos. Con mi vista recorrí el paisaje y fui identificando todas esas fincas que me eran tan familiares, algunas cambiaron de dueño, otras se convirtieron en centro poblado. Exhalé un largo y profundo suspiro, ajusté mis gafas, aseguré mi sombrero blanco que alguien me regaló en unas ferias en Yopal, apreté los puños de mis manos con todas mis fuerzas, «llegó el momento», pensé.

Al oriente aparecieron los cerros montañosos Montecristo, Buenavista y Magueyes. No recordaba haberlos visto despejados, tenía la imagen borrosa de mi infancia: siempre que abría la vieja ventana, los cerros estaban encapotados, cubiertos por una espesa neblina, que ni el mismo sol con sus calurosos rayos podía penetrar. Con razón Alberto insistía en que volteara a ver.

Ahí, en medio de ese paisaje, estaba nuestra finca, La Capilla. Sentí una rara resequedad en mi garganta, rebeldes lágrimas rodaron por mis mejillas, apreté los labios, me senté de nuevo en la piedra por si mis piernas flaqueaban o mi viejo y remendado corazón no resistía y explotaba en mil pedazos, o por si simplemente se detenía, igual que los retazos de mis viejos recuerdos a través del tiempo. Miré largo rato el lugar donde nací. Se veía abandonado, cubierto por algunos arbustos, pero se destacaban las viejas paredes de bahareque y piedra, que se resisten a desaparecer esperando a formar parte algún día de la memoria histórica.

Junto a los cimientos de piedra, al lado de donde quedaba la cocina, estaba la máquina de moler café y maíz, y ahí cerca una larga y rústica tabla de caracolí donde se sentaban mis padres o vecinos a conversar después de las duras jornadas de trabajo. Me pareció percibir en ese pequeño lugar la mezcla del humo de

tabaco con el aroma de café recién preparado, y uno que otro trago de aguardiente artesanal que acompañaba historias siempre enfocadas en los hechos de violencia que azotaban la comarca y que nosotros de pequeños escuchábamos absortos.

No entendíamos la razón de la violencia, tantos hombres, mujeres y niños asesinados, animales domésticos masacrados, cosechas quemadas a punto de su recolección; resultaba imposible que no se nos hiciera un nudo en la garganta cuando mamá contaba que en cada anochecer, llevándome en el vientre, tenía que salir a dormir en el lecho del río o de la quebrada, bajo un frondoso árbol, buscando un refugio seguro para pasar la noche. Así llegué a este mundo.

La nostalgia me invadió, cerré los ojos por varios minutos. Sentí el aroma de las flores y frutas silvestres, observé las verdes sementeras, oí el cantar de los mirlos ruiseñores y copetones saltando libremente de rama en rama. El ruido inconfundible del agua de la quebrada fue música para mis oídos, al igual que el mugir del ganado a la distancia y el cantar de los gallos. En contraste, fragmentadas y tristes imágenes pasaron de prisa por mi memoria. La violencia del momento no solo masacró personas, también asesinó ilusiones, secuestró sueños y enterró esperanzas, y en su lugar, sembró odios y venganzas, y sus frutos fueron el conflicto armado que sufrimos desde hace más de medio siglo.

Un perro aulló muy cerca y abrí los ojos; a una cuadra de donde fue mi casa, un grupo de hombres, mujeres y niños caminaban con maletas. Lo asemejé con el momento en el que abandonamos nuestra casa. Traje a mi mente a mis hermanos, éramos seis, tres hombres, tres mujeres; dos han muerto, dos desaparecieron, perdimos su rastro hace más de cuarenta años, y quedamos dos, que a pesar de los embates de la violencia, aún batallamos en la vida.

Divisé la vieja escuela de tapias pisadas y techo con teja de barro, sus amplios corredores y su enorme patio donde jugábamos a la lleva, a las escondidas, pase el rey y otros juegos de la infancia. Ese patio también funcionaba como cuadrilátero de boxeo, a puño limpio dirimíamos nuestras diferencias, a veces por una niña del salón, otras veces por una tarea o un juego, y tantas más porque sí o por simple diversión. Recordé a mis compañeros de escuela, unos se fueron de la comarca con rumbo desconocido, otros aún permanecen por la zona, a otros los envolvió el conflicto armado y se los tragó la guerra.

Arriba, muy cerca de la montaña, aun está mi familia política, los Portilla y los Luna, gente buena, de paz, trabajadora y solidaria. Tuvieron la suerte de llegar a este territorio un poco después del vaivén del conflicto. ¡Cómo los extraño! Siempre que escribo están presentes.

Por último, abajo, en el fondo del cañón, entre laderas, peñascos, rocas y cascadas, como una serpentina de mil colores generados por los rayos del sol, avanza el incansable río Suratá, dueño y señor de su espacio; sus aguas cristalinas y apacibles en tiempos de verano eran el lugar perfecto para pescar, bañarnos y disfrutar de paseos familiares.

Pero los ríos, como los seres humanos, nacen pequeños, inocentes e inofensivos, luego unos, al avanzar por sus lechos y riveras, se transforman, se vuelven agresivos y peligrosos, y el río Suratá es uno de ellos. En tan solo unas horas y en tiempo de invierno, el río se transforma, sus apacibles aguas se tornan turbulentas y furiosas al estrellarse contra las rocas, generan pavorosos ruidos y forman enormes olas que arrasan lo que encuentran a su paso. Sus remolinos son tan peligrosos y amenazantes, que muchas personas quedaron en el fondo de sus caudalosas aguas.

Un 25 de diciembre de 1975 ese mismo río se llevó parte de mi familia, entre ellos a una hermosa mujer muy joven, casi adolescente. Impotente la vi flotar sobre las furiosas aguas. Cual delicada, frágil e indefensa mariposa, entre espumas y burbujas, vi partir a mi hermosa viajera dejándome en el alma una horrorosa soledad. Perdiéndose en la distancia, levanté mi mano, no para despedirla, porque seguía en mí, lo hice para prometerle que velaría, cuidaría y protegería a nuestros hijos con la vida si fuera necesario. ¡Pero no cumplí mi promesa y le fallé! Aquel 20 de julio de 2000 no estuve junto a mi hijo, nuestro hijo, para interponer mi cuerpo en la trayectoria de esa maldita bala blindada antes de que penetrara su frente y atravesara su cabeza, dejándolo en un estado total de invalidez. Siempre te pediré perdón por ese fallo.

Desde la infancia huí de la violencia, y por más de que trataba de evadirla, siempre terminaba por volver a encontrarla; abandonamos tierras que nos pertenecían, me salvé en la toma de Simacota, sobreviví al ataque con granadas y tiros de fusil a una flota Reina, salí ileso de una toma al campamento de Indupalma, fui retenido y amenazado de muerte por no dar información de alguien que no conocía, pero nada se equipara a lo vivido con Iván. Se salvó él, es cierto, no obstante esta es una violencia con la que vivimos a diario.

Mi hijo Iván era investigador de la Fiscalía y se había trasladado de Bogotá a Bucaramanga con su grupo operativo de capturas especiales del Cuerpo Técnico de Investigaciones para detener a un delincuente. Era un procedimiento de menor riesgo entre muchos llevados a cabo en sus 10 años de servicio. Aun así todo estaba planeado de manera que al momento de la captura nadie saliera lesionado. Segundos antes de proceder con la detención, todo se fue al diablo, un disparo de alta precisión impactó la

frente de Iván cuando aun dentro de la camioneta se disponía a ordenar el procedimiento. Todos dispararon contra el delincuente, quien murió en el acto; luego se sabría que estaba armado con un revolver calibre 38, por lo que no habría podido disparar una bala blindada, como la que entró en la cabeza de mi hijo. La investigación se ha cerrado varias veces por términos vencidos, sus compañeros dicen no saber nada, nunca los llamaron a declarar. Mientras tanto, Iván batalla día a día con las secuelas del atentado que se llevó la mitad de su vida, borrando de su memoria toda huella del trabajo honesto que hacía al servicio de la justicia. Como él, su padre y hermanos aún esperamos conocer la verdad de lo sucedido.

¿Quiénes y por qué intentaron acabar con la vida de Iván? ¿Por qué el Estado no ha querido aclarar el caso? ¿Algún día lo sabremos? Todo es incierto.

En mi meseta, con el alma herida, la mente convertida en un enredo y el corazón lleno de sentimientos encontrados y emociones indefinibles, comprendí el peso de mis dolores y cuánto me afligie no haberle podido cumplir mi palabra a Trinidad Portilla, la madre de Iván. Me pregunté si había valido la pena la ventura de regresar a este lugar donde fue la cuna de mi infancia y, sin duda, la respuesta fue sí.

El lugar me llevó al recorrido de mi vida, un laberinto que tardó más de medio siglo en dar la vuelta y regresar al punto de partida. Decidí que era el momento y el lugar para perdonar a quienes durante seis décadas de conflicto armado nos hicieron mucho daño, pese a que cada mañana, cada atardecer y cada noche hacemos frente a la tragedia heredada de la violencia.



Mi cuerpo lleno de heridas  
y mi cara llena de arrugas,  
son mi lucha y mi fortaleza.  
Camino con el alma echa pedazos  
en búsqueda de la verdad y la justicia,  
pensando siempre en ti,  
majayura hija mía.



Majayura

Blanca Nubia Diaz Vásquez





DEDICO ESTE ESCRITO A MI QUERIDA  
HIJA IRINA DEL CARMEN VILLERO.  
-MI BELLA MAJARUYA, TODAS LAS  
NOCHES ME DESPIERTAS CON TU  
DULCE VOZ ...





**Mi nombre es Blanca Nubia Díaz Vásquez**, tengo 69 años y soy la madre de Irina del Carmen Villero Díaz, una niña comelona, alegre, juiciosa, amigable, comprometida y creativa. De bebé fue muy enferma y de niña tenía muy poco cabello, pero cuando empezó a formarse como mujer, se convirtió en una majayura, que en nuestra lengua wayuu significa «mujer linda».

Estudió en el Colegio Helion Pinedo Ríos de Riohacha, allí terminó sus estudios de bachillerato. Era una joven sociable, tenía muchos amigos, amigas y se la llevaba muy bien con sus tres hermanos y con su hermana. Le gustaba el trabajo social y ayudar a los demás. Disfrutaba cocinar y siempre me ayudaba con los oficios de la casa. La champeta y el vallenato eran su música favorita, especialmente Los Diablitos y Diomedes Díaz.

El 13 de junio del 2000 nuestra familia sufrió la primera tragedia cuando asesinaron a mi esposo en Maicao, La Guajira. Aunque también he investigado ese crimen, todavía no sé qué fue lo que sucedió. Irina sufrió mucho con la pérdida de su papá y prometió que no descansaría hasta saber por qué lo habían matado; fue al lugar donde cayó muerto y besó la tierra como símbolo de su promesa. Empezó a vender ropa y artesanías para mandar a hacer recordatorios de su padre y entregar a familiares y conocidos en el primer aniversario de su fallecimiento, costumbre que tenemos la comunidad wayuu. Pero sus sueños no se cumplieron: faltando tan solo 17 días, cuando tenía 15 años, le quitaron la vida.

Ella salía a vender su mercancía a todos los pueblos del sur de La Guajira. El último día que lo hizo fue el 16 de mayo, cuando se fue a donde su abuelita Rosario que vive en San Juan del César. Antes de salir, su hermano mayor le cogió su carita y soñándosele le dijo, «hermana, cuídate mucho, no vaya a ser que te

hagan algo y nosotros no nos demos cuenta». Su advertencia se debía a que, por esos días, muchos integrantes de las juventudes comunistas estaban recibiendo amenazas de muerte y mi hija hacia parte del grupo. Ese fue el último adiós que nos dimos.

El 26 de mayo, como a las 7 y 30 de la noche, me empezó una rasquiña en mi cuerpo. Yo pensaba que algo me había hecho daño, entonces decidí tomar medicamentos para aliviar el ardor y la picazón. Tomé Postan y Aspirina, además me eché alcohol con alcanfor, Mexana y chirrinchi, un licor de mi tierra, intenté de todo, pero nada me servía. Me rascaba mucho. Después comprendí que a esa hora estaban asesinando a mi hija, pero cuando ocurrió no pensé que fuera un presentimiento.

Ese día sus hermanos se habían ido para Uribia en donde, al igual que todos los años, iban a participar de los juegos wayuu, el día principal era el 26 de mayo. Irina quedó de encontrarse con ellos allá, pero nunca llegó. Mis hijos volvieron tres días después, nunca se encontraron con su hermana, solamente supieron que estaba en Cuestecitas, según dijeron unas personas que la habían visto, pero no se sabía nada con certeza. Me preocupé y como en ese tiempo ni yo ni ella teníamos celular, y en la casa de su abuela no había teléfono, mandé a mi otra hija a San Juan del Cesar a averiguar por Irina. Pero no sirvió de mucho porque en el camino unos hombres la detuvieron y le preguntaron que para dónde iba, ella dijo cuál era su destino y le advirtieron que no se fuera para allá. Mi hija preguntó por qué, y le dieron la horrible explicación de que estaban matando niñas lindas por esa zona. Se llenó de miedo y se devolvió. Cuando regresó a Riohacha y me contó lo que le sucedió, mi preocupación creció, presentía, tristemente, que algo malo le había pasado a Irina.

Yo no sabía qué hacer. Quería seguir esperándola porque ella siempre volvía de sus viajes, aunque a veces se demorara más de

lo planeado, pero el tiempo pasaba y no aparecía; nunca se había tardado tanto. Un día, estando yo en mi casa en Riohacha, y después de bañarme, una paisana indígena que yo no conocía, fue a decirme que habían matado a unas niñas muy bonitas en Cuestecitas. Sentí un dolor muy grande en el pecho, en el corazón. Se me hizo raro que una persona desconocida fuera a contarme eso y decidí irme para la estación de Policía y preguntar por alguien que yo sabía trabajaba allá y me podía ayudar. Le conté lo que me había dicho la paisana y lo convencí de que llamara a la estación de Cuestecitas a preguntar. Así lo hizo y le confirmaron que seis muchachas habían sido asesinadas, pero que habían encontrado solamente el cadáver de una de ellas que tenía facciones indígenas, de piel blanca y cabello largo. Los rasgos físicos coincidían con los de mi hija, pero no quisieron decirme qué ropa llevaba puesta. A las otras cinco las desaparecieron, y hasta hoy, no se han encontrado.

Salí enloquecida de la estación y cogí un bus de regreso a mi casa, ni siquiera recuerdo si pagué. Ya era tarde para viajar, Cuestecitas queda a cuatro horas de Riohacha por carretera, así que decidí que nos fuéramos al otro día. Tenía que averiguar quiénes eran las niñas muertas y confirmar si mi hija era una de ellas. Le dije a mi hijo que consiguiera un carro y gasolina. Salimos a las cinco de la madrugada.

En Cuestecitas, para sorpresa mía, el inspector de Policía dijo que no sabía nada y que si queríamos saber algo le preguntáramos a la persona que la había vestido. Nos dio pistas de dónde encontrarla y resultó ser una vendedora de fritos; apenas le mostré la foto de Irina, nos confirmó que sí era ella, que la había visto tirada en la carretera y como eran tan bonita y se notaba que era de buena familia, la había bañado, le compró zapatos, interiores y le colocó el vestido de los quince de su hija. Yo me quería



morir, creía y no creía. Desesperada le pregunté dónde estaba su cuerpo, pero no me respondió, insistía en que no sabía nada. Mucho tiempo después supe por qué estaba ahí en la carretera y cómo había llegado. Mi tristeza era muy grande. Salí corriendo y gritando. La gente me perseguía, pero yo les decía que no me cogieran, que no me tocaran, que era capaz de darles patadas y puños si se atrevían a hacerlo.

Así ya no pudiera verla viva, yo necesitaba encontrar a mi hija. A todas las personas que veíamos les mostrábamos la foto y preguntábamos si la conocían, si la habían visto, pero nadie daba información, la gente no hablaba, tenía miedo. Solamente una mujer indígena nos respondió que sí la había visto, pero justo en ese momento, unos hombres la jalaban del brazo y le impidieron seguir hablando. Nadie nos decía nada más, así que tuvimos que devolvernos para Riohacha.

Desde allá comenzamos a buscarla en silencio, por miedo también a que nos hicieran algo, en esa época el dominio de La Guajira estaba en manos de grupos armados ilegales que vigilaban todo. Estando yo investigando, llegó a la casa un paisano conocido de hace varios años y me contó que había sido testigo de todo, pero que hasta entonces no se atrevía a hablar. Yo no sabía si creerle pero dada la lentitud en el proceso de búsqueda de mi hija, y la poca ayuda que me brindaban, tenía que confiar en cualquier indicio o señal. De todas formas, la información que él me dio luego la pude corroborar con la Fiscalía de Maicao. Estaba muy nervioso, se le notaba el miedo en los ojos al contarme, por él pude saber cómo fue el asesinato de Irina. Fue una muerte muy violenta. Ocho hombres la torturaron, la violaron y la mataron; le hicieron cortadas en el pecho, le quebraron los brazos para que no pudiera oponer resistencia y le dispararon varias veces en la cabeza. Luego tiraron su cuerpo en el pozo de

la cantera y allí lo dejaron abandonado. Quienes encontraron el cuerpo, que aún no sé quiénes fueron, la dejaron botada en la carretera, no sé por qué, seguro para que todo el mundo la viera y alguien la reconociera. O por escarmiento, eso no se sabe. Hasta llevaron prostitutas de Maicao, Fonseca, Villanueva y Barrancas para que dijeran que la niña era una prostituta, pero ellas dijeron que no la habían visto en ningún bar. Luego la Fiscalía de Maicao hizo el levantamiento del cadáver y como no tenía ningún documento de identidad, la enterraron como N. N. en el cementerio de Cuestecitas.

Con todas estas pistas, empecé a insistir para que me dejaran exhumar el cuerpo, pero nadie me puso atención, ni siquiera los encargados de ese tipo de cosas. Después de cuatro meses de presionar, autorizaron hacer la exhumación. La habían metido dentro de bolsas de polietileno. Fuimos hasta allá para traérsela y enterrarla en Riohacha, donde hay dos cementerios: uno para las muertes naturales y otro para los que mueren por causas violentas. Mi hija iba a ser sepultada en el segundo, claro. Antes de que la enterraran yo quise abrir las bolsas para verla; de mi casa había sacado un cuchillo y lo llevaba dentro de mi chaqueta, cerca al pecho, y quería utilizarlo para romper las bolsas y mirarla, quería irme con ella, así fuera debajo de la tierra. La gente me trataba de detener, pero yo insistía y les pedía que me dejaran, les lanzaba golpes y patadas para que me soltaran.

Un año después, para rendirle homenaje, un colectivo de abogados de Bogotá y de la Fiscalía autorizó la exhumación del cuerpo en Riohacha. La sacaron y con la ayuda de un sepulturero organizamos los huesos en tres bolsas: en una, los pequeños, en otra los medianos y en la tercera los grandes. Así lo hacemos nosotros: por tradición wayuu, en un chinchorro se ponen los huesos en las tres bolsas y la gente alrededor le hace un ritual

y un homenaje. Además, hicimos un mural al lado de su lápida. Todo lo que pueda hacer para que no sea olvidada, lo hago.

Por la memoria de ella escribo, hago teatro, elaboro telas, doy entrevistas y participo en documentales y plantones. Ella me había regalado una foto que se mandó tomar alguna vez que se presentó a concurso al Sena. Yo la tengo guardada como reliquia, es la última que hay de ella viva. Con esa imagen hago separadores, camisetas, pendones, afiches y otras cosas para recordarla. Esa foto ha recorrido varios países del mundo. Jamás voy a dejar de luchar y hacer visible la injusticia que hay en Colombia, porque vivimos en un país en donde no hay verdad sino impunidad.

Mi hija no tenía por qué morir, era una mujer solidaria, con sentimientos comunitarios, siempre le gustó el trabajo social, incluso antes de la muerte de su padre. Ninguna mujer tiene que pasar por el suplicio que vivió mi hija. La vida debe respetarse. Son muchas las víctimas que quedan perdidas en el olvido por el miedo que produce levantar la voz, exigir una verdad que para algunos puede ser incómoda. Hasta hoy, sigo sin saber quiénes la mataron, ni por qué lo hicieron. Se especulan muchas cosas pero no se sabe qué pasó realmente.

Le han hecho mucho daño a nuestra familia, cuando nosotros no hemos perjudicado a nadie, al contrario, somos defensores de derechos humanos, siempre hemos trabajado por el bien de la comunidad, sin ir en contra de nadie, sin hacer campaña con ningún partido político. Nuestra historia de persecución y violencia es larga, primero mataron a mi esposo, luego a mi hija y hasta a mí me persiguen.

El mismo año del asesinato de mi hija, 2001, tuve que salir de La Guajira por amenazas de las que empecé a ser víctima: a veces me llamaban tarde en la noche, siempre una voz diferente y desconocida, a preguntarme si ya había denunciado la muerte

de Irina. También llamaban a los vecinos, a cualquier hora del día, incluso en la noche cuando era la hora de estar durmiendo, y pedían que me pasaran al teléfono. Otras veces llegaban personas que yo no conocía y preguntaban por detalles de la muerte de mi hija, que sí sabía cómo la asesinaron, que si sabía quiénes la mataron y me decían que me animara a denunciar. La situación, además, era complicada porque los grupos armados de la zona trataban de reclutar muchachos, empezaban ofreciéndoles plata a cambio de simples favores; a mis hijos les dijeron que si iban a jugar un partido de fútbol, les daban cien mil pesos. Ellos me contaron y como yo sospechaba de qué se trataba, les rogué que no fueran, que si necesitaban plata yo se las daba. Menos mal me hicieron caso. Asustada, decidí viajar sola para Bogotá, mi intención era que mis hijos viajaran después para que pasáramos desapercibidos, y así sucedió, al poco tiempo vivían conmigo en la capital. Pero no fue suficiente para que las persecuciones acabaran.

El dolor, aunque no desaparece, con el tiempo se transforma, y todo lo vivido me ha hecho más fuerte y me ha ayudado a sanar mi cuerpo para seguir la lucha, y así busquen que no lo haga, como ocurrió el día 13 de enero de 2018, yo persistiré y resistiré. Era un sábado, estaba sola en mi casa. Mis hijos ese día habían salido. Aproveché para hacer aseo y cuando iba a lavar la losa me di cuenta de que no tenía líquido desengrasante, entonces se me ocurrió ir al supermercado DI que queda cerca. Salí y como a las cuatro cuadas una camioneta oscura se me acercó. Una de las puertas de atrás se abrió y un hombre me dijo, sin más, «súbase» y me agarró fuerte del brazo, luego me puso un trapo en la boca y perdí el conocimiento. Cuando volví a tener conciencia, no podía moverme ni pensar con claridad, me sentía desorientada. No podía ubicarme. Lentamente pude comprender que estaba por el lado de la calle 26, veía Monserrate y el Centro de Memoria

—  
160

distrital. Me dolía todo el cuerpo, tuve que moverme despacio y me demoré un rato en recobrar todos mis sentidos. Angustiada, me llevé las manos a la cabeza para intentar frenar el punzante dolor que sentía, ahí fue cuando me di cuenta que me habían cortado el pelo, quedé trasquilada. Esos hombres debían saber que para la mujer wayuu el pelo es sagrado porque es símbolo de resistencia. A mí me da mucha vergüenza estar como estoy, siento como si me faltara una parte de mí. Por la pena y para sentirme más segura, empecé a usar un sombrero.

Después de preguntarle a una persona que pasaba por la calle, supe que eran las 8 y 30 de la noche. Menos mal me acordé de unos amigos que viven por esos lados y empecé a buscar y a preguntar por una tienda que recordaba queda cerca a la casa de ellos. Unos señores me señalaron el camino y la encontré. Llegué y mi amiga me dio una aromática y me la tomé mientras les contaba, a ella y a su esposo, lo que me había sucedido. Les conté lo que alcanzaba a recordar pues no me fue posible retener todo en la memoria, el rostro del hombre que me jaló lo olvidé, el timbre de su voz se me borró. Me di cuenta de que tenía en el bolsillo de la chaqueta un trapo que olía muy feo. Llamamos a las brigadas de paz para que me acompañaran y un buen amigo fue a visitarme. Llamamos a Franklin, una persona del comité de presos políticos y a la secretaria técnica nacional de MOVICCE (Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado), organización a la que pertenezco. Todos estaban preocupados y sorprendidos por lo que había pasado. Esa noche me quedé donde mis amigos, pues no me atrevía a ir sola a ningún lado.

Al otro día, por intermedio de una compañera de ANMUSIC (Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia), otro grupo al que estoy vinculada hace varios años, contactamos a nuestro abogado Fabián, de la Alta Conse-

jería, quien se preocupó mucho y recomendó que me viera un médico. Hasta las 3 de la tarde del día siguiente permanecí en una camilla en revisión. Me dijeron que tenía hematomas en los brazos y golpes en la cabeza, y me dieron diez días de incapacidad.

A la semana me fui para el Gaula a contar lo que me había ocurrido. Allá me atendió una señora joven muy antipática, torturadora y amenazadora, me dijo que no dijera mentiras, que de lo contrario iría presa y me contó historias de personas que habían mentido y estaban en la cárcel. También la fiscal 94 de Paloquemao me dijo que yo era una persona mentirosa, falsa, porque había investigado y que disque yo había dicho que había entrado a la casa de mis amigos, pero que en las cámaras aparezo saliendo. Eso es muy triste, que ni las autoridades le crean a uno.

Pero ni por esas voy a dejar de hacer lo que hago. Seguiré luchando para que se conozca qué fue lo que le pasó a mi hija, por qué su vida terminó así. Lo hago por ella y por todas las víctimas del conflicto armado. Y no estoy sola, somos muchas las personas que luchamos para saber una verdad y para que se haga justicia. Esta guerra sin sentido tiene que acabarse.

Yo, Blanca Nubia Díaz Vásquez, hablo con el corazón.

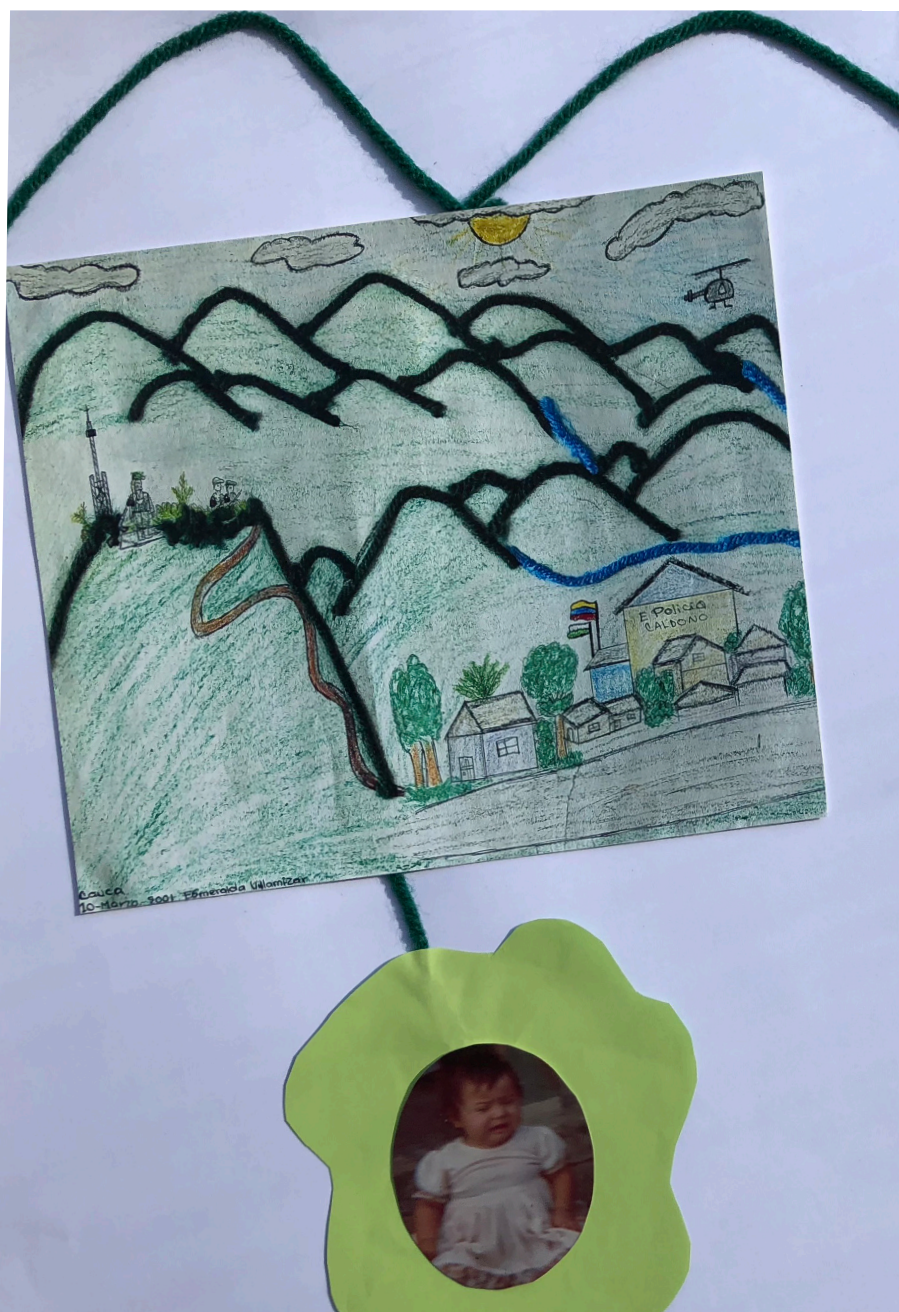
Soy revolucionaria y soy resistencia pura,  
soy armonía, soy nobleza y también un alma dura.  
Soy inocencia que en mi cuerpo vive  
un espíritu de niña con cuatro décadas en riña.  
Soy ordenada, aunque a veces pierdo la disciplina,  
cuando me atrapa el día a día con su aburrida rutina.  
Soy líder social que quiere transformar el camino.  
De mis ancestros aprendí  
que las palabras y acciones construyen mi destino.  
Soy madre y soy linaje, que aprendió en el trasegar  
que la familia es el pilar, para nuestra vida afrontar.



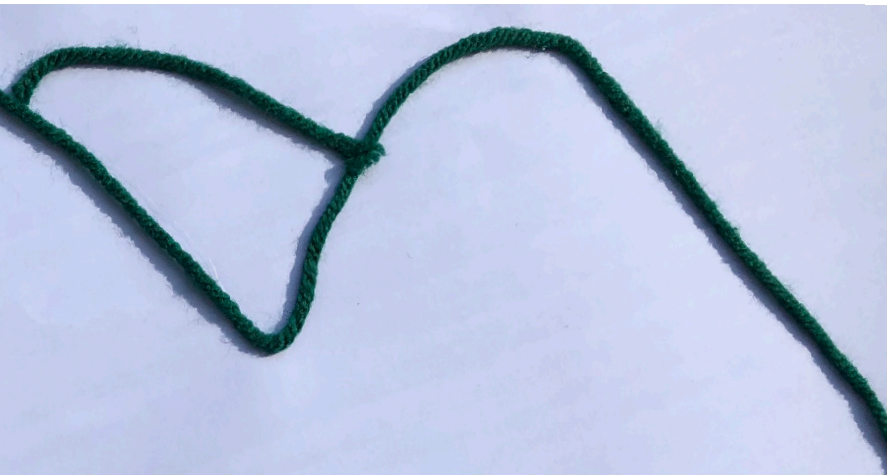
*Sin un adiós*

*Sandra Milena Sandoval*





CAUCA  
10-MARZO-2001. Emerencia Valamizan



Dedicado a todos los hombres y mujeres  
que perdieron la vida durante el conflicto  
armado.

A quienes lloraron la pérdida de sus seres  
queridos y a quienes la guerra hirió en  
cuerpo y alma.

A todos aquellos que abandonaron las armas,  
callando los tiros y decidieron aportar la  
paz buscando transformar no desde la  
violencia, sino desde la palabra y el  
respeto a la diferencia.





**El día transcurría tranquilo.** Sobre las 10 de la mañana de ese inolvidable sábado 10 de marzo de 2001 el sol calentaba un poco, y aunque la ropa ya no estaba muy mojada gracias al calor del cuerpo, quise terminar de secar rápido mi uniforme. Puse mi fusil AK 47 a un lado, saqué de entre mis botas un plástico negro que siempre cargaba y lo tendí sobre el pasto; me quité las medias, las escurrí, le saqué el agua a mis botas, desabroché mi chaleco y me recosté boca abajo sobre el plástico para aprovechar el poco sol. Estaba distraída, incluso olvidé por minutos que me encontraba en una misión militar y debía estar alerta.

De pronto me quedé dormida, no sé en qué momento pasó, pero no pasaron más de diez minutos; soñé que buscaba entre mis compañeros a Román. En el sueño estaba desesperada por encontrarlo, parecía verlo, pero al acercarme no era él. Empecé a llorar, el pecho me dolía y parecía que me ahogaba el dolor. Desperté y lo primero que escuché fue mi propio llanto, me paré muy rápido preocupada porque alguien me hubiera visto dormida, pero estaba sola, sequé mis lágrimas y traté de calmarme.

Semanas atrás, a finales de enero, a un grupo de no más de una escuadra (doce unidades) nos habían enviado a una avanzada cuya misión era resguardar el campamento principal. Llegamos al punto indicado sobre las 18 horas e inicié el primer turno de guardia. Faltando quince minutos para las 20 horas, momento en el que terminaba mi turno, llegó mi relevo y en medio de la noche oí la voz de un hombre. No lo podía ver, solo lo escuché y su voz me encantó. Era Román, un joven guerrillero proveniente de Arauca, que había sido trasladado a la zona del Caguán y enviado a la columna móvil Jacobo Arenas.

Yo estaba preocupada porque no tenía dónde acostarme, pues mi dotación estaba incompleta, me hacían falta varios elementos,

entre ellos una cobija, pero aquel joven de voz linda me ofreció compartir su cambuche. Tímidamente acepté, pero no dejaba de pensar que tal vez él quería aprovecharse de la situación, pues esa era mi percepción de los hombres desde niña. Cuando él terminó su turno llegó al cambuche muy callado, sacó de su morral otra cobija y se acostó al costado opuesto; me impresionó su caballerosidad y respeto.

Estuvimos en ese lugar casi una semana. Todos los momentos libres que teníamos los pasamos juntos. Fue así como iniciamos una bonita relación. Volvimos a compartir cambuche y en ningún momento él se sobrepasó conmigo, nos contamos nuestras vidas, de las causas que nos habían llevado a ingresar a la guerrilla y de quiénes esperaban que volviéramos.

Le conté de mi vida, que había nacido en un resguardo indígena nasa del Norte del Cauca, donde me crié con mi mamá, dos hermanos y mis abuelos. Que desde niña viví situaciones difíciles, pero que a pesar de las dificultades tuve momentos de alegría, pues crecí entre ríos, montañas y árboles, donde todo era hermoso y me sentía libre en la naturaleza.

Mi infancia estuvo marcada por el maltrato y la violencia sexual, y la verdad no me acuerdo en qué momento empezó a suceder, pues fue solo hasta mi adolescencia cuando entendí lo que pasaba y pude decir «no más». Nunca se lo conté a mi familia, ni siquiera a mi mamá, y si llegan a leer este relato será la primera vez que lo sepan. Fue hace poco tiempo, en los conversatorios en los que comparto mi historia de vida, cuando empecé a hablar de eso. Antes no era capaz, pero desde el primer día que lo hice, sentí que mi alma empezó a sanar.

A Román le conté que después de tres intentos para ingresar a la guerrilla, fue hasta cuando tenía 17 años, que me vinculé a las Milicias Bolivarianas de las FARC EP, lo mismo que él, y que casi

al mismo tiempo había quedado embarazada de mi hijita mayor, mi bendición de juventud, a quien con dolor había tenido que dejar con las abuelas, pues tanto su papá como yo militábamos en las FARC y debíamos internarnos en las montañas.

Él creía también tener una hija; había vivido con una mujer a quien amó con el alma, pero al regresar de una misión la encontró en su casa con otro y decidió internarse definitivamente en el monte; en alguna ocasión en la que pudo comunicarse con su mamá, ella le contó que su ex tenía una bebé y que cabía la posibilidad de que la niña fuera de él. Román quería saber de aquella niña a quien siempre llevaba en sus pensamientos y de alguna manera en su corazón. Yo le contaba de mi hija, de lo hermoso que era ser madre y de cuánta falta me hacía.

Siempre pensé que quería una vida diferente para mí, para mi hija y para tantos que anhelaban un cambio, de allí que le haya apostado a la lucha social y política por medio de las armas. ¡Sí, fue mi decisión y hoy con la frente en alto la asumo! La vida guerrillera no es fácil, el extenuante esfuerzo físico y la vida en el monte es difícil, pero me pude adaptar pronto porque desde muy pequeña me acostumbré a caminatas, a cargar peso en mis hombros y a los trabajos del campo, una vida que para los niños campesinos inicia muy rápido.

Hablamos de todo y de las razones que nos habían llevado a estar en las FARC. Durante mi infancia no hubo juguetes, ni el mundo mágico, ni las historias de aventura que tanto les gustan a los niños. Andar e ir a la escuela descalza era normal, como para casi todos mis compañeros, niñas y niños campesinos. A los 10 años me avergoncé de andar así, entonces empecé a cuestionar el por qué mi mamá no podía comprarnos un par de zapatos o un vestido bonito. Igualmente me pregunté dónde estaba mi papá, nunca lo conocí.

Crecí siendo tímida y callada, con poco carácter, vivía en mi propio mundo, alejada de mi familia, así viviéramos en la misma casa, de la cual casi todo el tiempo quería huir. Desde los 11 años quise escaparme, digo escapar porque era eso, un escape de mi realidad. Muchas veces traté de coger camino, pero era tan temerosa, que al verme sola regresaba atemorizada llorando. Pensé también en irme con la guerrilla y los busqué, pero no me recibieron por ser tan pequeña.

Al cumplir 12 años decidí dejar el colegio e irme a trabajar como empleada de servicio a Cali. Fueron años difíciles, pero desde niña, ayudando en la casa, había aprendido a hacer todas las labores domésticas del hogar. Traté de no desprenderme de mis raíces y viajaba casi todos los fines de semana a mi resguardo.

El compromiso con los míos fue desde siempre, así se lo hice saber a Román. A los 14 años me inscribí en el libro de afiliados a la Junta de Acción Comunal de mi vereda, era muy activa en el comité de deportes y además pertenecía al equipo de fútbol femenino, ¡Jah! es que el fútbol y el baile al son de la salsa han sido mi pasión desde muy niña. A los 15 años mi participación con voz y voto en mi cabildo se activó y me vinculé con el trabajo del Movimiento Juvenil Indígena Álvaro Ulcué Chocué; cuestioné lo que había vivido durante toda mi existencia, dudé de lo que sucedía a mi alrededor, me frustraba ver la falta de oportunidades y las necesidades que cada familia padecía. Así fue como empecé a resistir como lo hace mi pueblo nasa.

No quería conformarme, no quería seguir siendo una empleada de servicio a la voluntad de los patrones, con largas jornadas y un salario de \$40.000 mensuales. Al contrario, quería ser una campesina con un futuro diferente y me di cuenta de que la diferencia la hace uno mismo. Aprendí a hacerle frente a la vida, aunque hoy a mi edad me da un poco de tristeza pensar en San-

dra la niña, porque creo que le faltó vivir su infancia y ser feliz. Pero también me da orgullo ser la mujer que soy porque creo que lo vivido me enseñó a ser fuerte, a no derrumbarme ante las adversidades y a luchar siempre con la frente en alto. Así me vio Román y creo que eso lo enamoró.

Compartimos tanto que sentí que lo conocía desde hacía mucho tiempo. Me dijo que días antes me había visto en el campamento, se había fijado en mí y quería encontrar, en medio de tanta gente, la forma de hablar conmigo.

Después de la avanzada, regresamos al campamento, descansamos una noche y al otro día volvimos a salir juntos; él estaba pagando sanción por haber perdido unas municiones de su dotación y debía hacer algunos metros de trinchera; siempre que podía, yo lo acompañaba y así aprovechábamos para hablar y compartir. Luego nos reubicamos de campamento, cada uno iba con su escuadra y solo podíamos vernos para saludarnos por un instante cuando se hacía el relevo, hasta que nuestras compañías se tuvieron que separar, sin siquiera podernos despedir. Esa separación me dolió mucho, me había enamorado.

El viernes 24 de febrero nos reencontramos cuando todas las unidades y compañías nos reagrupamos para impedir una incursión paramilitar en el norte del Cauca, en mi caso con mucho valor porque se trataba de defender a mi gente y a mi territorio, que estaba siendo atacada por los paramilitares. Por suerte estábamos acampando por esos lugares y pudimos luchar a capa y espada esta vez por mi patria chica.

Después de un día completo de combate, nos reagrupamos y ahí estaba él. Esta vez fui yo la que le compartió un pedacito de cambuche para que descansara porque ellos habían venido a apoyarnos y no traían sino fusil y municiones. Al día siguiente, cuando nos aseguramos de que las tropas enemigas se habían re-



tirado, ellos se despidieron de nosotros y regresaron a su campamento; por segunda vez nos separábamos, pero esta vez logramos despedirnos aunque con mucha tristeza.

A los días siguientes volvimos a reencontrarnos y pedimos permiso para dormir juntos como pareja por primera vez. Fue una noche especial. Al otro día logramos despedirnos desde la distancia sin saber que era la última vez que nos veríamos.

El 9 de marzo, después de caminar casi dos horas llegamos a un punto donde descansamos un rato y a la madrugada nos enlistamos para salir en marcha, encaletamos los equipos y arrancamos cargando solo nuestro armamento y munición.

Esa madrugada el cielo parecía llorar por la lluvia que no paraba, los caminos se convirtieron en ríos y la neblina fría parecía envolvernos, como si la madre naturaleza quisiera detenernos. Después de tanto caminar y sentir el agua que caía tan fuerte, al apuntar el alba, entramos a un rancho para esperar que el tiempo pasara. Recostados unos contra otros, tratamos de ganar calor mientras escuchábamos nuestros dientes castañear del frío. La lluvia pasó y ya en la claridad del día, podíamos ver cómo se despejaban las montañas caucanas. Retomamos nuestro andar, pero era difícil avanzar pues los caminos se convirtieron en lodazales. Aun así, llegamos al punto indicado antes de las 6 de la mañana, en una montaña que quedaba al frente de Caldone, Cauca. A sus pies nacía el caserío del pueblo.

Ya en el lugar nos ubicamos para hacer un reconocimiento espacial. Habíamos sido esparcidos en puntos estratégicos para dispersar las fuerzas enemigas y sobre las 6 de la mañana se iniciaron los tiros contra la estación de Policía, los disparos fueron pocos, era apenas un hostigamiento, nuestra misión fue de distracción. Una vez todo se calmó, me recosté sobre el plástico a secar mi ropa y tuve el sueño con Román. No conseguía tran-

quilizarme, tenía una sensación de desespero, ahogo y un agudo dolor en el pecho.

Me arreglé el uniforme, recogí mi plástico y me dirigí hacia donde estaban los demás. Busqué a mi compañera Natalia, una de mis mejores amigas en la guerrilla a quien le decían la Mona, como a mí, y le conté lo ocurrido. Le dije que tenía un mal presentimiento y que creía que algo le estaba pasando a Román, ella me respondió, «solo fue un sueño», pero esa sensación no se iba de mí. En ese momento escuché la radio de comunicación que cargaba el comandante, el mensaje daba indicaciones para que continuáramos en el punto y decía, además, que la compañía de Guillermo, o Pequeño como le llamaban, estaba en combate muy cerca en La María, Piendamó. En esos minutos sentí tantas cosas que no entendía y el mal presentimiento se agudizaba al saber que la compañía en combate con el Ejército era el grupo donde estaba Román. Volví a mirar a Natalia y le dije en voz baja, «algo está pasando, algo le pasó a Román». Ella insistió, «tranquila, no creo».

Yo trataba de eludir mis sentimientos y pensamientos, y así pasó el día, parecía que olvidaba el tema. A las 16 horas se nos ordenó retirarnos y empezamos la marcha de regreso para encontrarnos con todas las tropas. Finalmente llegamos al campamento, yo preguntaba entre mis compañeros cuál había sido el reporte de nuestras tropas en enfrentamiento, pero nadie sabía nada a ciencia cierta. Solo mencionaban que había una baja de la compañía de «Pequeño» sin dar ningún nombre. Luego llegó la hora del tinto y del noticiero de la noche y mientras me dirigía a un salón en donde estaba adaptado un televisor, alguien me distrajo y nos quedamos hablando mientras tomaba el tinto y me fumaba un cigarrillo. No recuerdo quién exactamente, pero sé que era una mujer que insistía en que nos quedáramos hablando

y no fuéramos a ver las aburridas noticias. Luego llegó la hora de dormir y traté de descansar.

A las 23 horas con 30 minutos me llamaron para prestar el cuarto turno de guardia. Estaba encargada del único puesto de centinela a cubrir y Natalia había sido asignada como mi relevante. Cuando me llamaron me demoré un poco en salir del cambuche; no atender con prontitud el cambio de turno disgustaba a cualquiera porque el que entregaba quería descansar. Sin embargo, fue mi compañera la que me llamó con un tono un poco delicado, «hágale Monita», eso me pareció muy raro, pero lo dejé pasar. Cuando me acerqué a donde estaban Elkin, o el Diablo como también le decían, el relevante que entregaba, y Natalia, estaban hablando, pero apenas me acerqué, se callaron de una manera que me pareció sospechosa. Les pregunté, «¿cuál es el secreto?», pero no respondieron y simplemente empezamos a caminar hacia el puesto de guardia. Era una noche iluminada, el Diablo iba adelante, yo lo seguía y de última iba Natalia. Mientras caminamos, había un silencio absoluto que fue interrumpido por el Diablo cuando dijo, «Mona, al parecer mataron a su novio». Yo voltéé hacia atrás como si la cosa no fuera conmigo y le pregunté en voz media a Natalia, «¿a quién, el tuyo?». Natalia no respondía, ni siquiera levantó su cabeza y el Diablo volvió a decir «no Mona, el suyo».

En ese instante el tiempo y el espacio se perdieron y enmudecí. Esas dos horas fueron eternas, mil sentimientos, sensaciones, pensamientos y recuerdos pasaban frente a mí. Durante el turno de guardia, Natalia solicitaba novedades cada 20 minutos, pero no se atrevía a acercarse. Al igual que yo, ella no sabía qué decir. Yo quería estar sola y que el tiempo simplemente pasara. Mi vida militar me exigía ser fuerte y desde niña lo había sido; con tantas cosas que viví, había aprendido a guardar mis sentimientos y no

me gustaba que me vieran llorar. Pero, ¿cómo no llorar?, ¿cómo no darle espacio a mi dolor? Dolía tanto, como nunca imaginé pudiera sentirse el dolor.

Transcurrió la noche y yo guardaba la esperanza de que fuera solo un rumor. Al amanecer le pregunté a mi comandante, él dijo que sí había una baja, pero que no sabía quién. A la hora del desayuno, Arturo y William, dos guerrilleros que eran primos estaban de rancheros (cocineros), al verme me dijeron de forma burlesca, «¿si ve Mona?, se lo dijimos, que alguien no iba a volver y usted no nos quiso creer». Yo no respondí. Resulta que la noche anterior al 10 de marzo, cuando nos desplazábamos, vieron una candelilla roja y ellos dijeron que era de mal augurio, que era un muerto y que alguno de nosotros no volvería. La primera en responder, incluso airada, fui yo, porque me molestan los agüeros.

Pasadas las 16 horas de ese domingo yo estaba de turno de guardia como relevante, y llegó un compañero al que le decíamos de forma cariñosa Cucho. Era el conductor de Caliche, el comandante de la columna Jacobo Arenas. Él salió muy temprano ese día y me prometió averiguar qué había pasado con Román, que contara con eso. Cuando llegó me buscó entre la tropa; apenas me encontró, se acercó a mí, me cogió las manos y me miró a los ojos. Yo sentí un escalofrío por todo el cuerpo y le dije, «no me diga nada, ya sé qué me va a decir» pero él respondió, «de todas maneras le voy a decir qué averigüé». Me dijo que el oficial de servicio de la compañía de Pequeño me mandaba decir que lo sentía, pero que Román la había colgado (descuidado) en la guardia y lo habían matado.

Enmudecí y solo pensé en buscar un sitio donde pudiera estar sola. Exploté en llanto, también en ira y tiré mi fusil, se me olvidó que estaba de guardia. Traté de refugiarme en los recuerdos de los pocos momentos que compartimos y recordé aquel sueño

extraño que hasta ese momento entendí: fue una premonición, comprendí que nuestras almas tuvieron una conexión más allá de lo imaginable, tan fuerte, que pude presentir su muerte. Me di cuenta que había perdido tal vez a mi alma gemela, quien pasó por mi vida fugazmente y se fue sin un adiós.

Luego me contaron que el sábado 10 de marzo, sobre las 10 de la mañana, estaban en una cancha de fútbol de una vereda en La María, Piendamó. Román acababa de recibir el turno de guardia cuando el enemigo ya había tomado posesión y penetrado los puestos de vigilancia; cuando él se percató, ya un soldado lo tenía alineado apuntándole. Primero le disparó una vez y enseguida una ráfaga de fusil que le dio en el pecho. Una de las compañeras que se dirigía a dejarle refresco, dijo que solo escuchó un grito seco y aunque lo llamó varias veces no obtuvo respuesta. Solo se volvió a saber de él cuando salió en las noticias donde presentaron el cuerpo con todo lo incautado. Nunca supe si la familia de Román se enteró de su muerte, si tuvo un entierro, ni dónde quedaron sus restos.

Muchos compañeros me contaron lo compartido con él hasta que lo vieron por última vez. Me contaron que el día anterior en la noche, lo notaron inquieto, y que estaba sentado en su cambuche y decía que no podía dormir. También me dijeron que cuando recibió el turno de guardia él estaba muy impaciente y les dijo a los demás que si la compañía Villamizar llegaba por allá, me dijeran que necesitaba hablar urgente conmigo, que lo buscara estuviera donde estuviera y que me dijeran que me amaba. Esos días de mi vida en la guerrilla fueron tal vez los más difíciles, me mantenía aislada, casi no dormía ni comía y fumé hasta el cansancio.

Yo no lloraba tan fácil, no me gustaba demostrar debilidad, pero todos en la tropa me veían con un poco de compasión.

Pensé en buscar la muerte y dejarme tocar por ella, pero recordé que afuera había dejado a mi hijita, que era el ser más importante para mí, mi mayor tesoro, que un día volvería a verla y que ella me necesitaba como a nadie en el mundo, que en mi mente estaba luchar por entregarle un futuro mejor con más oportunidades. Entonces me di aliento y recordé el motivo que me movía y que me había llevado a alzarme en armas y pensé que ya no era mi lucha sino la de tantas personas que esperaban que algún día se lograra una transformación social, política y económica en el país. Además tomaba la bandera de quienes habían perdido su vida en esta guerra como Román. Siempre recuerdo la historia y cada detalle de lo que viví con él, pero no puedo recordar su rostro ni el sonido de su voz que tanto me gustaba. Al parecer algo en mí bloqueó esa parte.

Años después la vida me mostró otro camino. Abandoné la lucha armada de manera individual y voluntaria, una opción y decisión política, y a la vez una necesidad muy grande de reencontrarme y fortalecer lazos con mi hija. Volví a enamorarme de un hombre muy especial: John Jairo, quien fue desplazado por las FARC de Tame, Arauca, cuando tenía 15 años por intento de reclutamiento; venimos de dos orillas diferentes de la guerra que ha vivido Colombia. Tengo cuatro hijas y una nieta a quienes amo con toda mi alma, con quienes quiero compartir cada momento intensamente y a quienes definitivamente deseo entregarles una forma de vivir diferente.

Aunque hoy sigo siendo revolucionaria, pues estoy convencida de que nuestro sistema necesita un cambio profundo, debo decir que no volvería a portar un arma. Vivo bajo el lema «la violencia no se supera con más violencia» pero sigo buscando nuevas formas para luchar y lograr ese cambio que creo todos anhelamos de manera desesperada en nuestro país.

Soy querendona, alegre y dormilona,  
por eso bailo y río con frecuencia.

Me gusta charlar, recochar y cocinar.

Soy discreta entre los hombres, respetuosa de saberes,  
por humildad y sentimiento no comento mis temores.

De rodillas me arrepiento de todo corazón,  
pero como ser humano, desafío la tradición.

Tengo sueños muy bonitos de ser grande como el sol  
y brillar con quienes necesiten mi calor.

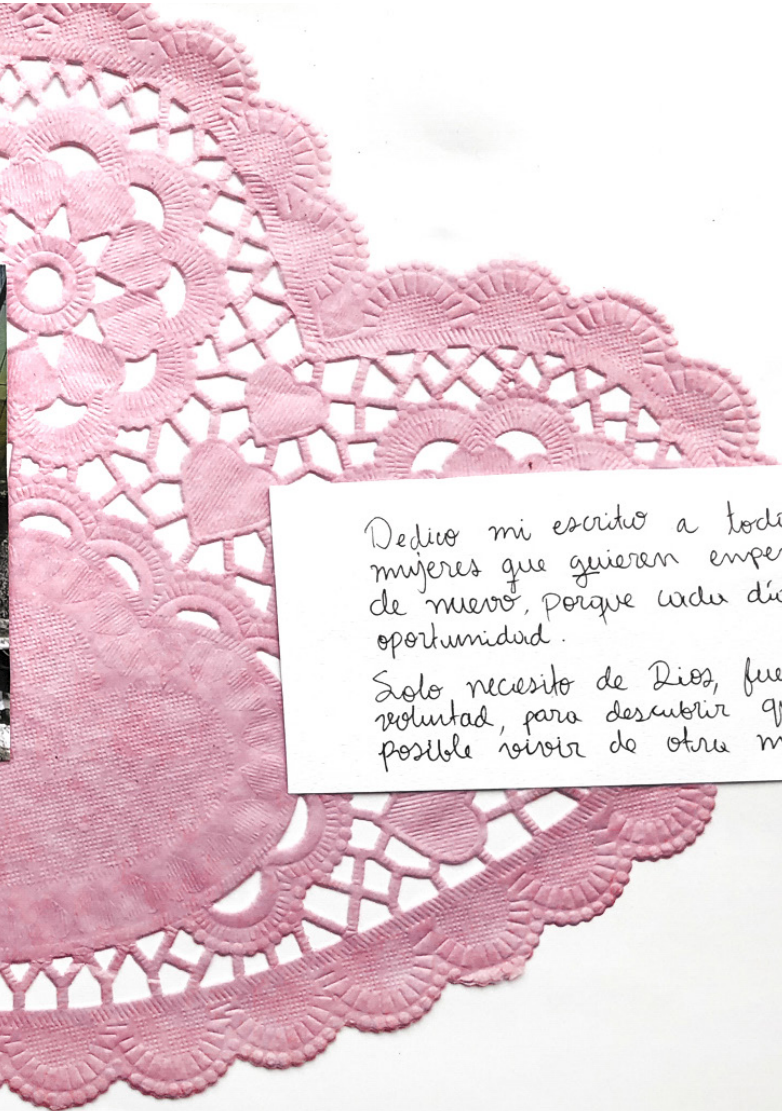


No tengo  
fuerzas para  
rendirme

Mary Mar





A large, intricate pink lace doily with a scalloped edge and floral patterns is positioned on the left side of the page, partially overlapping the text.

Dedico mi escrito a todas las mujeres que quieren empezar de nuevo, porque cada día es una oportunidad.

Solo necesito de Dios, fuerza y voluntad, para descubrir que es posible vivir de otra manera.



**Nací en Salamina, Caldas.** Mis primeros años transcurrieron entre Manizales, Pereira y Medellín. Soy de piel blanca, cabello largo, negro y ondulado, me caracterizo por ser una mujer humilde, trabajadora, sincera, frentera, quien siempre anda con la verdad, mejor dicho soy una de esas paisas de pura cepa.

Aunque mi niñez fue bastante difícil, trato de buscar en ella los lindos recuerdos, como cuando mi apá, que era muy estricto, llegaba temprano a la casa, se sentaba en el solar en una butaca vieja y allí, feliz, tocaba su guitarra entonando las canciones de los Visconti y el Caballero Gaucho. Mi amacita solo lo miraba y sus ojitos le brillaban mientras se dedicaba a moler el maíz para hacer las arepas con la ayuda de uno de mis hermanos mayores, los otros apenas nos dedicábamos a jugar con tierra.

Nuestra casita era humilde y mi familia muy pobre. Allí vivíamos, con mi apá y mi amá, nueve hermanos y yo. Recuerdo que dormíamos en camas de metal y otros en catres y esteras. Desde pequeña me tocó trabajar vendiendo empanadas por las calles de Pereira y mantenía muy aburrida porque mi hermana mayor me pegaba por cualquier motivo. Ella nunca me aceptó, quería ser la única contemplada. Nunca me brindó amor.

Luego me daría cuenta de que mi niñez no fue tan sabrosa, no recuerdo haber tenido una muñeca, incluso se convirtió en un sueño tener una, pero mi apá decía que no había plata y que eso no era importante. Pasé momentos difíciles, muchas necesidades y con la crueldad de mi hermana mayor, solo pensaba en salir de la casa ligero.

Este desespero me llevó a casarme siendo muy niña con una persona mayor que yo y me fui a vivir lejos de mi familia. Al pasar el tiempo, en el año 1999 murió mi apá a los 60 años, dejando un gran vacío en mi corazón y con ese sin sabor de no haber



compartido más a su lado. Yo lo quería mucho.

En noviembre de ese mismo año, uno de mis hermanos nos propuso que nos fuéramos a vivir con él y su esposa a una finca de su patrón en el municipio de Carepa, en Antioquia. Nos dijo además, que existía la posibilidad de poner algún negocio en el embarcadero, así que quién dijo miedo, agarramos nuestras cosas y nos fuimos en busca de un sueño.

Eh avemaría ome, definitivamente por allá la pasaba muy sabroso. Viví entre los años 2000 y 2009 junto a mi esposo y mis cuatro hijos en una finca bananera, propiedad de don Guillermo Baltazar. Qué señor para tener un corazón tan bueno, nunca nos hizo sentir arrimados, siempre olía a perfume, lucía su carriel y utilizaba su sombrero bien puesto. Pero lo mejor, siempre tenía un saludo amable y frases de aliento para quienes vivíamos con él. Ese lugar era hermoso, recuerdo el verde de sus campos que resaltaba por donde uno pasara, su aire, el olor de las plantas y el cantar de los pajaritos que invitaban a no salir nunca de ese lugar.

Disfrutaba ayudándole a Florecita, una mujer trigueña, de cabello corto, ojos grandes y corazón gigante que preparaba los alimentos de todos los empleados. Jugábamos a tirarnos agua por todo el zaguán, compartíamos juntas las navidades, preparábamos delicias para todo aquel que la pasara con nosotros y había comido en abundancia. Mi paladar aún recuerda ese sabor inolvidable del sancocho de gallina, preparado en el fogón de leña donde hicimos de los momentos más sencillos, una amistad sellada por el respeto. Dejó en mí los más lindos recuerdos y la recordaré hasta el fin de mis días. Además, cómo no hacerlo, si gracias a ella aprendí a preparar el delicioso yogurt casero que hoy se ha convertido en mi sustento.

Carepa fue uno de esos lugares de Colombia que solía ponerse muy tenso por momentos a causa de la violencia que dejaban

las disputas entre distintos grupos; en un rincón del pueblo se encontraban los paramilitares, en otro la guerrilla de las FARC y los fines de semana solía llegar el Ejército hasta la cabecera municipal. Aunque todo parecía transcurrir con normalidad, reinaba el silencio. Todos sabíamos, sin importar el estrato o condición social, que a pesar de lo que se viera o supiera, no había derecho a murmurar.

A pesar de ello, en la finca y en mi vida todo iba de maravilla. El señor Baltazar era muy generoso y me dio la oportunidad de trabajar en un parador; lo atendía después de terminar mis labores en la cocina y eso me permitía obtener ingresos adicionales. Así comencé a tener unos pesos de más para gastar y disfrutar con la familia.

Pero a veces la vida pone a la gente en el momento y el lugar equivocado. Era de madrugada y aún no se escuchaban los gallos cantar en señas de un nuevo día, cuando nuestro sueño fue interrumpido por unos desgarradores gritos que luego se irían transformando en súplicas. Salimos con mi esposo a ver qué pasaba y allí estaba don Guillermo de rodillas, recibiendo golpes de parte de algunos guerrilleros que le reclamaban la vacuna. Él les rogaba que no lo mataran, les decía que les había quedado mal con una plata y que seguro les iba a pagar, pero no les importó y de manera despiadada le dispararon en frente de nosotros.

Parecía una película de terror. Flor se tiró al suelo en llanto y la callaron de un tiro en su cabeza; mi cuñada salió a correr y con un fusil también la asesinaron, dejándola tendida bajo la mata de plátano; mi hermano se lanzó sobre su mujer queriendo saber si respiraba y al verla sin vida y con su corazón lleno de odio e impotencia miró con rabia a uno de los guerrilleros que muy tranquilamente pelaba una naranja; este se sintió ofendido y con frialdad se le abalanzó y lo apuñaló en el pecho pero por fortuna,

salió a correr y logró escaparse. Nosotros temblábamos de miedo y tuvimos que decir con mi esposo que no habíamos visto nada, que no nos hicieran daño, que teníamos niños pequeños que nos necesitaban. Pasaron unas horas de ese 8 de agosto de 2009 y la noticia se supo por todas partes.

Lo que había ocurrido nos tenía asustados, mi familia y yo no sabíamos qué hacer. Pero los hijos del dueño llegaron a hacerse cargo de la finca, y entonces, a pesar del temor que nos invadía, nos quedamos porque en esas tierras estaban sembrados nuestros sueños y esperanzas.

Pero la violencia no acabó ahí. Nuestro pacto de silencio no fue suficiente para el grupo insurgente. Unos veinte días después de los asesinatos, la guerrilla, en cabeza de una comandante de la zona regresó a la finca, esta vez para dar el ultimátum, «a nosotros no nos gustan los sapos, les doy hasta las 9 de la noche para irse o venimos y los matamos a todos». En medio del drama eso no fue lo peor; mientras me amedrentaban, en el otro extremo de la finca le hacían daño a una de mis hijas y trataban de amarrar a mi hijo para reclutarlo. Por fortuna, el niño en un descuido les ganó la carrera y logró volarse.

No tuvimos más opción que embarcar a los niños mayores para que, con la ayuda de una vecina, se fueran adelante y nos esperaran en Medellín. Tuvimos que dejar todo botado: enseres, ropa y los sueños de todo lo construido durante casi nueve años. Solo logramos empacar unas cuantas cosas en una caja de cartón y salir corriendo a reencontrarnos con los hijos para tomar otro rumbo.

Un conocido que viajaba con un cargamento nos ayudó a salir de Medellín y nos dejó en Facatativá, Cundinamarca. Allí permanecimos apenas unos días porque las redes que se suponía teníamos, no fueron efectivas. Continuamos la travesía hacia

Bogotá, pero como todo era muy costoso, resultamos en la parte alta del municipio de Soacha, lugar que se convirtió en nuestro destino final.

Logramos que nos alquilaran un ranchito en obra gris, en el que dormíamos sobre cartones y nos arropábamos con unas manticas delgadas que habíamos traído; el frío era muy horrible y por momentos nos partía los huesos. Como si fuera poco la situación empeoró porque mi esposo salía a buscar trabajo desde la madrugada y regresaba en la noche con la mala noticia de no haber encontrado nada. Tuve entonces que dejar a los niños y salir también a ayudar a juntar para lo del alquiler: arreglé apartamentos, lavé ropa, piqué verdura, me le medía a lo que tocara. A pesar del esfuerzo, estábamos muy alcanzados; llegamos a deber el arriendo, no teníamos para el colegio de los niños y allí comenzaron las discusiones. Del hogar bonito que teníamos en Carepa, en pocos meses no quedó nada, empezamos a faltarnos al respeto con mi esposo y terminamos separándonos.

Sola y sin saber qué hacer, me levanté una mañana muy temprano para que la dueña de la casa no me sintiera salir y no se fuera a disgustar conmigo porque le debía el arriendo. Recuerdo que caminé mucho, pensando cómo conseguir el alquiler para mis hijos, hasta que llegué donde una señora que tenía una revueltería y que a veces me daba turno para picar verduras. Estando allí escuché decir al señor de un camión que dejaba el líchigo, que en la Central de Abastos había mucha comida que se desperdiciaba y que botaban en cantidad. Trabajé desde las 7 de la mañana hasta las 9 de la noche para ganarme \$20.000 y me fui pensando cómo hacer rendir esa platica.

Al día siguiente madrugué para Abastos y caminé por todo lado recogiendo y pidiendo comida, pues la necesidad era grande. Había partes donde olía a comida en mal estado y penetraba



un aroma muy maluco, como a vinagre. Qué pesar el que me daba, pensaba que uno con necesidades y que no era justo que se perdiera la comidita. Ese día logré recolectar suficientes frutas y verduras para la semana, estaba muy contenta y no me cambiaba por nadie.

Lo que ganaba haciendo picados y lavando ropa ajena, lo comencé a ahorrar, solo gastaba lo necesario para poderle pagar a la dueña de casa lo que debía. Lástima que esa señora era muy «mala leche» y resabiada. Una mañana se levantó y nos quitó todos los servicios, me tocó la puerta muy duro, parecía que la iba a tumbar y nos dijo casi gritando que le teníamos que desocupar ligero. Le lloré diciéndole que ya le estaba completando los pesos para ponerme al día, pero más me gritaba que nos fuéramos, que su casa no era beneficencia y como loca empezó a tirarme mis cositas a la calle. Pensaba, ¡Dios mío, otra vez, no puede ser!

Pero Dios me respondió pronto y ese mismo día una señora del barrio nos abrió espacio en su casa y me alquiló una pieza con derecho a la cocina y servicios. Recuerdo que me cobraba \$100.000. Allí vivimos durante dos años y como se encariñó con mis hijos, especialmente con Emanuel que tenía apenas dos añitos, nos regaló junto con su hija camas y cositas para que pudiéramos estar un poco mejor, incluso me ayudaban con Emanuel mientras la niña estudiaba y yo trabajaba en el rebusque.

Desde entonces voy todos los fines de semana a Abastos, pero ya no sola, pues un día decidí organizarme con otras mujeres. Empezamos unas 15 o tal vez 17 y pactamos algo así como hacer un trueque de alimentos al final de cada jornada para que todas llegáramos con un mercadito más equilibrado a nuestros hogares. Hoy ya somos 104 mamitas con grandes necesidades, pero también con la esperanza de salir adelante. Incluso ya le tengo nombre a ese sueño, se llamará, si Dios lo permite, «Fundación

humana la mujer de hoy» porque ya no somos las de antes, esas mujeres sumisas, dedicadas al hogar y al campo, hoy la vida nos ha transformado y nos convirtió en mujeres guerreras.

Pero no todo cuento tiene su final feliz, o por lo menos el mío creo que no ha llegado. A veces siento como si la vida se ensañara conmigo. No he parado tratando de surgir de entre las cenizas, Dios y las personas que me conocen lo saben.

Una mañana, el 16 de diciembre de 2017, me levanté muy temprano para ir a Abastos como de costumbre. Le dejé el desayuno preparado a mis hijos, tan solo me tomé unos traguitos de café y salí a coger el bus. Hacía mucho frío. Al medio día regresé cansada, pero muy feliz porque logramos recoger buena comida para todas. En la tarde volvimos a reunirnos para entregar unos detallitos a los niños de mis compañeras gracias a la gestión de otra amiga lidereza. Ese día llevé a mi hija menor para que me acompañara y de paso me ayudara a llevar otras cositas a las mamitas que ese día no pudieron ir a Abastos.

Días atrás me había llegado el rumor de que los malos de la zona andaban preguntando qué carajos hacía yo con la comunidad. No le puse mucha atención, porque creía que cuando se comienza a tener reconocimiento en estas zonas, era normal que lo referenciaran a uno.

Desafortunadamente esa noche tampoco era la mía. Entre charla y charla, y entre tintico y tintico, feliz por los resultados de la actividad, se me fue haciendo muy tarde y llegué a olvidar que teníamos que recorrer todas esas cuadras a pie hasta la casa. Se entró tanto la noche que ya ni el Jeep pasaba por ahí, así que decidimos con mi niña bajarnos esas calles caminando ligerito, pero cuando cruzamos por un sitio que le llaman «frontera invisible» aparecieron unos hombres, me preguntaron que de dónde venía y para dónde iba a esas horas, me exigieron que me identificara.

En ese instante uno de ellos me agarró durísimo del brazo y me tiró en una manga<sup>1</sup> solita y cochina llena de basura y agua. Mi hija gritaba y yo les suplicaba que no le fueran a hacer daño; uno de ellos la cogió del cabello y mientras la sujetaba fuertemente le dijo, «fresca mamita que a usted le tenemos algo mejor preparado». Yo gritaba pidiendo auxilio, pero uno de los tipos no paraba de insultarme, me pegó en la cara y me dio tremenda patada en la pierna. Me empezó a gritar, «vieja hijueputa ¿quiere que la matemos frente a su hija o que se la violemos también? Más bien agradezca que la orden no fue esa». ¡Dios mío! Me desnudaron mientras me reprochaban que era vieja, pero me repetían que me iban a marcar por hijueputa para que no metiera más las narices donde no debía. ¡Me violaron esos desgraciados! Mi niña se escondió detrás de unas llantas viejas que había en la esquina, lloraba inconsolablemente y gritaba sin que al parecer nadie escuchara nuestro auxilio. Entre madrazos y amenazas por fin se alejaron esos desgraciados.

Fue terrible y espantoso lo que vivimos esa noche. Como pudimos, y cubriéndome lo más que podía, caminamos hacia la casa. El camino se nos hizo eterno, aquello parecía una pesadilla de la cual hoy quisiera haber despertado. Allá los líderes son esos delincuentes. Me exigieron que me largara o no me dejarían en paz, que cuidara a los niños porque no volvería a haber otra advertencia. Había quedado amenazada de muerte. Se me cruzaron toda clase de pensamientos, me sentía impotente, lo único que hice fue llorar mucho, pero sabía que las cosas podían empeorar si no buscaba pronto para dónde irme con mis hijos.

Desde entonces vivo con rabia contra esos malditos que agreden y violentan a las mujeres de esa manera, se creen machos

---

1 Así le decimos los paisas a los potreros o lotes vacíos.

violando y matando sin piedad. A veces paso noches horribles en las que me despierto en llanto y vivo con A veces paso noches horribles en las que me despierto en llanto y vivo con miedo a toda hora. Ahora estoy en otro lugar que me brinda algo de seguridad, pero vivo el día a día con un sentimiento que a veces me desanima. Sé que mi fe es más grande y solo le encomiendo a Dios que proteja a mis hijos, que me dé mucha fortaleza para seguir en esta lucha porque las personas buenas somos más, y a pesar de todo lo que me ha pasado, ganas de rendirme, no tengo.

Soy Lilia Yaya.

Fruto de la fortaleza y resiliencia de mi madre,  
y de la capacidad de lucha y resistencia de mi padre.

Me siento orgullosa de mis ancestros,  
de la formación que me dieron,  
y del país donde nací.

De la guerrera heredé el coraje de la pantera  
para defender a sus cachorros de la jauría,  
la ternura y cuidado equívoco de la mamá gallina.

Del revolucionario la convicción y pasión  
de los sueños por alcanzar.

Soy nostalgia, pasión, dignidad,  
convicción y sueños.

Soy Lilia Yaya.



El  
abrazo  
que  
siempre  
faltó

Rosa Lilia Yaya Cuervo



-En para tu padre  
Hoy de soooo los sufrim  
entos por me pediste dar  
el calor que necesito, pero el  
día tiene que llegar, su que  
Todos los días me voy a  
Cartago, mi abuelita hipita filia  
Noviembre 1991  
Tu papi

Este es un homenaje a mi vida y a la de mis singulares padres.  
A los momentos compartidos con mis hermanos,  
a nuestros siempre presentes y queridos que nos  
fundaron su vida en busca de la justicia social.  
A los que viven y a los que ya no.  
A nuestros herederos.





- Recorrido de Luis Eduardo Yaya
- Recorrido de la familia Yaya Cuervo



**Nuestra vida había sido incertidumbre** y angustia. Sabíamos que terminarían asesinándolo o desapareciéndolo como a muchos de sus compañeros. Se lo llevaban por unos días, lo torturaban y luego lo dejaban en libertad por la presión de los sindicatos o de las organizaciones de Derechos Humanos. Escapaba a los atentados, fueron muchos los que le hicieron, salía del país, regresaba, lo escondían. Así pasó nuestra niñez, adolescencia, juventud y parte de nuestra vida adulta. Así transcurrió nuestra vida, mi vida, en las décadas del sesenta, setenta y ochenta, y así poco a poco se fueron haciendo fisuras en el alma y en los sueños.

El martes 21 de febrero de 1989 fue la última vez que escuché su voz. Me dijo que tenía que contarme algo, que venía «ya sabe cuándo» y que le tuviera listos los papeles de la Gata porque le había conseguido media beca. Por razones de seguridad habíamos aprendido a hablar corto y sin mayores explicaciones, incluso reconocíamos algunos sonidos cuando intervenían la comunicación. Lo que me tenía que contar era que por fin se había decidido, tarde ya, a salir definitivamente del país para exiliarse como muchos otros compañeros. El «ya sabe cuándo» era el día en el que mi hermano que me sigue y yo cumplíamos años. Soy la mayor, cuando él nació yo estaba cumpliendo cuatro años. Siempre fue muy especial conmigo en esta fecha, si no podía estar me enviaba rosas, me llamaba, me escribía. «Para mi adorada hijita en sus 17 primaveras, en cada flor van mil caricias para esa flor que hace parte de mi jardín», fue una de sus dedicatorias. Los papeles que pedía eran los de mi hermana que había terminado bachillerato, pero no había podido entrar a la universidad, quería estudiar odontología. Nunca supimos quién le había prometido la media beca.

El jueves 23 de febrero de 1989 acabábamos de abrir la oficina. Siempre estábamos las tres funcionarias: inspectora, secretaria y sustanciadora. Mis compañeras habían salido y yo estaba recibiendo una denuncia cuando sonó el teléfono que había en el despacho de la inspectora. No eran más de las 8 y 10 de la mañana. Contesté: «Inspección de Policía de Cajicá buenos días, habla Rosa Lilia Yaya». Al otro lado de la línea dijeron, «Lilia...». Era mi cuñado y él nunca me había llamado. En ese instante intuí lo que había pasado. Era la época de los atentados, las bombas y los asesinatos. Las manifestaciones y entierros simbólicos de líderes, dirigentes y simpatizantes de los partidos de izquierda en las principales ciudades, eran a diario. Muchos años después conté 46 víctimas registradas de la Unión Patriótica en esos escasos 53 días transcurridos del año 1989.

Mi corazón empezó a galopar. Supe lo que había ocurrido, pero no lo quería aceptar. Empecé a bromear, como queriendo evadir lo inevitable, «¿qué milagro cuñadito, cómo está?». Él me gritó, «¡Lilia!». Yo le contesté, «lo mataron ¿cierto?». «Sí...», me confirmó. Hubo un silencio. Yo no sabía llorar en público, me dolía la vida completa, no me salían palabras y estaba sola. Recuerdo estar de pie con una mano apoyada en el escritorio y sosteniendo con la otra el teléfono. Humberto decía cosas, lo escuchaba lejos, no entendía nada, hasta que me gritó que reaccionara, me preguntó si estaba bien y que a qué hora viajábamos. Nos despedimos prometiéndonos vernos allá. Hasta ahí, todo está en cámara lenta.

Hoy decidí hacer memoria sobre mi vida partiendo desde la infancia hasta los días de la vejez que ya se anuncia. Ahora sin él, pero con él, por él, para él y para sus compañeros del Partido Comunista y de la Unión Patriótica, ya casi en el olvido; lo hago también por mí, por mi sentimiento de patria, de solidaridad

con quienes estamos hermanados en la misma orfandad, en los mismos sueños y esperanzas.

Recuerdo a la niña que le reclamaba al padre por sus ausencias, la que no aceptaba que su papá llegara tarde o no estuviera cuando debía por «estar buscando un mejor mañana, un mejor país para todos». Me duele no haberlo entendido, me duele no haber compartido más con él eso que le significaba tanto: sus sueños de país. Escribiendo estas líneas, la culpa de mi egoísmo se me reveló: no fue justo haberlo juzgado con mi capricho de niña que solo quería que nos atendiera a mí, a mi mami y a mis hermanos.

Toda una contradicción nuestra vida, una contradicción que la gran mayoría de personas no entiende. Para mi papi, persecución política y social, y atropellos por parte de la fuerza pública del Estado. Para mi mami, exclusión, señalamientos; sus parientes no le perdonaron haberse casado con un «comunista hereje». la condenaban diciéndole que sería excomulgada y que se iría al infierno, hasta un cura en confesión le dijo que debía dejar a sus hijos en un orfanato y meterse a un convento para purgar sus culpas. Para sus hijos, humillación y estigmatización, nos decían: «Ustedes no tienen nada, ni papá. Ateos, comunistas, hijos de sindicalista, revolucionarios»

Vivíamos en la incertidumbre por el sustento diario. Es verdad, fueron muchas las necesidades económicas, pero en el rancho miserable en el que vivíamos, estaba la biblioteca que nadie tenía y muchos consultaban. Además, sentíamos una gran satisfacción por entender que vivir la común unión, la solidaridad, la justicia y el respeto por la vida de la inmensa mayoría de los colombianos violentados, eran valores que no tenían por qué estar enmarcados en una religión, color político, raza o clase social.

Qué orgullo haber tenido un padre que compartió con su familia momentos de la vida política, social y cultural de los sesenta y setenta que estaban revolucionando el mundo. Eso se llama convicción, creer en la vida, tener sueños y esperanza para construir de la mano con el otro un mejor país y un mejor mundo. Eso se lo agradezco a mi padre Luis Eduardo Yaya Cristancho, a la vida y al universo: la herencia de la sensibilidad social.

Luego todo transcurre atropelladamente; segundos que parecen siglos, horas y años que son un suspiro. A partir de entonces el muro de contención a mi alrededor se reforzó aún más. Cuando volteé para salir, llegaban mis compañeras, me miraban con cara de terror, ya se habían enterado por las noticias. Creo que toda yo gritaba sin voz, «no me toquen, no me digan nada»; sentí muchas miradas que no se atrevieron a acercarse. Subí corriendo al despacho del alcalde. Lo tenía decidido hacía mucho tiempo. Le había prometido a mi familia: «El día que lo maten lo traigo para sepultarlo aquí», pero el alcalde no estaba. Años después supe que había dicho que mejor que no le hubieran llevado «ese problema» al municipio. La personera le indicó al conductor de la Defensa Civil que me llevara a donde necesitara y luego a mi casa. Uno de los sindicatos fuertes del país en ese momento era el de Alcalis de Colombia, en Cajicá funcionaba la empresa; cuando los directivos supieron la noticia, nos hicieron llegar su solidaridad.

Se nos había partido la vida en dos. Me transformé. Quisiera devolver el tiempo y permitir que mi llanto tuviera voz para ser escuchado. Alguien tenía que ser fuerte, tener el control, manejar la situación. ¿Quién manda, el sentimiento o la razón? Cómo hubiera deseado que la racionalidad no superara al sentimiento, haber recibido ese abrazo que nunca llegó, ese abrazo que siempre me faltó.

Llegué a mi casa. Solo recuerdo que a la entrada había un grupo de personas. Alguien al verme empezó a llorar y a gritar, y yo dije, «aquí nadie va a hacer escándalo, el que quiera gritar se va». ¡Qué injusta fui! Adentro estaban mi mami, mis hermanos y mi cuñada con su barriga de cinco meses. No hubo abrazos, no hubo llanto de mi parte. Solo recuerdo haber dicho: «¿Quién se va conmigo?, preparen todo para la velación en el salón comunal. ¡Me lo traigo! Él se sepulta aquí, me voy ya, me voy así», me estaba refiriendo a mi ropa, no me iba a cambiar, nada de negro.

La rabia y la impotencia opacaron el dolor, ese que aún hiere cuando me atrevo y me permito preguntar qué sentía la niña, la adolescente, la joven. Hoy me permití traer a la niña y duele tanto. Hoy encontré la llave de esa habitación llamada mi vida, que había permanecido cerrada; no me había interesado buscarla, la había perdido a propósito. Hoy quité la tranca de la entrada, hoy se abrió esa puerta. Yo sé que solo estoy un poquito más allá, que apenas le estoy echando un vistazo a ese cuarto, no sé cuándo avanzaré más.

Me parecía interminable esa carretera a Villavicencio. Mis hermanos y yo en silencio. Me fui todo el camino con los ojos cerrados. De pronto en la radio del taxi se escuchó «Amor eterno», esa bendita canción que me dejó marcada por mucho tiempo. Un pedazo de la canción dice: «... y aunque tengo tranquila mi conciencia, sé que pude haber yo hecho más por ti. Prefiero estar dormida que despierta...». ¡Pero no es cierto!, toda mi vida he tenido problemas con el sueño. Recuerdo una ocasión, yo tenía 5 o 6 años, estaba en mi cuna y tenía pesadillas. Yo era consciente de que estaba llorando por las imágenes que veía. Escuchaba a mis padres que me llamaban para que despertara porque estaba soñando, pero no podía hacerlo. Esos sueños han sido compañeros fieles. Correr, huir de las balas, del peligro, proteger

a mis hermanos, sangre, buscar a mi papi, guerra, balas, no saber dónde está mi mami, esconderse, laberintos, sangre, escalar, saltar, muerte, funerales, llantos, mucho ruido, soledad, tanquetas, dolor, mucho dolor y silencio en medio de los gritos.

Soñé su muerte muchas veces y me vi junto a su cajón, tal como sucedió. Después de su asesinato traté de bloquear esos sueños, no había razón para ellos, ya lo habían matado. Pero no ha sido posible porque el dolor de cabeza, las lágrimas que ruedan o las marcas dejadas en mis mejillas y la opresión en el pecho al despertar, hacen evidente que la pesadilla persiste.

Llegamos a la funeraria, estaban arreglando su cuerpo. Vi mucha gente, nos abrieron paso. Solo a un hermano que era médico le permitieron entrar hasta donde él estaba. Mucho tiempo después me confesó que lo hizo para confirmar que sí era él. Lo peinó y lo metieron en el cajón. Guardó esa peinilla durante varios años. Hasta hace muy poco, supe que le habían masacrado el cráneo.

Lo esperaban en la Asamblea Departamental donde fueron sus honras fúnebres. Jamás había visto, ni he visto en mi vida, un salón tan lleno de flores. Me ubiqué al lado del cajón tal como lo había visto en mis sueños, «que a nadie se le ocurra tratar de quitarme de acá». Estuve junto a su cabeza por mucho tiempo. Pasaba y pasaba gente. Pedí que me compraran tres rollos de 76 fotos. Tomé cuantas pude, a través del vidrio del ataúd, a la sala, a él, a todo, una y otra vez. Lo miraba, lo odiaba, lo amaba, le reprochaba, no sé cuánto tiempo estuve allí.

A medida que avanzaban las horas, las amenazas fueron más fuertes: «Tienen que irse, los van a matar, no quieren aquí a los hijos mayores del compañero Yaya». El gobernador nos había ofrecido una avioneta para sacarlo de allí porque el orden público estaba muy afectado, pero la gente no nos dejó. «¡Tienen que irse!». Y nos tuvimos que ir. No estuvimos presentes cuando

lo sepultaron. Mi hermana menor jamás me perdonó no haberse podido despedir de él en su cajón. Tiempo después supe también, que mi mami deseaba verlo y que había llorado mucho. Yo pensé que me lo iba a poder llevar. Lo siento mucho, ¡perdón!

Lo usual cuando se pierde a un ser querido es que los miembros de la familia se abracen, se arrunchen. En nuestro caso todo transcurrió en medio de la rigidez y el protocolo. Los hermanos grandes y los hermanos pequeños, los de la esposa, los de la compañera, los de aquí y los de allá. El dolor era igual para sus hijos, para sus parejas, pero todo lo decidieron otros, hasta resolvieron no permitir que los más grandes lo despidiéramos en su tumba.

El momento de la fractura total de mi vida estuvo precedido de muchas fisuras, pero junto a ello, ayer como hoy, el deseo de un cambio ha sido la férula, el yeso que reconstruye. Las convicciones, utópicas si se quiere, los tatuajes de la genética, las realidades vividas, han sido la semilla. Las esquiras en el alma han sido el abono. La esperanza ha sido la savia, el alimento vital con el cual han reverdecido esas semillas, que a veces tratan de secarse y desaparecer.

Se me ha reprochado por llevar una vida cimentada en los ideales que aprendí de mi padre, pero me enorgullece ser hija de él y ser quien soy. Admiro y respeto al ser humano que habiendo nacido en un medio social muy humilde, creció con esfuerzo y convicción, luchó siempre por sus sueños sociales asumiendo las consecuencias, bien conocidas por él y sufridas por todos.

Mi padre, hijo de campesinos liberales dedicados gran parte de su vida a las labores del campo como cuidadores de las fincas de sus patronos al estilo feudal, nació en 1939 en Susa; en la escuela de su vereda cursó apenas dos años de primaria solo. Contaba mi abuelo que después del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948, a causa de la persecución política, debieron huir de su pueblo y fue así como llegaron a Cajicá, cuando mi padre tenía cerca de 11 años.



En 1957 contraí matrimonio con Margarita Cuervo, mi madre, y dos años más tarde se trasladaron a Bogotá buscando mejores oportunidades. Su primer barrio de residencia fue el Samper Mendoza y uno de sus primeros trabajos en los Talleres Distritales, que luego pasaría a ser Obras Públicas del Distrito; fue allí donde hizo cursos de mecánica, electricidad, contabilidad e inglés. Con sus compañeras y compañeros de trabajo se reunían a compartir y discutir sobre la clase obrera y sus derechos, de esta forma se acercó a las ideas del Partido Comunista de Colombia, al que se vinculó y luego ayudaría en la conformación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia, nacida en 1964, la cual posteriormente, dio vida a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en 1986. Así fue el nacimiento y bautizo de un gran y particular dirigente político de izquierda, sindicalista y defensor de derechos humanos. En cada intervención que hacía como concejal de Villavicencio o negociador nacional de los pliegos de peticiones, sus argumentos eran contundentes y valorados por sus compañeros de otros partidos y por los ministros de Trabajo de turno. Se formó como dirigente en diferentes encuentros nacionales e internacionales y por medio de la lectura, que era una de sus pasiones, como también lo era el arte en sus diferentes expresiones.

No he pretendido ser como él, no tengo la misma fuerza, pero sí su ejemplo como líder social. Entonces, ¿cómo no ser quién soy? He nutrido mi ser en espacios sociales, comunitarios, artísticos y laborales, que a su vez me han permitido aportar a la transformación de posturas de indiferencia, indolencia, apatía y amnesia frente a los hechos políticos y sociales que ha vivido el país. Por ello le agradezco a la vida el motor que mueve los engranajes de mis sueños: ser descendiente de una guerrera de la vida y un revolucionario cargado de ideales. Estos son algu-

nos de los motivos que le han dado razón a mi vida, los que me han brindado grandes satisfacciones. Pero también he conocido, tardíamente, grandes desilusiones en organizaciones que en lugar de unirnos nos dividen y me cuestionan si vale la pena esta lucha, si ha servido de algo mantenerla durante tantos años. Los líderes y lideresas sociales no solo se matan con balas, hay otras formas de reducirlos y alejarlos, como la falta de solidaridad y de respeto.

Pensar en plural tiene su precio. A unos les ha costado su vida física destrozando con ello a su alrededor proyectos individuales, familiares, comunitarios y políticos. A otros les ha costado su tranquilidad y equilibrio emocional. Pero lo colectivo prima sobre lo individual. Por eso, a pesar de todo, ante mis dudas y desilusiones, ahora puedo responder: ¡Claro que sí vale la pena! Siglos de luchas han hecho posible que disfrutemos de derechos que eran negados. Sueños que son semilla, dignidad, resistencia, convicción, ideología y defensa por la igualdad.

Aún no sé si veré completamente florecido el campo en donde hemos regado las semillas. He avizorado algunos capullos. No sé si se convertirán en flores o si esas flores darán frutos. Pero los sueños persisten, la ilusión y la esperanza en medio de la desesperanza están siempre presentes. Recuerdo sus palabras: «¡La vida es hermosa, vale la pena vivirla!» ¡Valiente el que se arriesga! El tejido del cual hacemos parte, está conformado por una trama de hilos de diversos colores y texturas. Muchos de esos hilos están rotos, reventados. ¡Debemos unirlos! Aquí las diferencias suman, damos la bienvenida a la diversidad. Usted, nosotros, yo, somos esos hilos, somos parte fundamental del universo y de la vida.

Una Colombia reconciliada, un país en el que se respete a los demás, participativo y justo, ¡sí es posible! Es nuestra responsabilidad, lo construiremos con ayuda de muchas manos, sin importar el papel que estemos desempeñando en el mundo.